

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DIVISIÓN DE ESTUDIOS PROFESIONALES
PROYECTO DE TESIS

**REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA SIMBIOSIS MATERNA EN PARTO
GEMELAR DICIGÓTICO HOMBRE-MUJER**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A
MAGALÍ JUÁREZ NORIEGA
No. De Cuenta: 93524290

DIRECTORA: BLANCA ELENA MANCILLA GÓMEZ

MÉXICO, D.F.

2006.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROYECTO DE TESIS

INTRODUCCION

CAPITULO 1

ETAPAS DE DESARROLLO SEGÚN LA TEORIA PSICODINAMICA

ETAPA ORAL

ETAPA ANAL

ETAPA FALICA

ETAPA DE LATENCIA

ETAPA GENITAL

CAPITULO 2

ETAPA ORAL COMO GENESIS DE LA SIMBIOSIS

SIMBIOSIS

CAPITULO 3

LA VIDA GEMELAR

EL PARTO GEMELAR DICIGOTICO HOMBRE-MUJER

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

PROYECTO DE TESIS

Procedimientos

Se consultarán todas las fuentes de información posibles como: libros, revistas, artículos, nacionales y extranjeros, de preferencia de los últimos 5 años.

Resumen

Dentro de la revisión bibliográfica presente se revisaron diferentes autores. Recurrí a varias fuentes como libros, revistas, artículos, en su mayoría extranjeras. La idea de la revisión bibliográfica es actualizar lo que se ha publicado sobre el tema en los últimos cinco años. Además de rescatar la importancia del tema en la bibliografía con 20 años de antigüedad.

El objetivo del presente trabajo consistió en vislumbrar qué pasa en relación a la madre y sus gemelos en la etapa de la simbiosis. De qué manera influye la relación de cada elemento en la tríada y qué o cuánta influencia se aportan entorno a esta etapa del desarrollo. Cómo influye cada elemento de la tríada en cada otro; todo esto desde el enfoque psicoanalítico. Existen o no factores que alteren esta relación de una manera estructurante.

Queriendo de esta manera pues, dar una aportación al interesante y todavía desconocido enorme mundo de las relaciones objetales y sus vicisitudes tanto en el presente como el eje dentro de la vida futura.

Este trabajo fue organizado empezando por las etapas del desarrollo psicodinámico, explicando qué pasa en cada etapa, de qué manera se dan los cambios, cómo ocurren y qué consecuencias conllevan cuando se presentan de manera óptima y/o incompleta. Dentro del segundo capítulo se abordó el tema de la Simbiosis, en el que se explica de manera clara cómo se da este proceso y de qué manera actúan los coparticipantes. Existiendo una vasta bibliografía, contando con los más clásicos autores que abordan este tema como lo son Margaret Mahler y René Spitz entre los más importantes. En el tercer y cuarto capítulo, en los cuales se abordó el proceso de la simbiosis gemelar, y donde la literatura al respecto es casi nula. Existe una vasta cantidad de experimentos en gemelos pero a nivel médico, no así, vistos desde un punto de vista psicológico, sobre todo en enfermedades psicóticas, en lo que se avocan más a las estructuras fisiológicas, comparándolas; siendo éstas en su mayoría investigaciones longitudinales, las cuales también se revisaron para la presente revisión.

ESQUEMA DE CONTENIDO.

Capítulo I

Etapas de desarrollo según la teoría psicodinámica

Etapas Oral

Etapas Anal

Etapas fálica

Etapas de latencia

Etapas Genital

Capítulo II

Etapas Oral como génesis de la simbiosis

Simbiosis

Capítulo III

La vida gemelar

El parto gemelar dicigótico hombre-mujer

Capítulo IV

La simbiosis y el parto dicigótico hombre-mujer

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

En este trabajo la intención es sumergir al lector en el mundo de la simbiosis, la tríada gemelos-madre y sus vicisitudes. Querer entender de qué manera es influyente una relación de este tipo gemelar y la madre a tan temprana e importante esta etapa prístina de la vida. Qué tan significativo es que exista otro miembro dentro de la etapa de la simbiosis y si su presencia es determinante en las etapas posteriores de la vida; y llegar así a entender la influencia en las selecciones objetales posteriores. Dentro de los orígenes o los porqués, y no por coincidencia, se está íntimamente ligado el resolver dudas y problemas, con lo que nos acontece, a lo que nos vemos unidos, ligados, y lo que nos motiva a saber más de nosotros mismos. Este trabajo se debe a entender esta relación primera que uno tiene con la madre, esta relación temprana de tanta importancia, ya que es el “agente” que nos lleva a conocer el cómo del mundo, el que nos introduce a las relaciones interpersonales, tan decisivas para la vida. Es la relación modeladora madre-hijo, la que nos lleva a construir relaciones posteriores. Es esa mano que nos enseña como caminar, esa “mano que mece la cuna” de qué forma, sea ésta “buena” o “mala”. Así pues una manera de entender las distorsiones que se dan a partir de esta relación dual, y en las posteriores; para quizás también poder llegar a un abordaje terapéutico.

Por otro lado, Y dentro de la investigación se lanza la hipótesis al decir que necesariamente el crecimiento del par se ve influido tanto por sí mismos, como, por y en los padres; socialmente, el trato siempre será distinto de cuando es un parto único. En este sentido y con un extremo detenimiento e interés ver cómo se da la relación simbiótica en un parto gemelar dicigótico lo más exhaustivamente posible, para así llegar a comprender, el cómo y porqué de los comportamientos que se dan con patrones repetitivos en la edad adulta.

Desde un punto de vista socio-conductual a las madres por ende el trabajo se les carga, ya que en el mejor de los casos la madre tiene que atender a dos criaturas con las mismas necesidades coetáneas; y esto sin tomar en cuenta en la mayoría de los casos la existencia de algún hermanito más. A cada bebé se le depositan diferentes expectativas y frustraciones. La sociedad los percibe como unidad, siendo que cada uno tiene su individualidad. Estos fenómenos se dan en situaciones tales, por lo que en este trabajo se trata de entender cómo suceden, y cómo se enfrentan y se deberían enfrentar en la mayoría de los casos.

Para realizar el presente trabajo no se encontró una extensa información. Sin embargo en lugares donde se supondría podría haber este tipo de información es casi nula, por lo que hubo que hacerse la visita a diferentes lugares para terminar el trabajo.

El aporte de esta revisión bibliográfica es reuniendo la literatura que existe de este tema, para que en un futuro se encuentre de manera más fácil y sea más accesible a los alumnos de la facultad de psicología, considerándolo que es un tema de gran importancia, y que ha sido poco abordado. Dejando por sentado que aún queda mucho por investigar.

En biología, se define el término simbiosis como una asociación estrecha o la vida conjunta de dos organismos diferentes. También, se le considera como la cercana asociación funcional de dos organismos para su mutua ventaja. El Diccionario De Ciencias Biológicas (1908) indica que simbiosis abarca un espectro de relaciones que pueden ser benéficas o destructivas, temporales o permanentes, no esenciales u obligatorias, como por ejemplo: la simbiosis recíproca que es ventajosa para ambos organismos; la simbiosis antagónica, una relación en la que un organismo busca dominio sobre el otro; la simbiosis conjuntiva, en la cual dos organismos se presentan formando un solo ser y la simbiosis disyuntiva, una relación simbiótica temporal en la que cualquiera de los organismos pueden separarse a voluntad. Este término se ha incorporado como concepto psicoanalítico. La psicología toma este término para explicar el proceso que se refiere a un estado intrapsíquico, a un rasgo de la vida cognitivo-afectiva primitiva en que no ha ocurrido la diferenciación entre el sí mismo y la madre.

El Objetivo General de esta investigación es actualizar la información sobre la simbiosis, así como elaborar un escrito de consulta para los interesados en las relaciones madre-hijo, así como la relación entre un par de gemelos dicigóticos, y con respecto a su madre.

Como Objetivo Específico una vez organizada la información se pueden determinar áreas de abordaje terapéutico, lo que abreviaría un alta en menos tiempo, por lo tanto menos daños en las relaciones madre-hijo con gemelos dicigóticos hombre-mujer.

Cuerpo Teórico que sustenta la investigación aborda en:

El Capítulo I. Las etapas del desarrollo según la teoría psicodinámica. Especificando en qué periodos se da y qué acontece en cada una.

Capítulo II En el segundo se abordará el tema de la simbiosis, dentro de la etapa oral que es en la que sucede, explicando qué pasa, describiendo las primeras percepciones del neonato respecto a su sí-mismo y al mundo que lo rodea; y de qué manera éste va incorporando su derredor a su sí-mismo.

El Capítulo III Aborda de manera específica la gemelaridad, se determina la relación madre-gemelos de parto dicigótico hombre-mujer. Así como la relación entre ellos, y con respecto a la madre.

El Capítulo IV Se intersecta tanto el tema de la simbiosis como el tema de la gemelaridad, determinando, por qué factores se ven influídos los coparticipantes.

TESINA

TÍTULO.

SIMBIOSIS MATERNA EN PARTO GEMELAR DICIGÓTICO HOMBRE-MUJER.

ESPECIFICACIÓN DE LOS OBJETIVOS.

En este trabajo se pretenderá investigar de manera exhaustiva cómo se da el proceso de simbiosis respecto con la madre en un parto gemelar dicigótico hombre-mujer, cuál es la dinámica que se da entre ambos neonatos tanto recíprocamente como individualmente, y con respecto a su madre. Si la relación con ella es de mayor dependencia, o por estar unidos se prescinde de ésta en mayor medida que en un parto normal. Llegando a conclusiones firmes del proceso que se experimenta por esta dualidad y así poder hacer especulaciones sobre el ciclo vital que llevarán, ya que esta etapa es de suma importancia y contundencia para el futuro de ambos coparticipantes simbióticos.

JUSTIFICACIÓN.

La intención de este trabajo es abarcar de manera amplia y clara el proceso de la simbiosis. Hay documentación sobre este proceso pero de la que hay muy poca es de la simbiosis entre gemelos, es decir, ¿qué pasa en este proceso? qué tan diferente puede ser de un parto monocigótico, qué consecuencias trae tanto negativas como positivas para los participantes, habrá más o menos dependencia respecto a la madre, cómo influye en sus vidas ese otro con el cual se ha compartido la gestación, parto, postparto. Mi interés en este trabajo es despejar dudas respecto a esto y hacer una contribución más de este proceso en las circunstancias ya mencionadas, ya que hay muy poco material sobre la simbiosis en parto gemelar dicigótico hombre-mujer.

DESCRIPCIÓN DE LA METODOLOGÍA A SEGUIR.

Como toda tesina requiere, la metodología a seguir será hacer una exhaustiva búsqueda sobre el tema. Esta búsqueda comprende todo tipo de documentos, ya sea revistas, artículos, libros, de preferencia de 5 años a la fecha. Con el fin de hacer una búsqueda actual, certera, y completa.

MENCIÓN DE LOS BANCOS DE INFORMACIÓN.

Los bancos de información como ya se nombró anteriormente, constarán de todo tipo de documentos como son: revistas, libros, artículos, y todo lo que se pueda encontrar para la realización del trabajo presente de preferencia con un tiempo no mayor a 5 años.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Las que se requieran

CRONOGRAMA DE TRABAJO.

Capítulo I

ETAPAS DEL DESARROLLO SEGÚN LA TEORÍA PSICODINÁMICA.

Toda vida humana está constituida por diferentes áreas, las cuales forman un sistema en común e interactivo, de tal forma que si una de estas partes se ve afectada la armonía se va a ver interrumpida severamente alterando, rompiendo, todo el sistema haciéndolo defectuoso e inadecuado. Toda fase tiene su epigénesis y su desarrollo tanto individual como de integración con las otras partes, cada uno debe de cumplir diferentes funciones para complementarse. Cada una debe respetar su tiempo y su desarrollo, en cada individuo varia el tiempo. Cada individuo con su parte fisiológica, cognitiva y social, va formándose y formándose a la vez un sistema de interactividad llamado sociedad.

Al nacer, el niño abandona el intercambio químico intrauterino por el sistema de intercambio social de su correspondiente sociedad, donde sus gradualmente crecientes capacidades encuentran las oportunidades y las limitaciones de su cultura. En la literatura correspondiente al desarrollo infantil, se describe cómo el organismo en vías de maduración prosigue desenvolviéndose no mediante el desarrollo de nuevos órganos, sino mediante una secuencia predeterminada de capacidades motoras, sensoriales y sociales.

En la secuencia de sus experiencias más personales, el niño sano, siempre que se dé cuantía razonable de educación adecuada, obedece a las leyes internas de desarrollo, leyes que crean una sucesión de potencialidades destinadas a una interacción significativa con aquellas personas que le atienden y que le responden.

La personalidad, por tanto, se desarrolla de acuerdo con etapas predeterminadas en la disposición del organismo humano por ser "conducido hacia" para "darse cuenta" y para interactuar con un círculo cada vez más amplio de individuos e instituciones significativas.

El cambio más radical de todos, el de la vida intrauterina a la extrauterina, tiene lugar en el comienzo mismo de la vida. Más también en la existencia postnatal, ajustes de perspectiva tan radicales como estar relajadamente tumbado, estar firmemente sentado y correr de prisa, han de tener lugar a su debido tiempo.

ETAPA ORAL.

Esta etapa tiene lugar en el primer año de vida de los 1 a los 18 meses aproximadamente. Cuando el bebé es recién nacido su primer contacto con el mundo externo lo tiene a través de la boca, ya que en esta primera etapa ésta es la zona erógena. La zona erógena es la región del cuerpo en que los procesos excitantes e irritantes tienden a concentrarse, y cuyas tensiones pueden ser eliminadas mediante alguna acción sobre tal región como puede ser chupar o acariciar. En el caso de esta etapa, es decir, es esta parte de la epidermis o de las mucosas en las cuales ciertos estímulos hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad, y en donde tiene su descarga la libido.

El bebé conoce al mundo, tiene contacto con él por medio oral, que si bien en un principio sirve como fuente alimenticia, posteriormente se convertirá en su vínculo principal con el exterior y de placer autoerótico. Placer, ya que el bebé siente placer erótico (sexual) al tener contacto táctil de sus labios, con el pezón de la madre, su cavidad oral, el paso del líquido lácteo dentro de su boca reproduciendo posteriormente la succión autoerótica y creándose una sensación de seguridad, protección y de confianza básica. La succión o el chupeteo como actividad erótica infantil, que aparece ya en los niños de pecho y puede subsistir hasta la edad adulta e incluso conservarse en ocasiones a través de toda la vida (ya que los bebés cuyas necesidades orales no se satisfacen se quedan fijos, o estáticos, en la etapa oral y continúan intentando satisfacer tales necesidades a través de la vida) consiste en un contacto succionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimento. Una parte de los mismos labios, lengua o cualquier otro punto asequible de la piel del mismo individuo, son tomados como objeto de la succión. La succión productora de placer está ligada con un total embargo de la atención y conduce a conciliar el sueño o a una reacción motora. La necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad de satisfacer el apetito, separación inevitable cuando aparecen los dientes, y la alimentación no es exclusivamente succionada sino mascada. Siendo las dos fuentes derivadas del estímulo táctil, que se obtiene de poner cosas en la boca y morder. La incorporación de objetos en la cavidad

oral produce placer oral, y morder produce placer oral agresivo.

El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún, y crea, además, una segunda zona erógena, aunque de menos valor. El menor valor de esta zona le hará buscar posteriormente las zonas correspondientes de otras personas; los labios. "Lástima que no pueda besar mis propios labios". Según Freud todo bebé en esta etapa es gobernado por el Ello, la parte instintiva de la personalidad, que está presente al nacer y que funciona por el principio del placer, luchando por una gratificación inmediata.

Otto Fenichel (1945) ²¹ habla del fenómeno autoerótico de succionar el pulgar como que es una cosa ya evidente en el recién nacido y puede considerarse, reflejo innato, reflejo relacionado con un tipo de estimulación ligado habitualmente a la función de la nutrición, pero que se ha independizado de ella. Con una estimulación de la membrana mucosa oral erógena.

Primeramente es la estimulación autoerótica placentera de la zona erógena y luego la incorporación de objetos. A este nivel los individuos son considerados como alimentos o proveedores de alimentos. Incorporando los objetos se logra la unidad con éstos. La "introyección oral" es también la realizadora de la "identificación primaria".

E. Erickson (1961) ¹⁷ La condición previa más fundamental de la vitalidad mental es un sentimiento de confianza básica. Entiendo por "confianza" el hecho de fiarse esencialmente de los demás, así como un fundamental sentimiento acerca de que uno mismo es digno de confianza. Una afección radical de la confianza básica y un predominio de la desconfianza básica se expresa mediante una particular forma de apartamiento que caracteriza a individuos que se retiran al interior de sí mismos cuando están desavenidos consigo mismos y con otros. Se considera a la confianza básica como piedra angular de una personalidad vital.

El organismo nacido es separado de sus simbiosis con el organismo de la madre, su capacidad congénita, y más o menos coordinada a la intención por parte de la madre para nutrirle y acogerle con cariño. En este momento de su vida vive a través de su boca y ama con ella, y la madre vive a través y ama con sus senos o con cualesquiera partes de su rostro y su cuerpo que se afanen por proporcionarle al hijo lactante aquello que necesita. Para éste, la boca es el

foco de una aproximación primera y general de la vida: la aproximación incorporativa. Es evidente que aparte de la predominante necesidad de alimento el lactante es capaz de "ingerir" con sus ojos aquello que penetra en su campo visual. Y a su debido tiempo, ya que de lo contrario su disposición a aceptar puede variar radicalmente para transformarse en una defensa difusa o en letargia.

El titubeante e inestable organismo del recién nacido aprende tan sólo esta modalidad cuando aprende a regular su disposición a "tomar", con respecto a los métodos de una madre que a su vez, le permitirán coordinar sus medios de tomar mientras ella desarrolla y coordina sus métodos de dar. Más en este tomar lo que es dado, el lactante desarrolla asimismo los fundamentos para "conseguir ser", devenir a su vez en persona "que da".

Más existen, desde luego, medios para mantener la relación mutua, mediante la satisfacción de receptores distintos a los orales: el placer que siente el lactante al ser mantenido en brazos, calentado, sonreído, al hablarle, mecerle, etc.

Durante la "segunda fase oral", maduran capacidades para buscar y obtener placer, de un modo más activo y más directamente incorporativo. Brotan los dientes y con ellos el placer de morder cosas duras, de roer cosas.

Los ojos han aprendido ahora a enfocar, a aislar y a "captar" objetos, distinguir sonidos, a localizarles y a guiar cambios de posición adecuados, tales como los movimientos de levantar y rotar la cabeza o de elevar y girar el tronco. Los brazos han aprendido a alcanzar con decisión y las manos a aferrar firmemente.

Posteriormente viene el apartamiento gradual de la madre con respecto al niño, para reanudar tareas que había abandonado durante el embarazo y los cuidados postnatales a su hijo. Tales actividades incluyen un pleno retorno a la intimidad conyugal y la aparición, quizá, de un nuevo embarazo. Cuando la lactación al pecho prosigue durante la segunda fase oral, lo cual ha sido generalmente la regla, es preciso que el niño aprenda a continuar mamando sin morder, de modo que la madre no le retire el pezón por miedo o enfado. Esto ocasiona cierto sentimiento de pérdida fundamental, dejando la impresión general de que la unidad con una matriz materna quedó, en algún momento destruida. El destete no ha de significar una pérdida súbita tanto del pecho como de la presencia, que proporciona seguridad, de la madre.

Para contrarrestar la combinación de estas impresiones de haber sido

privado, de haber sido dividido y de haber sido abandonado, todas las cuales dejan un sentimiento de desconfianza básica, ha de establecerse y mantenerse la confianza básica.

El estado general de confianza, no sólo implica que se ha aprendido a fiarse de que los proveedores exteriores continúan siendo iguales a sí mismos, sino también que uno puede fiarse de sí mismo y de la capacidad de los propios órganos para hacer frente a necesidades urgentes, que uno es capaz de considerarse a sí mismo lo suficientemente digno de confianza para que los proveedores no precisen estar en guardia con respecto a uno o abandonarle a uno.

Un residuo procedente de aquel primer período de dependencia con respecto a poderosos proveedores. Se expresa normalmente a través de nuestras dependencias y nostalgias y en nuestros estados demasiado desesperanzados. La integración de la fase oral con todas las siguientes da lugar, en la edad adulta, a una combinación de fe y realismo.

La cuantía de la confianza derivada de la experiencia infantil depende de la calidad de la relación con la madre. Las madres crean un sentimiento de confianza en sus hijos, mediante aquel género de administración que combina en su calidad la sensitiva satisfacción de las necesidades individuales del hijo lactante y un firme sentimiento de ser personalmente digna de confianza dentro de la trama del estilo de vida de su comunidad en el que se confía. Esto forma en el niño la auténtica base de componente del sentimiento de identidad, con el que se combinarán más adelante los sentimientos de "estar perfectamente", de ser uno mismo y de llegar a ser lo que otras personas confían que ha de ser uno.

Th.Benedek (1962)⁵ El narcisismo primario del niño florece dentro de la seguridad de la "simbiosis" entre madre e hijo. Una ulterior diferenciación entre el concepto del propio ser y el de la madre y su pecho, separa el amor a la madre y su pecho del amor a sí mismo, iniciándose el amor objetal.

Spitz (1965)⁶⁰ ha demostrado que los infantes privados del cuidado materno en los primeros meses de vida, desarrollan un tipo de conducta que denomina "depresión anaclítica". Si el estado no cambia en los meses de la fase oral; Spitz cree que éste es irreversible y su tratamiento imposible. Cuan necesaria es para el primer desarrollo del yo la relación de una persona que haga las veces de madre, el infante carece de todo signo de mecanismos de adaptación y parece haber perdido hasta la capacidad para determinada

adaptación refleja, como chupar, agarrar, apartar, y con desórdenes como narcicismo con "vaciedad" afectiva, normas deficientes e inadecuación del yo, indicios de detención en el desarrollo, de suerte que a cualquier estímulo sensorial sigue una excitación difusa, y desórdenes más serios como psicosis o esquizofrenias, graves trastornos resultantes de la privación de madre.

Los estados psicopatológicos y las características adecuadas de la personalidad tienen sus raíces en las experiencias del primer año de vida y están estrechamente relacionadas con el tipo de conducta maternal a que el niño se halla expuesto, o con falta de cuidado materno.

Freud (1905)³² nos habla en 3 ensayos para una teoría sexual, en el capítulos de manifestaciones Sexuales, lo siguiente, afirma que el autoerotismo encuentra sus satisfacción en el propio cuerpo. En la etapa oral, se ve claramente que el acto de succión es determinado en la niñez por busca de un placer ya experimentado y recordado. Con la succión rítmica de una parte de su piel o de sus mucosas encuentra el niño, por medio más sencillo, la satisfacción buscada. Es también fácil adivinar en qué ocasión halla por primera vez el niño este placer, hacia el cual, una vez hallado, tiende siempre de nuevo. La primea actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre (o de sus subrogados), le ha hecho conocer, apenas nacido este placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del hambre. La actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, para caer enseguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que el sujeto conocerá más tarde. Posteriormente la necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad de satisfacer el apetito, separación inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación so es exclusivamente succionada ni masticada.

El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún, y crea, además, una segunda zona erógena aunque de menos valor.

No todos realizan este acto de succión. En este acto podemos observar los tres caracteres esenciales de una manifestación sexual infantil. Esta se origina en alguna de las funciones fisiológicas de importancia vital; no conoce ningún objeto sexual, es autoerótica, y su fin sexual se halla bajo el dominio de una zona erógena.

ETAPA ANAL.

Una segunda fase pregenital es la de la organización sádico-anal pero no puede ser denominada aún femenina o masculina, sino simplemente activa y pasiva. La actividad está representada por el instinto de aprehensión, y como órgano con fin sexual pasivo aparece principalmente la mucosa intestinal erógena. Freud (1950)²⁴.

Esta fase comienza alrededor de los dos años, aquí la zona erógena es el ano a través del cual se eliminan del cuerpo los deshechos de la digestión. En esta región surgen tensiones en los esfínteres anales, como resultado de la acumulación de la materia fecal. Cuando la presión sobre los esfínteres alcanza cierto nivel, se abren y se expelen los productos de desecho mediante el acto de la defecación. La expulsión proporciona alivio a la persona, al eliminar la fuente de tensión. Generalmente estos reflejos expulsivos involuntarios llegan a ser controlados mediante una serie de experiencias que se conocen con el nombre de educación de control de esfínteres. La educación de control de esfínteres es la primera experiencia decisiva que el niño tiene en relación con la disciplina y la autoridad exterior. La educación determina en gran medida la naturaleza exacta de la influencia que se tendrá sobre la personalidad y su desarrollo. Los estrictos procedimientos para educar los esfínteres pueden provocar una formación reactiva contra la expulsión incontrolada. Si se da demasiada importancia al valor de las heces, el niño puede sentir que ha perdido algo valioso cuando defeca. La retención de las heces es otro modo de funcionamiento anal.

R. Sterba (1945)⁶¹ En esta fase tropezamos con satisfacciones instintivas de gran intensidad, que tienen su origen en una región del cuerpo que es importante para la autoconservación, y que tiene a su cargo la eliminación de los residuos alimentarios indigeribles, es decir, la porción terminal del intestino grueso, el ano y la región circundante. En la primera fase

anal predomina el placer causado por el pasaje y expulsión de la materia fecal. Desde el punto de vista psíquico esta expulsión significa la destrucción de la misma, obedeciendo a un propósito placentero-hostil. En la segunda fase del período anal de la evolución libidinosa, el placer principal ya no es experimentado durante el pasaje de la materia fecal, sino mediante su retención. La semejanza entre la segunda organización anal y la fase siguiente consiste en que las heces y la mucosa intestinal son utilizadas como partes estimulantes y estimuladas, del mismo modo como más tarde se hará con los genitales. En la segunda fase anal ya existe una relación más estrecha con objetos del mundo exterior, principalmente con padres y hermanos.

Otto Fenichel (1945)²¹ Dice que las primeras tendencias anales son, autoeróticas. Tanto la eliminación placentera como la retención placentera (más tardía) pueden alcanzarse sin necesidad de objeto. Algunos placeres anales son percibidos por primera vez en las sensaciones que provoca el cuidado materno al ser cambiados los pañales del niño. Este cuidado, y más tarde los conflictos provocados por el aprendizaje de los hábitos higiénicos que se le impone al niño, transforman gradualmente las tendencias anales autoeróticas en tendencias objetales. Los objetos pueden ser retenidos o introyectados, como también eliminados y expulsados. Todas estas tendencias objetales anales tienen una orientación ambivalente.

E. Erickson (1968)¹⁸ El psicoanálisis ha enriquecido el vocabulario con la palabra "anilidad" para designar la particular capacidad de placer y voluntariedad que va unida con frecuencia a los órganos de excreción en la temprana infancia. Todo el proceso de evacuación del intestino y la vejiga está reforzado, desde el principio, por un término de satisfacción relativo a una importante tarea "bien hecha". Al principio este premio ha de compensar las molestias y tensiones experimentadas con bastante frecuencia cuando los intestinos han de aprender a realizar su trabajo diario. Hay dos procesos que proporcionan gradualmente a las experiencias anales el "volumen" necesario: la aparición de heces mejor formadas y la coordinación general del sistema muscular que permite el desarrollo de una evacuación y una retención voluntarias, esto no se limita a los esfínteres. Se desarrolla una capacidad general e incluso una violenta necesidad de alternar a voluntad la retención y la expulsión y, en general, para sujetar estrechamente y para arrojar fuera, a voluntad, cualquier cosa que se tiene.

La importancia general de este segundo estadio de la temprana infancia

reside en las rápidas ganancias en cuanto a maduración muscular, verbalización, discriminación, y la consecutiva capacidad o incapacidad para coordinar cierto número de pautas de acción altamente conflictivas, caracterizadas por las tendencias a "retener" y "soltar". De esta manera y de muchas otras, el niño, que continúa siendo altamente dependiente, comienza a experimentar su voluntad autónoma. En esta época se atan y desatan fuerzas contrarias, ya que el niño es con frecuencia contrario a su propia voluntad violenta, y progenitor e hijo son con frecuencia opuestos entre sí.

Se ha tenido la creencia que un entrenamiento precoz y riguroso es absolutamente necesario para una clase de personalidad que haya de funcionar eficientemente, mientras que, de hecho, el poder de la voluntad tan sólo puede desarrollarse por etapas. A. Freud(1950)²⁴ dice a este respecto que el adiestramiento para el control esfinteriano debe llevarse a cabo en forma gradual y tolerante.

La zona anal se presta, más que cualquier otra, a la expresión de terca insistencia acerca de impulsos conflictivos debido, por una parte, a que es la zona modelo de dos modalidades contradictorias que han de convertirse en alternantes: la retención y la eliminación. Además, los esfínteres son tan sólo parte del sistema muscular, con su ambigüedad general de rigidez y relajación, de flexión, y extensión. Toda esta fase del desarrollo, por tanto, se convierte en una batalla por la autonomía. Al mismo tiempo que es capaz de mantenerse más firmemente sobre sus pies, el niño aprende también a delinear su mundo en términos de "yo" y "tú", de "mí" y "mío".

Toda madre sabe lo amorosamente que un niño, en esta fase, desea acurrucarse a su lado y cuán rudamente intentará de pronto empujarla fuera. Todas estas tendencias, aparentemente contradictorias, las incluimos entre los modos retentivos-eliminativos. Así "retener" puede devenir una retención o restricción destructiva y cruel, y puede convertirse también en una pauta que implique cuidado: "tener y mantener". "Soltar" puede convertirse también en una hostil liberación de fuerzas destructivas, o bien puede convertirse en un relajado "dejar pasar" o "dejar estar".

Sin un control exterior, mediante un entrenamiento demasiado rígido o demasiado precoz, persiste en privar al niño de sus intentos de controlar gradualmente sus intestinos y otras funciones, voluntariamente y por su propia elección se enfrentará de nuevo con una doble rebelión y una doble derrota. Impotente frente a su propia instintividad anal y asustado en ocasiones por

sus propios movimientos intestinales e impotente también con respecto al exterior, se verá forzado a buscar satisfacción y control, bien mediante regresión, bien mediante un progreso ficticio.

Esta fase, resulta decisiva con respecto a la proporción entre una buena voluntad cariñosa y una hostil insistencia acerca de sí mismo, entre cooperación y terquedad, y entre la expresión de sí mismo y una autorrestricción compulsiva o una dócil complacencia. Un sentimiento de autocontrol, sin pérdida de autoestima, es la fuente ontogénica de un sentimiento de libre voluntad. A partir de un inevitable sentimiento de pérdida de autocontrol y de excesivo control parental, surge una persistente propensión a la duda y la vergüenza.

Para el desarrollo de autonomía es necesaria una confianza precoz firmemente desarrollada. El lactante ha de llegar a estar seguro que su fe en sí mismo y en el mundo no será puesta en peligro por el violento deseo de salirse con la suya, de apropiarse exigentemente y de eliminar tercamente. Tan sólo la firmeza por parte de los padres puede protegerle contra las consecuencias de su hasta entonces inadecuadas discriminación y circunspección. Más su entorno ha de apoyarle también en su deseo de autonomía, pero protegiéndole al mismo tiempo contra una pareja de nuevas desviaciones que surgen ahora; el sentimiento de haberse expuesto a sí mismo prematura y atolondradamente, y que designamos como vergüenza, o aquella desconfianza secundaria aquella doble opción que denominamos duda, duda acerca de sí mismo y duda en cuanto a la firmeza y perspicacia de sus educadores.

La vergüenza excesiva no da lugar a un sentimiento de corrección, sino a una secreta determinación de intentar "salirse con la suya" cuando no se es visto, si es que no desemboca en una deliberada desvergüenza. Existe un límite para la resistencia de un niño y de un individuo adulto frente a las exigencias que le fuerzan a considerarse a sí mismo, su cuerpo, sus necesidades y sus deseos como malos y sucios.

La duda es hermana de la vergüenza. Mientras que la vergüenza depende de la consciencia acerca de estar erguido y expuesto, la duda tiene mucho que ver con la consciencia de tener una parte delantera y otra trasera y, en especial, un "detrás". Ya que este reverso del cuerpo, con su foco agresivo y libidinal en los esfínteres y las nalgas, no puede ser visto por el niño y, sin embargo, puede ser dominado por la voluntad ajena.

Es precisa energía y también flexibilidad para educar la voluntad de un niño a fin de ayudarlo a superar un exceso de terquedad, desarrollo cierto grado de "buena voluntad" y mantener un sentimiento autónomo de libre voluntad. El sentimiento de confianza por parte del lactante es un reflejo de la fe parental; de modo similar, el sentimiento de autonomía es un reflejo de la dignidad de los padres como seres autónomos.

La básica necesidad que tiene el hombre de una delimitación de su autonomía parece poseer una salvaguardia institucional en el principio de la ley y orden, que tanto en la vida cotidiana como en los tribunales aporta a cada uno sus privilegios y sus limitaciones, sus obligaciones y sus derechos. Tan sólo un sentimiento de autonomía delimitado con arreglo al derecho, por parte de los padres, permite un modo de tratar al pequeño individuo que es el niño, que exprese una indignación suprapersonal, más bien que un querer tener, arbitrariamente, razón. Es importante insistir sobre este punto, ya que gran parte de un persistente sentimiento de duda y de la injusticia de castigo y la restricción, común a muchos niños, es una consecuencia de las frustraciones parentales en el matrimonio, el trabajo y la ciudadanía.

En el estadio de autonomía tiene lugar la primera emancipación, la verificada con respecto a la madre. La contribución principal a una eventual formación de identidad es el auténtico valor necesario para ser un individuo independiente que puede elegir y guiar su propio futuro.

Según Th. Benedek (1962)⁵ la educación del niño ante la educación de los intestinos dependerá, en parte, de sus reacciones ante la gente, en especial la madre.

A medida que transcurren los meses y se produce la maduración del sistema neuromuscular de suerte que pueden controlarse voluntariamente los esfínteres anal y uretral, se establece la fase anal. Al mismo tiempo, la actividad intencional de los músculos del esqueleto se vuelve gradualmente más coordinada para agarrar, empujar, gatear y caminar. No sólo la madre pide al niño que controle sus actividades excretorias, sino que fomenta o prohíbe su autoexpresión en toda actividad autoagresiva al enseñarle a no tocar los objetos peligrosos ni a romper objetos valiosos y a caminar y gatear en áreas circunscritas para su propia protección.

Los conflictos emocionales que se desarrollan en el período anal son inherentes a la prohibición y dirección de la actividad excretoria y muscular del niño, impuesta por los padres como representantes de la sociedad.

Si la relación objetal con la madre es agradable y afectuosa, el niño resolverá fácilmente el conflicto entre su deseo de dependencia del amor materno, modificando su actividad de acuerdo con las exigencias maternas.

Asímismo, gradualmente controla el agarrar, pasear y otras acciones de acuerdo con el permiso de la madre. Ese es el primer signo de desarrollo del yo como "no conflictual". A él le concierne el desarrollo de las habilidades de adaptación más bien que las de defensa contra los impulsos instintivos. El gran placer que siente el niño en respuesta a la aprobación de su acción por parte de su querida madre, hace perfectamente fácil la elección de soluciones sustitutivas. Su deseo de evitar la desaprobación intensifica el deseo de conformar a la madre.

Sin embargo es este período de entrenamiento pueden comenzar a manifestarse nuevos problemas, si la relación con la madre no ha sido satisfactoria debido a la negligencia, que intensifica la necesidad de placeres autistas y narcicistas, o a causas del sufrimiento producido por la madre, que transforma la agresividad normal de autoconservación en agresión hostil destructora dirigida contra la madre. Son comunes el negativismo y la obstinación contra la sugestión y la dirección, la necesidad de mantener su propia decisión parece ser el modo como el niño concibe el mantenimiento de su integridad. El niño rechaza deshacerse del producto de su cuerpo hasta que se ve forzado por el reflejo fisiológico de los intestinos. Mediante la negación a ceder no sólo expresa hostilidad y rabia contra los padres poco afectuosos y severos, sino que en realidad ataca con las heces "sucias". En consecuencia, los excrementos están investidos de valor, como una creación personal que proporciona el poder de evitar el peligro, y por lo tanto se convierten en un instrumento de ataque contra el objeto amado, que por ambivalencia es odiado.

El deseo de conservar el amor alimenta la conformidad, pero, para superar el elemento hostil de la ambivalencia, en constante resurgimiento, el yo naciente fortifica el proceso de conformidad.

En este período de entrenamiento se observa un comienzo de conciencia o superyó. El niño con una afectuosa relación de dependencia para su madre, empieza a diferenciar lo "correcto" de lo "incorrecto" de acuerdo con la aprobación o desaprobación de conducta por parte de ella. Comúnmente puede conformarse en la presencia de sus padres y en ocasiones cuando está solo. Los padres y sus normas no están aún plenamente integrados en la personalidad del niño en esta tierna edad, pero la facilidad para experimentar alucinaciones

debido a su falta, como a la carencia de una diferenciación adecuada entre realidad y fantasía, le trae la imagen de la madre para ayudarle a controlar la acción. En los niños que manifiestan una exagerada conformidad compulsiva, el superyó parece tener una existencia verdadera, aunque precoz, y en muchos casos el niño se comporta como si dichas normas de conducta fueran una parte separada de él mismo, los padres introyectados, pero todavía no integrados.

La mayor parte de los niños pueden evitar la desobediencia si están en presencia de quien observa la disciplina, pero no manifiestan signo alguno de arrepentimiento cuando se encuentran solos. El niño todavía no ha aceptado como propias las normas y la conducta exigidas por los padres; existe una internalización mínima de las órdenes paternas para constituir el superyó o conciencia moral. El temor al castigo y a la pérdida de amor produce un control de la conducta impulsiva, inhibiéndola y castigándola antes que pueda desarrollarse la capacidad para expresar mediante actividades sustitutivas o sublimadas los deseos. El control punitivo en esta edad inicia una regulación ritualista de suficiente fuerza para los síntomas compulsivos nacientes, como el aseo excesivo, el deseo de orden y rutina en los entretenimientos y en el arreglo de los juguetes. Si se perturba la rutina, aparecen los síntomas de angustia llanto, tensión muscular y otros síntomas, que indican la necesidad temerosa de autocontrol que los padres han creado en el infante. El superyó, aunque precoz, es demasiado débil para funcionar completamente solo.

Las dificultades para dormir no son muy comunes en esta edad, pero en niños notablemente sumisos muestran temor a ir a la cama, ya que mientras duermen están fuera de la protección y admonición paterna, y los impulsos no están controlados por las advertencias de la realidad; el temor de que un mal comportamiento pueda irrumpir en el sueño, provoca insomnio o adhesión a los padres, como protección contra las tentaciones durante el sueño. Entonces, al dormir, es cuando aparecen en las creaciones alucinatorias oníricas los peligros de castigo.

La integración de los síntomas provenientes de un mal ajuste producido en la fase oral-dependiente, con los síntomas del período de entrenamiento, puede determinar el método de resistencia contra el entrenamiento o la forma de expresión de hostilidad contra los padres, o incluso la dirección de los ritos que el superyó precoz realiza para controlar los impulsos.

ETAPA FÁLICA

El período de crecimiento durante el cual el niño se preocupa por sus genitales es llamado la etapa fálica, al mismo tiempo hay una intensificación del anhelo sexual del niño por los padres, e inicia una serie de cambios importantes en sus catexias objetales. Ésta se establece cerca de los tres años hasta los cinco o seis.

Al llegar a su término la sexualidad infantil, la concentración genital de todas las excitaciones sexuales es un hecho. El interés por los genitales y por la masturbación genital alcanza una importancia dominante, e incluso se ve aparecer una especie de orgasmo genital. Freud dio a esta fase el nombre de organización genital infantil o fase fálica.

Otto Fenichel (1945)²¹ El hecho de que una descarga genital general de todas las formas de excitación sexual surja hacia el cuarto o quinto año de edad no significa, que antes de esa época los genitales no hayan tenido una función de zona erógena. La eficacia de los genitales como órgano de sensibilidad erógena es elevada desde el nacimiento; Ocurren, desplazamientos de catexis pregenitales a impulsos genitales, lo cual acrecienta la erogeneidad genital. Un desplazamiento de esta índole es lo que describe: la excitación sexual, dondequiera que se origine, se concentra cada vez más en los genitales, y en determinado momento es descargada de una manera genital. es necesario tener presente, desde el punto de vista psicológico, no hay una libido específicamente oral, anal y genital; hay una sola libido, que puede desplazarse de una zona erógena a otra; donde se han creado ciertas fijaciones, entran en acción fuerzas que resisten ese desplazamiento.

El niño ama a su madre, en esta etapa el impulso sexual aumenta, y el amor por su madre se hace más incestuoso y en consecuencia se pone celoso de su rival, el padre. Este amor por su madre y antagonismo hacia el padre recibe el nombre de complejo de Edipo. Si persiste en sentirse sexualmente atraído hacia a la madre, corre el riesgo de que el padre lo dañe físicamente. S. Freud dice que esta convicción es enérgicamente conservada por el sujeto infantil, que la defiende frente a las contradicciones que la observación le muestra enseguida, y no la pierde después de graves luchas interiores. Las formaciones sustitutivas de este pene, que el niño supone perdido en la mujer, juegan un importantísimo papel.

Al sentir que su padre puede hacer que este pierda el pene, a lo que se le

llama angustia de castración, el niño reprime su deseo incestuoso por la madre y su hostilidad hacia el padre, y el complejo de Edipo desaparece. Cuando el niño renuncia a la madre puede identificarse con el objeto perdido, su madre, o intensificar su identificación con el padre. Estas identificaciones dan lugar a la formación del superyó. Se dice que el superyó es el heredero del complejo de edipo, porque ocupa el lugar del mismo.

O. Fenichel (1945)²¹ La intensidad de la angustia de castración está en relación con la elevada valoración de este órgano durante la fase fálica. Esta misma valoración hace que el niño, enfrentando a la alternativa de renunciar a las funciones genitales o poner en peligro su pene, se decida por la renuncia de las funciones genitales. En el período fálico los factores narcicísticos tienen más peso que el factor sexual, de modo que la posesión del pene constituye el objetivo capital.

Los problemas de esta índole tienen por causa otra característica de la época fálica. El niño de esa edad, de acuerdo con Freud, todavía no toma la posesión del pene como un hecho que determina el sexo de las personas. No distingue a éstas en términos de masculino y femenino, sino en términos de tener pene o estar castrado.

Al igual que en el niño, el primer objeto amoroso de la niña, aparte del amor de su propio cuerpo, es la madre. Pero a diferencia de lo que ocurre con el niño, no hay muchas probabilidades de una temprana identificación con el padre. Cuando la niña descubre que no posee genitales externos del varón, se siente castrada. Culpa a su madre por tal condición y por lo tanto se debilita la catexia hacia la madre. La niña siente que la madre no le da suficiente amor, o que ella tiene que compartir el amor de su madre con sus hermanos y hermanas. A medida que se debilita la catexia hacia la madre, la niña comienza a preferir al padre, que posee el órgano que a ella le falta. El amor de la niña por su padre se mezcla con envidia porque él posee algo de que ella carece. Esto se conoce como envidia del pene. Los complejos de castración y de Edipo son de los desarrollos más importantes de la etapa fálica. El surgimiento del complejo de castración en el niño es la razón principal del abandono del complejo de Edipo, mientras que en la niña el complejo de castración (envidia del pene) es el responsable de la introducción del complejo de Edipo. Ella ama a su padre y esta celosa de la madre. Aunque el complejo de Edipo no es probable que desaparezca como en el varón, se debilita en virtud de la maduración y por la imposibilidad de poseer al padre. Las identificaciones,

entonces, reemplazan a las catexias objetales. Las relaciones objetales del complejo de Edipo son reemplazadas, regresivamente, por identificaciones. La introyección de los objetos del complejo de Edipo promueve el desarrollo del yo y lo complica de una manera decisiva. La instauración del superyó pone fin a las pulsiones del complejo de Edipo e inicia el período de latencia. El superyó es para Freud, el heredero del complejo de Edipo.

O. Fenichel (1945)²¹ En uno y otro sexo, el complejo de Edipo puede ser considerado como el apogeo de la sexualidad infantil; la evolución erógena que conduce, desde el erotismo oral, a través del erotismo anal, a la genitalidad, así como el desarrollo de las relaciones de objeto a partir de la incorporación parcial y la ambivalencia, hasta el amor y odio, culminan con las tendencias edípicas.

En el período culminante de su complejo de Edipo, todo niño debe experimentar forzosamente desengaños y heridas narcisísticas. El competidor es un adulto, que por ello goza de ciertas ventajas y privilegios. Estas heridas narcisísticas provocan reacciones de diferente índole en los diferentes casos, según sea la constitución de los niños, la forma concreta en que son experimentadas dichas heridas, y todas las experiencias anteriores. Todo niño anhela ser adulto y acostumbra "representar el papel de adulto".

Pero Freud usa el término en un sentido más estricto; significa una combinación de amor genital hacia el progenitor del sexo opuesto y celos y deseos de muerte hacia el progenitor del mismo sexo, una combinación altamente integrada con actitudes emocionales, que representa la culminación del largo proceso de la sexualidad infantil. En este sentido el complejo de Edipo es indudablemente un producto de influencia familiar. Si la institución de la familia llegara a cambiar, necesariamente cambiaría también el modelo del complejo de Edipo. Se ha demostrado, respecto de sociedades con estructuras familiares diferentes de la nuestra, que tienen en efecto, complejos de Edipo diferentes. No es un complejo de Edipo innato y místico el que ha creado la familia como un lugar en que el mismo pueda ser satisfecho, sino que es la familia la que ha creado el complejo de Edipo. La definición del complejo de Edipo. La criatura humana, en sus comienzos, se halla biológicamente más indefensa que las criaturas de las otras especies de mamíferos. Necesita cuidados y amor. Por esta razón, su reclamo de amor, de parte de los adultos que los protegen y nutren, será constante, y constantemente incubará sentimientos de odio y de celos hacia las personas

que le quitan ese amor. Si llamamos a esto complejo de Edipo, el complejo de Edipo tiene un fundamento biológico. O. Fenichel²¹

E. Erickson(1968)¹⁸ explica de esta etapa que hay tres desarrollos parciales fundamentales con sus crisis correspondientes: 1. el niño aprende amoverse en su ambiente más libremente y más violentamente y establece así un círculo de metas más amplio y, para él ilimitado; 2. su lenguaje se perfecciona hasta el punto de que entiende y puede preguntar incesantemente acerca de innumerables cosas escuchando con frecuencia tan sólo lo suficiente para comprenderlas completamente mal; y 3. tanto el lenguaje como la locomoción le permiten extender su imaginación a tantos roles, que no puede evitar asustarse con lo que sueña y piensa. Sin embargo aparte de todo esto ha desarrollado un sentido de iniciativa como base para un sentimiento realista de ambición y propósito.

El desarrollo de todos los sentidos y sentimientos, siendo más el mismo, más cariñosos, más relajado, y más claro en sus juicios, vital de un modo nuevo. Esta más activado y es más activador; se halla libre de posesión de un cierto exceso de energía que le permite olvidar rápidamente ciertos fallos y abordar nuevos sectores que le parecen apetecibles, aun cuando se le parezcan también más peligrosos, con un pleno entusiasmo y un sentido de dirección incrementado.

Advertirá lo que ahora puede hacer, lo que es capaz de realizar. Comienza a establecer comparaciones y a desarrollar una infatigable curiosidad acerca de diferencias en cuanto a tamaño e índole general y acerca de diferencias en cuanto a sexo y edad en particular. Intenta comprender posibles roles futuros o qué roles vale la pena imaginar.

Su aprendizaje es ahora eminentemente intrusivo e intenso; le lleva más allá de sus propias limitaciones, hacia futuras posibilidades.

Es la etapa de curiosidad infantil, de excitabilidad genital y de las diversas preocupaciones, a veces dominantes, relativas a cuestiones sexuales, tales como la aparente pérdida del pene en las niñas. Esta genitalidad es por supuesto rudimentaria, una mera promesa de lo que vendrá.

S. Freud, (1905)³² hace referencia en esta etapa, en la que aparecen los primeros indicios de una actividad llamada instinto de saber o instinto de investigación. Aunque no puede colocarse exclusivamente bajo el dominio de la sexualidad, pero el instinto de saber infantil es atraído y quizá despertado por los problemas sexuales en edad sorprendentemente temprana y con

insospechada intensidad.

Siguiendo con Erickson(1968)¹⁸ dice que el estadio ambulatorio, el correspondiente al juego y a la genitalidad infantil añade al inventario de las modalidades sociales básicas en ambos sexos la de "hacer cosas". Este término implica placer en la competición, insistencia para alcanzar la meta, placer de conquista. En el niño se trata de "hacer cosas" abordándolas directamente; en la niña de "captar", bien arrebatando agresivamente, bien haciéndose atractiva y cariñosa. El niño desarrolla así las condiciones previas para una iniciativa masculina o femenina y, sobre todo, determinadas imágenes sexuales de sí mismo, que constituirán ingredientes esenciales en los aspectos positivos y negativos de su futura identidad.

Se trata del estadio del miedo a perder la vida, y el pene, del complejo de castración: el miedo intensificado a perder, o bien por parte de la niña, la convicción de que ha perdido los genitales masculinos como castigo a fantasías y actos secretos.

El gran gobernador de la iniciativa es la conciencia. El niño no sólo siente ahora miedo de ser sorprendido en falta, sino que también escucha la "voz interior" de la autoobservación, la autodirección y el autocastigo, que le divide radicalmente dentro de sí mismo: un nuevo y poderoso extrañamiento. Esta es la piedra angular ontogenética de la moralidad.

La fase edípica da así, lugar no sólo a un sentido de lo moral que limita el horizonte lo permisible, sino que marca, también la dirección hacia lo posible y lo tangible, que enlaza los sueños infantiles a las variadas metas de la tecnología y la cultura.

En el estadio de la iniciativa, hecho que posee importancia con respecto al conflicto de la formación de identidad y de la confusión de identidad.

Así pues, la indispensable contribución del estadio de iniciativa al ulterior desarrollo de identidad consiste, en liberar la iniciativa y propósitos del niño para misiones adultas que prometen, pero no pueden garantizar, un cumplimiento del propio caudal de capacidades. Y ello a partir de la convicción firmemente establecida y constantemente creciente, inmune al sentimiento de culpa, de que "Yo soy aquello que puedo imaginar que seré". Es asimismo evidente, sin embargo, que una amplia frustración de esta convicción, debida a una discrepancia entre los ideales infantiles y la realidad del adolescente, puede conducir tan sólo a un desencadenamiento del ciclo de culpa y violencia, tan característico del hombre y tan peligroso, a la vez, para su existencia.

Th. Benedek (1962)⁵ hace referencia a ciertos problemas que se presentan en esta etapa edípica, las dificultades de conducta que comienzan en esta época provienen de la incapacidad del niño para enfrentarse con los impulsos sexuales. La capacidad para desarrollar métodos aceptables para resolver los conflictos de este período se relacionan directamente con la seguridad emocional con que el niño inicia en esta etapa. Si las experiencias del período de dependencia oral, y del período de entrenamiento anal, han sido saludables y han desarrollado un mínimo de síntomas, el niño enfrentará los nuevos conflictos con facilidad y con reacciones de adaptación. Si ha sido despojado, rechazado, descuidado o entrenado rígidamente, su inseguridad aumentará los problemas de adaptación. El temor a la castración, la envidia del pene, los sentimientos de inferioridad y rivalidad se complican con la cólera exagerada, la obstinación, el deseo de dependencia y la codicia. El niño necesita que sus padres ofrezcan normas al superyó y que eduquen al yo.

Las sensaciones genitales inclinan el interés del niño hacia el placer que experimenta en esa zona. La masturbación comienza a menudo como resultado de la exploración. Y claro todo exceso compulsivo puede ser provocado por alivio a la angustia provocada en esta etapa.

Sentimientos de los que hemos hablado en condiciones saludables para el normal desarrollo, son transitorios y se resuelven mediante la identificación y las ventajas del amor con los progenitores. La persona se ha transformado por el amor, es decir, cuando se ha sentido desamada o rechazada por su madre, se cree una persona incompleta o imperfecta, indigna de amor.

En este período los síntomas de angustia pueden comenzar a ser excesivos y presentar pesadillas repetidas y temor a la obscuridad, a situaciones nuevas y a personas extrañas. Por eso, durante la infancia siempre se presenta de una u otra forma un período de continua necesidad de nuevas soluciones para los problemas nuevos. La angustia puede volverse excesiva en el período edípico, ya que las circunstancias históricas y actuales hacen imposible una solución aceptable. Más común, es el alivio del temor flotante mediante la producción de síntomas que, si ofrecen cierta satisfacción por medio de la solución parcial del conflicto o los conflictos, se tornan habituales. Durante la latencia, se encuentran estos síntomas organizados e integrados dentro de la personalidad, como hábitos de vida, de modo que los conflictos se alivian en parte, mediante la represión, y en parte, por otros mecanismos de defensa incluidos en la formación de síntomas.

Dichos síntomas neuróticos, que comienzan a manifestar una organización embrionaria en el período edípico, se vuelven dificultades evidentes en el período de latencia.

PERIODO DE LATENCIA

Primeramente, la influencia del superyó se manifiesta típicamente, después de la resolución del complejo de Edipo, como una interrupción o una disminución de las actividades masturbatorias y de los intereses de carácter instintivo en general. Tienen lugar los cambios de los instintos parciales por la inhibición de sus fines, sublimaciones de diversa índole, y a menudo formaciones reactivas. La consolidación del carácter de la persona, su manera habitual de manejar las exigencias externas e internas, se produce durante este período. O. Fenichel (1945)²¹.

El término "latencia", originalmente usado para designar los años comprendidos entre el período sexual de la fase edípica y la madurez sexual de la adolescencia, supone que los impulsos sexuales permanecen latentes durante este tiempo. Freud (1905)³² lo describe como un período en que el receso de los impulsos sexuales se acompaña de la consolidación del superyó. y Anna Freud (1958)²⁵ elaboró esa descripción destacando la importancia del desarrollo del yo, en el que éste adquiere gradualmente superioridad, dirigiendo la conducta del niño de acuerdo a las exigencias de la realidad, mientras permanecen latentes los impulsos sexuales.

Este período entre los seis y los doce años, indica que en esta época en realidad no existe un retroceso de los impulsos sexuales sino una creciente tendencia a reprimirlos renunciando a la actividad erótica. Este cambio proviene del gradual esfuerzo del yo, que dirige la energía sexual dentro de canales sustitutos y sublimados, de acuerdo con el mandato del superyó, cada vez más organizado, y del ambiente, que le formula crecientes demandas de conformidad con las reglas sociales.

Puede considerarse entonces la latencia, como el período en que el niño desarrolla normas de conducta que acepta como propias (superyó), y en él gradualmente se desarrollan habilidades mentales y físicas con fines de adaptación (yo).

En el niño pequeño tanto el yo como el superyó están aún influidos por la

conducta de los padres y de las demás personas de su ambiente, de suerte que un cambio de ambiente puede modificar la firmeza o la clase de acciones del superyó y del yo.

Del período de latencia provienen los conflictos de prelatencia. Analizando la estructura dinámica de las condiciones de la infancia, se encuentran los mismos conflictos causales, los mismos mecanismos de defensa. Los mecanismos pueden cambiar, y las normas del superyó varían de tal modo que la latencia despliega un lento cambio caleidoscópico, pero siempre con tendencias inherentes referibles a la primera infancia, la que constituye la armazón donde se construyen las variaciones.

Los primerísimos mecanismos observados son la negativa y la inhibición, que se manifiestan en el período de prelatencia mediante la mentira y el control de la actividad impulsiva, particularmente en presencia de adultos.

La represión, que proviene de la negativa y la inhibición, pueden observarse por primera vez en el período edípico, durante el cual le resultan al niño inaceptables los impulsos hacia aquellos cuyo amor él desea conservar. En la latencia, la represión se vuelve cada vez más firme y constituye la base sobre la cual se forman otros mecanismos, produciendo soluciones neuróticas de los instintos reprimidos, y también sentimientos y normas del superyó.

La proyección, en consecuencia, se inicia pronto, al principio como mentira, luego como una verdadera proyección, tan comúnmente vista en el período de la latencia, cuando el niño, sintiéndose culpable ya por la presión de sus normas de conducta, nunca se siente responsable de las peleas, entretenimientos sexuales u otras malas acciones.

La formación reactiva, una defensa frecuente contra la hostilidad y el amor espontáneo es típica del final del período edípico y del comienzo del período de latencia, ya sea como fase normal de desarrollo, o en casos exagerados, como un síntoma. La sustitución de la actividad o de los objetos se realiza temprano ante el requerimiento de otros, pero sólo en el período de latencia se convierte totalmente en una técnica integrada dentro de la personalidad y aceptada voluntariamente, lo que representa el efecto de un superyó perfectamente consistente y firme y un yo suficientemente fuerte para obligar a renunciar los deseos intensos.

La sublimación se presenta como un refinamiento todavía más reciente de la sustitución y puede indicar un ajuste firme o una adaptación demasiado restringida con muchos síntomas concomitantes.

El desplazamiento, surge en el período edípico, al principio en forma simple, como cuando el niño teme perder una pierna, en vez del pene, o cuando se mete el dedo en la nariz en vez de entregarse al juego anal o genital. En el período de latencia, el desplazamiento se transforma, de un modo progresivo, en un método importante para resolver los conflictos que aparecen fuera de los deseos inaceptables del cuerpo, y constituye una parte importante no sólo de todos los síntomas autónomos de este período, sino también de los de la edad adulta.

En el período de latencia, la introyección quizá uno de los métodos más primitivos para resolver las dificultades provenientes de la separación de la madre, se convierte en un medio importante para resolver y aceptar las exigencias de los padres. Por consiguiente es responsable de las depresiones que a menudo se observan al final de la latencia o preadolescencia.

Los factores causales de los problemas emocionales del período de latencia son múltiples: Si no cambian las mismas actitudes de los padres que produjeron los mismos problemas infantiles, dichas actitudes continuarán perturbando el desarrollo adecuado o normal: falta de amor, negligencia, rechazo, crueldad, exigencias perfeccionistas de buena conducta, inconsecuencia, y actitudes similares. Y se presentarán diferencias particularmente importantes en el período de latencia, entre las exigencias morales y de conducta de los padres y las del ambiente más amplio en que ingresa el niño a los cinco o seis años. Desaprobar criticar, indicarán por lo general una acentuada inseguridad respecto a las necesidades de amor, protección y autoestima.

En el período de latencia los síntomas pueden presentarse transitoriamente como métodos provisionales para resolver un problema, pero pueden descartarse al disponer de métodos más adecuados.

R. Sterba (1945)⁶¹ apunta que el primer período importante de la evolución termina al finalizar los cinco años de edad. El niño entra en una época de calma en el dominio de sus satisfacciones instintivas. En el período de latencia que persiste hasta el principio de la madurez sexual, la sexualidad no desaparece realmente; se halla en estado latente. Las energías instintivas de los impulsos sexuales son aprovechados en esta época para la adaptación, que ha de tener lugar ahora, para la expansión intelectual y el aumento de los conocimientos. El período de latencia es el de la sublimación.

Anna Freud (1950)²⁴ Es posible que durante el período de latencia el niño

no sólo deba dedicarse a una actividad abstracta del pensamiento, sino que tampoco tenga necesidad alguna de ella. Por el contrario, durante la latencia y la vida adulta el yo goza de una mayor y proporcional fortaleza, y por tanto, sin perjuicio para el individuo, puede relajar sus esfuerzos tendientes a intelectualizar los procesos instintivos. En el período de latencia los niños concentran unilateralmente todo su interés sobre cosas de existencia real y objetiva.

E. Erickson (1968)¹⁸ dice que en este período de su vida está el niño más dispuesto a aprender rápida y ávidamente, a hacerse grande en el sentido de compartir obligaciones, disciplina, y actuación que al final del período de la imaginación expansiva. También está ansioso por hacer cosas junto con otros, de compartir tareas de construcción y planeamiento, en vez de tratar de obligar a los demás niños o de provocar la restricción. Desean observar e imitar a la gente que desempeña ocupaciones que ellos pueden comprender. Se va incorporando la tecnología muy lenta, pero también muy directamente.

El juego irrumpe en el mundo que comparte con los demás. Al principio, trata a los otros como cosas; los inspecciona, los empuja o procura "utilizarlos como títeres". Tal aprendizaje es necesario para descubrir qué contenido potencial del juego puede admitirse sólo para la fantasía o para jugar con uno mismo. Incluye una manera infantil de dominar la experiencia social experimentando, planificando y compartiendo.

Los niños necesitan sus horas y días para fantasear en los juegos, tarde o temprano, todos ellos llegan a sentirse insatisfechos y descontentos, con la sensación de no ser capaces de hacer cosas y de hacerlas bien y aun perfectas: esto es lo que Erickson denomina el sentimiento de laboriosidad. Sin esto, aun el niño con más oportunidades de estar entretenido pronto actúa como si lo explotaran.

En consecuencia al manifestarse el período de latencia, el niño que se está desarrollando olvida, o "sublima", es decir, a objetivos concretos y a metas aprobadas los impulsos que lo han hecho fantasear y jugar. Ahora aprende a ganar reconocimiento produciendo cosas. Desarrolla perseverancia, se adapta a las leyes inorgánicas del mundo de los utensilios y puede llegar a ser una unidad ansiosa y absorbida de una situación productiva.

En el estadio, el peligro reside en el desarrollo de una sensación de extrañamiento frente a sí mismo y a sus tareas conocido como sentimiento de inferioridad. Es posible que esto tenga su origen en la deficiente resolución del

conflicto previo; aún sigue comparándose con su padre, y la comparación origina sentimientos de culpa e inferioridad.

En este momento la sociedad global llega a ser significativa para el niño, enseñándole los roles que lo preparan para la realidad de la tecnología y la economía, hay factores determinantes del desarrollo del carácter. Lo que está en juego es nada menos que la posibilidad de que los niños desarrollen y conserven una identificación positiva con aquellos que saben cosas y saben cómo hacer cosas.

Este estadio difiere de los anteriores en que no se trata de una oscilación desde una conmoción interior a la adquisición de una nueva destreza. Freud lo denomina período de latencia porque en circunstancias normales los impulsos violentos permanecen inactivos. Antes de la tormenta de la pubertad, cuando todos los impulsos anteriores reemergen en combinaciones nuevas.

Con el establecimiento de una firme relación inicial con el mundo de las habilidades y de las herramientas y con los que las enseñan y las comparten, y con el advenimiento de la pubertad, termina la infancia propiamente dicha. La contribución inmediata de la edad escolar al sentimiento de identidad, se puede expresar con palabras: "Soy lo que puedo aprender a hacer funcionar".

PUBERTAD

R. Sterba (1945)⁶¹ Entre los 12 y 14 años surgen grandes cantidades de excitación sexual, que provienen de fuentes orgánicas, como nos lo muestra la maduración del aparato sexual. Esto conduce a una reviviscencia poderosa de la sexualidad psíquica, que ya se parece en sus fines a la sexualidad adulta, aun cuando los objetos son todavía, inconscientemente, los mismos que en la infancia y la barrera del incesto continúa interponiéndose entre ellos y el niño. Se requiere relativamente mucho tiempo hasta que el niño pueda romper la relación con sus objetos infantiles y transferir la libido a nuevos objetos, aceptados por la conciencia. Solamente entonces la satisfacción sexual definitiva se hace posible.

Para los individuos sanos los principales órganos ejecutivos de la sexualidad son siempre los genitales, que son también fuente del más grande placer psicosexual. En el cumplimiento pleno del placer genital, la sexualidad y la procreación se reúnen en una intensa experiencia placentera.

O. Fenichel (1945)²¹ El relativo equilibrio del período de latencia se prolonga hasta la pubertad. Se produce una intensificación biológica de los impulsos sexuales. El yo, que se ha desarrollado entretanto, reacciona de una manera que no es la de antes y que depende, de la experiencia previa. Todos los fenómenos psíquicos característicos de la pubertad pueden ser considerados como tentativas de restablecer el equilibrio perturbado. La maduración normal se va efectuando de un modo tal que, una vez alcanzada la primacía genital, el yo acepta la sexualidad como un componente normal de su personalidad y aprende a adaptarse a ella.

La tarea que se plantea en la pubertad, desde el punto de vista psicológico, es la adaptación de la personalidad a nuevas circunstancias, creadas por los cambios de orden físico. Los conflictos del período infantil y a los del complejo de Edipo son semejantes y reaparecen, pero se han hecho más complicados. El equilibrio relativamente placentero del período de latencia ha dado carácter estable a ciertas actitudes hostiles a los instintos, las que pueden hacer aumentar ahora la ansiedad y la inestabilidad. Las exigencias instintivas mismas, durante el período de latencia, no han variado mucho, pero sí el yo. Éste ha creado normas más definidas de reacción a las exigencias externas e internas. El yo entra en conflicto, en la adolescencia, con las pulsiones instintivas; afloran actitudes de carácter contradictorio, aparecen impulsos heterosexuales genitales, formas de comportamiento sexual infantil de todo género. El incremento en la intensidad de las exigencias genitales tiene una base fisiológica, El retorno de los impulsos sexuales infantiles se debe en parte al hecho de que la primacía genital no se ha establecido aún en forma completa, y que la pubertad trae consigo un incremento de la sexualidad total. El ascetismo de la pubertad es un signo de temor a la sexualidad y una defensa contra la misma. Un tipo análogo de conducta contradictoria caracteriza también la psicología de la pubertad en otros aspectos, que no pertenecen a la esfera de lo sexual. Egoísmo, altruismo, mezquindad y generosidad, sociabilidad y soledad, alegría y tristeza, tonta jocosidad y seriedad excesiva, amores intensos y abandono súbito de estos amores, sumisión y rebelión, materialismo e idealismo rudeza tierna consideración todo ello es típico en este período. Hasta cierto punto toda experiencia emocional inesperada, especialmente es intensa, puede tener un efecto atemorizador hasta el momento en que el yo se familiariza con el nuevo fenómeno y aprende a controlarlo. El desarrollo sexual, en la pubertad, parece reiniciarse

exactamente en el mismo punto en que fue abandonado en el momento de la resolución del complejo de Edipo. Los temores y las culpas vinculados al complejo de Edipo constituyen la causa primaria de que el yo, en la pubertad, sea a menudo muy hostil a los instintos y sienta un gran temor a los mismos.

La prolongada duración de la pubertad, el gasto de tanto tiempo y trabajo para restablecer el equilibrio psíquico y aceptar la sexualidad como parte de la vida, es un hecho decididamente condicionado por factores culturales. Los conflictos entre pulsiones y ansiedades son principalmente sentidos, en forma consciente, las pulsiones genitales incrementadas, encuentran su expresión en actividades masturbatorias.

Anna Freud (1950)²⁴ describió el ya mencionado tipo ascético, que refrena, junto con la sexualidad, todo lo que tenga carácter de placentero. A menudo alternan períodos ascéticos con períodos de desenfrenada actividad instintiva. Los incrementados intereses de orden intelectual, científico, y filosófico, de este período representan intentos de dominio de las pulsiones y emociones conexas a las mismas. La ansiedad produce a menudo regresiones parciales.

La pubertad es superada, la sexualidad es gradualmente incorporada a la personalidad, cuando es alcanzada la aptitud para un orgasmo completo.

Es verdad que la pubertad es una "repetición" del período sexual infantil y que sólo raramente se encuentran en la pubertad conflictos que no tengan sus precursores en la sexualidad infantil. Sin embargo las experiencias de la pubertad pueden dar soluciones a los conflictos o desplazarlos hacia otra dirección, ya definitiva. Además pueden imprimir forma nueva y definitiva a constelaciones antiguas y vacilantes. O. Fenichel (1945)²¹.

A. Freud (1950)²⁴ Entre las diversas actitudes que el yo suele asumir frente a la actividad instintiva, hay dos que, causan viva extrañeza en el observador y explican algunas de las típicas particularidades de este período; el ascetismo e intelectualización del adolescente. El ascetismo busca mantener al ello dentro de prudentes límites por medio de simples prohibiciones; la intelectualización procura conectar ceñidamente los procesos instintivos con los contenidos de imágenes y representaciones tornándolos así accesibles y dominables. Lo que angustia al yo es ante todo la cantidad de fuerza instintiva. Sabemos que la primera infancia y la pubertad son períodos plenos de peligros instintivos y que el "desarrollo intelectual" que los caracteriza sirve, en parte, para dominarlos.

El problema del adolescente no se relaciona con la satisfacción o frustración de especiales deseos instintivos, sino con el goce o renunciamiento instintivos en sí. En el adolescente el proceso se inicia preponderantemente por una angustia ante la cantidad instintiva, más bien que ante la calidad de cualquier exigencia instintiva particular, y no culmina con satisfacciones sustitutivas y formaciones de compromiso, sino en brusca yuxtaposición o en una sucesión de renuncia y excesos instintivos o, mejor dicho, en un cambio o alternancia de ambos.

Con el acceso puberal el adolescente transfórmase en un ser más instintivo, lo que es fácil de comprender. Pero a causa del conflicto planteado entre el yo y el ello, asimismo se hace más moral y ascético. Al mismo tiempo sus facultades intelectuales aumentan, haciéndose más prudente y sagaz.

E. Erickson (1968)¹⁸ En su búsqueda de un nuevo sentido de continuidad y mismidad, que ahora debe incluir la madurez sexual, algunos adolescentes tienen que enfrentar nuevamente crisis de épocas pasadas antes de estar en condiciones de instalar ídolos e ideales perdurables como guardianes de una identidad final. Necesitan, una moratoria para la integración de los componentes de la identidad que antes adscribían a los estadios de la infancia: sólo que ahora una unidad más grande, de contornos indefinidos y sin embargo, inmediata en cuanto a sus exigencias, "la sociedad" reemplaza al ambiente de la infancia.

Si el estadio más temprano llegaba a la crisis de identidad una importante necesidad de confiar en uno mismo y en los otros, entonces el adolescente busca la manera más ferviente, hombres e ideas en los que pueda tener fe, lo cual también significa que busca hombres e ideas a cuyo servicio parecería valer la pena probar que uno mismo es digno de confianza. Al mismo tiempo, sin embargo, el adolescente teme contraer un compromiso que implique demasiadas expectativas, por lo cual paradójicamente expresará su necesidad de fe con una desconfianza ruidosa y cínica.

Como en el segundo estadio establecía la necesidad de ser definido por lo que uno puede desear libremente, en este momento el adolescente busca una oportunidad de tener el consentimiento de los otros para decidirse por uno de los inevitables caminos del servicio y del deber que están a su disposición, al mismo tiempo, experimenta el miedo mortal de verse forzado a realizar actividades en las que se sentiría expuesto al ridículo dudando de sí mismo. Esto también conduce a la paradoja de preferir actuar de manera

desvergonzada frente a sus mayores por propia elección, a verse obligado a realizar actividades que resultarían vergonzosas a sus propios ojos o a los de sus pares.

Si la herencia de la edad del juego es la imaginación ilimitada en lo que respecta a lo que uno podría llegar a ser, entonces resulta demasiado evidente la disposición del adolescente a depositar su confianza en aquellos pares y personas mayores, sean buenos o malos consejeros, que proporcionen un ámbito imaginativo, aunque ilusorio, a sus aspiraciones. El adolescente se opone violentamente a todas las limitaciones "pedantes" de sus autoimágenes y estará dispuesto a dejar establecida de viva voz toda la culpa que su excesiva ambición le acarrea.

Si el deseo de hacer que algo funcione, y de hacerlo funcionar bien, es el logro de la edad escolar, entonces la elección de una ocupación asume una significación que va más allá de la cuestión de la remuneración del status. Es por esta razón que algunos adolescentes prefieren no trabajar en nada antes que verse obligados a seguir una carrera que de alguna manera los comprometería y les ofrecería el éxito sin la satisfacción de funcionar con una excelencia única en su género.

La adolescencia, resulta un período menos "tormentoso" para ese sector talentoso de la juventud que sabe ubicar las tendencias tecnológicas en expansión y que, es capaz de identificarse con nuevos roles de competencia e invención y de aceptar sin reservas la perspectiva ideológica que implican. Cuando esto no sucede así la mente del adolescente se hace más explícitamente ideológica, buscando algún tipo inspirador de unificación de la tradición o técnicas, ideas o ideales anticipados. El potencial ideológico de una sociedad es el que habla más claramente al adolescente, ansioso de verse afirmado por sus pares, confirmado por sus maestros e inspirado por "estilos de vida" que valgan la pena. Si el adolescente sintiera que el medio trata de privarlo de una manera demasiado radical de todas las formas de expresión que le permite desarrollar e integrar el próximo paso, puede llegar a resistirse. De la existencia humana un individuo no puede sentir que está vivo si carece de un sentimiento de identidad. El extrañamiento de este estadio es la confusión de identidad.

El joven, aturdido por la incapacidad para asumir un rol al que lo ha forzado la inexorable estandarización de la adolescencia contemporánea, se evade de diferentes maneras: dejando de asistir a la escuela, abandonando el

empleo, pasando las noches fuera de su casa o aislándose en actitudes caprichosas e incomprensibles.

Lo que más perturba a los jóvenes es su falta de habilidad para ubicarse en una identidad ocupacional. Para poder mantenerse juntos, se sobreidentifican pasajeramente con héroes de pandillas y multitudes hasta el punto en que parecen haber perdido por completo su individualidad. No obstante, ni siquiera "enamorarse" es completa o fundamentalmente una cuestión sexual durante este estadio. En gran medida, el amor del adolescente es un intento de lograr una definición de la propia identidad, proyectando sobre otro la imagen difusa de su yo, que así se ve reflejada y establecida gradualmente. Por el contrario, también es posible buscar el esclarecimiento por medios destructivos.

Los jóvenes pueden llegar a ser intolerantes y crueles, es importante comprender que dicha intolerancia puede ser, durante un tiempo, una defensa necesaria contra un sentimiento de pérdida de la identidad. Esto es inevitable en una época de la vida en que el cuerpo cambia sus proporciones de manera radical, la pubertad genital inunda tanto el cuerpo como la imaginación con toda clase de impulsos, cuando la intimidad con el otro sexo se va aproximando y, a veces, es impuesta a los jóvenes y cuando el futuro inmediato los enfrenta con demasiadas posibilidades y elecciones conflictivas. Los adolescentes se ayudan mutuamente durante el tiempo que dura dicha incomodidad no sólo formando pandillas y estereotipándose a sí mismos, a sus ideales y a sus enemigos; también ponen a prueba constantemente la capacidad de cada uno de ellos para mantenerse leales en medio de los inevitables conflictos suscitados por los valores.

La adolescencia constituye un regenerador vital en el proceso de la evolución social, porque la juventud puede ofrecer su lealtad y sus energías tanto para la conservación de lo que continúa considerando verdadero como para la corrección revolucionaria de lo que ha perdido su significación regenerativa.

La crisis de identidad en las vidas de individuos creativos pueden resolverla por sí mismos, ofreciendo un nuevo modelo de resolución como el que se expresa en las obras de arte o en las proezas originales. Las crisis creativas señalan las soluciones únicas del período.

ADULTEZ.

La última fase del desarrollo es la etapa de la adultez. Se caracteriza por un período de socialización, de actividades colectivas, de matrimonio, establecimiento de un hogar y una familia, desarrollo por un interés serio en las actividades cotidianas y demás responsabilidades. Esta es la etapa más larga dentro de las del desarrollo humano, dura desde los últimos años de la segunda década hasta la manifestación de la senilidad.

El trabajo intelectual cumplido por el yo durante el período de latencia y la edad adulta tiene una solidez y precisión incomparablemente mayor y, ante todo hállase mucho más estrechamente vinculado con la acción. Durante la vida adulta el yo goza de una mayor y proporcional fortaleza, y por tanto, sin perjuicio para el individuo, puede relajar sus esfuerzos tendientes a intelectualizar los procesos instintivos. A. Freud (1958)²⁵.

La búsqueda de identidad individual se inicia en la adolescencia y continúa en la edad adulta, ocupándose de diferentes cuestiones en función de la etapa de la vida de la que se trate. E. Erickson (1968)¹⁸

La formación de la identidad está bien encaminada, puede darse la verdadera intimidad, que es en realidad tanto una contraposición como una fusión de identidades. Y esto se logra únicamente en la adultez. La intimidad sexual es sólo parte de ello, puesto que es evidente que las intimidades sexuales son frecuencia preceden a la capacidad de desarrollar una verdadera y mutua intimidad psicosocial con otra persona, sea en la amistad en los encuentros eróticos o en la experiencia de la inspiración conjunta.

Cuando un joven no logra organizar, hacia el final de la adolescencia o en los comienzos de la adultez relaciones íntimas con otros, con sus propios recursos interiores, puede establecer relaciones interpersonales sumamente estereotipadas y llegar a desarrollar un profundo sentimiento de aislamiento.

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento, la disposición a repudiar, aislar esas personas cuya esencia parece peligrosa para la propia.

Pero a medida que las áreas de la responsabilidad adulta delimitan de manera gradual, y que el encuentro competitivo, el lazo erótico y la enemistad despiadada se diferencian entre sí, llegan a quedar supeditados a ese sentimiento ético que caracteriza al adulto y que se hace cargo de la convicción ideológica de la adolescencia y de los axiomas moralizadores de la infancia.

Es la genitalidad como una de las condiciones evolutivas para llegar a la plena madurez. La genitalidad es la capacidad de desarrollar una potencia orgástica que es algo más que la descarga de los productos sexuales en el sentido de los "desagües". Combina la madurez de la mutualidad sexual íntima con la sensibilidad genital total y con una capacidad para la descarga de la tensión de la totalidad del cuerpo.

Antes de que alcance dicha madurez genital, gran parte de la vida sexual tiene las características de la búsqueda de sí mismo y del deseo apremiante de lograr identidad. El hombre ha desarrollado una selectividad en el "amor", que está al servicio de una identidad nueva y compartida.

El hombre maduro precisa que lo necesiten y la madurez es guiada por la naturaleza de aquello que debe cuidar. En consecuencia, la generatividad constituye fundamentalmente la preocupación por afirmar y guiar a la generación siguiente, sino a otras formas de interés y creatividad altruistas que puedan absorber esta clase especial de impulso paternal. Aunque el concepto de generatividad incluye, la productividad y la creatividad, ninguna de las dos puede reemplazarla. La capacidad de los cuerpos y mentes lleva a una expansión gradual de los intereses del yo y a un vuelco de catexia libidinal hacia aquello que se está generando. Cuando este enriquecimiento falla, se produce regresión de la generatividad a una necesidad obsesiva de pseudointimidad, acompañada con frecuencia por un profundo sentimiento de estancamiento, aburrimiento y empobrecimiento interpersonal. La generatividad es en sí misma un poder que da impulso a la organización humana.

La palabra integridad; es la seguridad que obtiene el yo de su inclinación al orden y el significado, una integración emocional fiel a los portadores de imágenes del pasado y dispuesta a tomar, y eventualmente a renunciar, al liderazgo en el presente. Es la aceptación de un ciclo vital único y propio de las personas que han llegado a ser significativas para él, como algo que inevitablemente tenía que ser así y que no admite sustituciones. Significa pues, una manera nueva y diferente de amar a los propios padres, sin desear que hayan sido diferentes, y una aceptación del hecho de que uno es responsable de su propia vida.

El individuo que posee integridad está dispuesto a defender la dignidad de su propio estilo de vida contra todas las amenazas físicas y económicas, y de buscar la trascendencia.

La falta o pérdida de esta integración del yo se manifiesta por el disgusto y la desesperación; no se acepta el destino como marco de la vida ni la muerte como su límite definitivo. La desesperación expresa el sentimiento de que el tiempo es corto, demasiado corto para el intento de iniciar otro tipo de vida y para probar diferentes alternativas que lleven a la integridad.

Una vejez plana y significativa, que precede a una posible senilidad, está al servicio de la necesidad de esa herencia integrada que da la perspectiva indispensable al ciclo vital.

Capítulo II

SIMBIOSIS Y ETAPA ORAL

El término simbiosis se tomó prestado de la biología, en donde se emplea para referirse a la cercana asociación funcional de dos organismos para su ventaja mutua. Diversos autores hablan de la simbiosis como un estado que se da entre dos individuos separados. Esto es para describir ese estado de indiferenciación, de fusión del bebé con la madre en que el "yo" aún no es diferenciado del "no-yo" y en que lo interno y lo externo sólo empiezan a sentirse gradualmente como diferentes. Esto se da hasta que el principio de realidad surge debido a las frustraciones normales de la diada madre-hijo.

En las semanas que preceden a la evolución de la simbiosis, los estados somnolientos de los recién nacidos y de los infantes muy pequeños sobrepasan por mucho, en proporción, a los estados de alerta. Son reminiscentes de este estado original de la distribución de la libido que prevalecía en la vida intrauterina, que se asemeja al modelo de un sistema monádico cerrado autosuficiente en la satisfacción alucinatoria de sus deseos.

Freud (1910)³³ pone el ejemplo del huevo de un pájaro como modelo de un sistema psicológico cerrado; dice: "El embrión de las aves, encerrado en el huevo con su provisión de alimento y para el cual los cuidados maternos se limitan al suministro de calor", nos ofrece un acabado ejemplo de un sistema psíquico totalmente aislado de los estímulos del mundo exterior y que puede satisfacer de un modo autístico sus necesidades de alimento. Para el bebé recién nacido el mundo de afuera inicialmente no se percibe y evidentemente sus objetos tampoco.

Una forma simbólica para seguir esta línea conceptualizando el estado del sensorio; ha aplicado a las primeras semanas de vida el término autismo normal; el infante parece estar en un estado de desorientación alucinatoria primitiva en la cual la satisfacción de la necesidad pertenece a su propia órbita omnipotente, autista. M. Mahler (1977)⁵¹.

La vigilia del recién nacido se centra alrededor de sus intentos continuos de alcanzar la homeostasis. El efecto de los menesteres de la madre para reducir las molestias de la necesidad-hambre no pueden ser aislados, ni puede ser diferenciado por el pequeño infante de sus propios intentos de reducción de tensión, tales como orinar, defecar, toser, estornudar, escupir, regurgitar, vomitar y todas las formas en que un infante trata de desembarazarse de una tensión desagradable. El efecto de estos fenómenos expulsivos, así como la gratificación alcanzada por los menesteres de su madre, ayudan al infante, con el tiempo a diferenciar entre una cualidad de experiencia "placentera" y "buena" y una cualidad "dolorosa" y "mala". Freud hablaba del paso del principio del placer al principio de realidad.

M. Mahler (1977)⁵¹ señala que a partir del yo primitivo ocurren trazos de memoria de dos cualidades primordiales de los estímulos. Éstos son catectizados con una energía impulsiva primordial indiferenciada.

Del segundo mes en adelante, el conocimiento confuso del objeto satisfactor marca el principio de la fase de la simbiosis normal, en la cual el infante se comporta y funciona como si él y su madre fueran un sistema omnipotente: una unidad dual dentro de un límite común.

El depósito primordial de energía que está invertido en el "ello-yo" indiferenciado aún, contiene una mezcla indiferenciada de líbido y agresión. La catexis libidinal invertida en la simbiosis al reforzar la barrera instintiva contra los estímulos protege al yo rudimentario de la tensión prematura de la fase inespecífica.

El rasgo esencial de la simbiosis es una fusión alucinatoria o ilusoria, somatopsíquica omnipotente con la representación de la madre y en particular, la ilusión de un límite común de los dos, los cuales en realidad y físicamente son dos individuos separados.

El yo rudimentario en el recién nacido y en el infante pequeño debe ser complementado por el rapport emocional del cuidado de la madre al dar pecho, una especie de simbiosis social. Es dentro de esta matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica con la madre que toma lugar la diferenciación estructural que lleva a la organización del individuo para la adaptación: el yo.

Es por medio del cuidado materno que el pequeño infante es sacado gradualmente de una tendencia innata a la regresión vegetativa, hacia un mayor estado de alerta sensorial y a un contacto con el medio ambiente, es decir, tiene que ocurrir un desplazamiento progresivo de la libido, de dentro del cuerpo hacia la periferia del cuerpo.

Propone dos subfases durante las primeras semanas de vida extrauterinas, una etapa de narcisismo primario absoluto, que está marcado por la falta de conciencia del infante de un agente maternal, autismo normal. La otra, la etapa simbiótica propiamente dicha (alrededor del segundo y tercer mes). Aunque aún prevalece el narcisismo primario, éste no es absoluto, dado que el infante empieza a percibir en forma opaca la satisfacción de la necesidad como viniendo de un objeto parcial satisfactor de la necesidad, aunque aún dentro de la órbita de su unidad dual simbiótica omnipotente con una agencia maternal, hacia la cual se vuelve libidinalmente. Posteriormente de acuerdo con las secuencias de placer-dolor, toma lugar la demarcación de las representaciones del yo corporal dentro de la matriz simbiótica. Estas representaciones son depositadas como la "imagen corporal".

Por otro lado Heinz Kohut(1990)⁴⁷, dice que el niño que ha de sobrevivir psicológicamente nace en un medio humano capaz de proporcionar una respuesta empática de objetos-de-sí-mismo Y su sí-mismo incipiente "espera" un medio empático capaz de responder a sus deseos-necesidades psicológicas con la misma certeza incuestionable con que el aparato respiratorio del recién nacido "espera" que la

atmósfera circundante contenga oxígeno. Cuando el equilibrio psicológico del niño se ve perturbado, las tensiones de aquél son, en respuesta en objeto-del-sí-mismo. Éste dotado de una organización psicológica madura que puede evaluar en forma realista la necesidad del niño y lo que debe hacerse al respecto, incluye al niño en su propia organización psicológica y corrige el desequilibrio homeostático del niño a través de acciones.

El primero de estos dos pasos es de mucha mayor significación psicológica para el niño que el segundo. Sobre todo con respecto a su capacidad de construir estructuras psicológicas a través de la internalización transmutadora. La formulación de que la madre "domestica" el impulso agresivo del niño neutralizándolo con su amor u oponiéndose a él mediante su propia agresión neutralizada se basa en una analogía atractivamente sencilla con la mecánica grosera de los hechos del mundo físico. Pero, no hace justicia a los hechos en el campo psicológico. Creo que nos acercamos más a la verdad cuando decimos que la ansiedad del niño, sus necesidades pulsionales y su rabia (es decir su experiencia de la desintegración de la unidad psicológica previa más amplia y más compleja de autoafirmación incondicional) han despertado resonancia empáticas dentro del objeto-del-sí-mismo materna.

El objeto-del-sí-mismo establece entonces contacto táctil y/o vocal con el niño (la madre lo toma en sus brazos, le habla mientras lo sostiene y lo lleva de un lado a otro) crea así condiciones que el niño experimenta como una fusión con el objeto-del-sí-mismo omnipotente. La psiquis rudimentaria del niño participa en la organización psíquica altamente desarrollada del objeto-del-sí-mismo; experimenta los estados afectivos de ese objeto que se le transmiten a través del tacto y el tono de la voz y quizás por otros medios también como si fueran propios. Los estados afectivos relevantes sean del niño o los del objeto-del-sí-mismo en los que participa en el orden en que son experimentados por la unidad sí-mismo/objeto-del-sí-mismo son: creciente ansiedad (sí-mismo), seguida por ansiedad leve estabilizada una señal para no sentir pánico (objeto-del-sí-mismo), seguida por tranquilidad, ausencia de ansiedad (objeto-del-sí-mismo).

Por último, los productos de la desintegración psicológica que el niño había comenzado a experimentar desaparecen (se establece el sí mismo rudimentario), al tiempo que la madre prepara el alimento, mejora la regulación de la temperatura, cambia los pañales, etc. La experiencia de esta secuencia de hechos psicológicos a través de la fusión con el objeto-del-sí-mismo omnipotente y empático es lo que establece el punto de partida desde el cual los fracasos óptimos (no traumáticos, adecuados a la fase) del objeto-del-sí-mismo llevan, en circunstancias normales, a la construcción de estructuras por medio de internalización transmutadora. Tales fallas óptimas pueden consistir en la respuesta empática levemente demorada del objeto-del-sí-mismo, en leves desviaciones con respecto a la norma benéfica de las experiencias del objeto-del-sí-mismo empático y la satisfacción concreta de las necesidades. El último de estos ejemplos es de importancia mucho menor con respecto

a la formación de estructuras psicológicas en la infancia que las fallas psicológicas del objeto-del-sí-mismo. Las deficiencias en el sí mismo se producen sobre todo como resultado de falta de empatía por parte de los objetos-del-sí-mismo (debido a trastornos narcisistas del objeto-del-sí-mismo, en particular y más a menudo debido a la psicosis latente del objeto-del-sí-mismo) y que incluso de las privaciones reales serias no resultan psicológicamente dañinas si el medio psicológico responde al niño con toda una gama de respuestas empáticas no distorsionadas.

Esta importancia es imposible exagerar, pues si se le experimenta en forma óptima durante la infancia, constituye uno de los pilares de la salud mental durante toda la vida, mientras que, si los objetos-del-sí-mismo de la infancia fracasan, las deficiencias psicológicas o distorsiones resultantes persisten como una carga que será inevitable soportar durante toda la vida. Si la resonancia empática del objeto-del-sí-mismo con el niño falta o está severamente debilitada, sea en forma difusa o frente a determinadas áreas de la experiencia del niño, éste se ve privado de la fusión con el objeto-del-sí-mismo omnipotente y no participa en la secuencia emocional de experiencias (ansiedad difusa, ansiedad señal, tranquilidad) y por ende se ve privado de la oportunidad de construir estructuras psicológicas capaces de manejar su ansiedad de alguna manera. El resultado final es falta de una estructura normal para la regulación de la tensión (una debilidad en la capacidad para "domesticar" los afectos para controlar la ansiedad) o la adquisición de estructuras deficientes, además de que vivencia su sí-mismo corporal como fragmentado e impotente, como resultado de la ausencia de respuestas alegres adecuadas por parte del objeto-del-sí-mismo materno. Cuando los deseos saludables de fusión del niño con el objeto-del-sí-mismo idealizado no han encontrado respuesta, la imago idealizada se fragmenta, junto con las necesidades de fusión.

La interpretación aproximadamente correcta es ésta: el sí-mismo precariamente establecido del niño depende para mantener su cohesión de las respuestas empáticas casi perfectas del objeto-del-sí-mismo, el niño exige un control total de las respuestas del objeto-del-sí-mismo; exige empatía perfecta, tanto en el contenido de la comprensión que se le ofrece como con respecto a la perfecta "sintonía" con el efecto traumático producido por las desviaciones con respecto a la respuesta óptima que para el sí-mismo temprano constituye la norma esperada.

La fusión empática primaria entre el niño y su objeto-del-sí-mismo debería tomarse como prueba de la existencia de un sí mismo a comienzos de la vida bien podría entenderse a primera vista como mero ejercicio sofista no científico. El problema crucial se refiere al momento en que, dentro de la matriz de mutua empatía entre el niño y su objeto-del-sí-mismo, convergen las potencialidades innatas del bebé y las expectativas del objeto-del-sí-mismo con respecto a aquél. Debemos suponer que el recién nacido no puede tener ninguna percepción reflexiva de sí mismo, que no es capaz de experimentarse a sí mismo, ni siquiera vagamente, como una unidad, cohesiva en el espacio y perdurable en el tiempo, que constituye un centro de iniciativa

y un receptor de impresiones. Y sin embargo está desde el comienzo, fusionado a través de la empatía mutua con un medio que sí lo experimenta como si ya poseyera un sí-mismo, un medio que no sólo anticipa la autopercepción separada posterior del niño sino que ya, por la forma y el contenido mismos de sus expectativas, comienzan a canalizarlo en direcciones específicas. En el momento que en que la madre ve por primera vez a su hijo y también está en contacto con él, tiene su virtual comienzo un proceso que establece el sí-mismo de una persona y que continua durante toda la niñez y, en grado menor, en la vida adulta. Me refiero a las interacciones específicas del niño y sus objetos-del-sí-mismo a través de las cuales, en incontables repeticiones, los objetos-del-sí-mismo responden con empatía a ciertas potencialidades del niño, pero no a otras. Esta es la manera más importante en la cual las potencialidades innatas del niño son selectivamente fomentadas o frustradas. El sí mismo nuclear en particular no se forma por el aliento y el elogio consciente o la frustración y el rechazo conscientes sino mediante la responsabilidad profundamente arraigada de los objetos-del-sí-mismo que, en última instancia, constituye una función de los propios sí-mismos nucleares de los objetos-del-sí-mismo.

No cabe duda de que un mínimo de frustración de la confianza del niño en la percepción empática del objeto-del-sí-mismo es necesaria, no sólo para introducir las internalizaciones trasmutadoras que construyen las estructuras necesarias para la tolerancia frente a la postergación, sino también para estimular la adquisición de respuestas que están en armonía con el hecho de que en el mundo existen enemigos reales, es decir, otros sí-mismos cuyas necesidades narcicistas se oponen a la supervivencia del propio sí-mismo. Si ese mínimo de frustración no está presente, es decir, si el objeto-del-sí-mismo permanece excesivamente enredado con el niño durante demasiado tiempo, podría sobrevenir ese estado que en la situación clínica ha descrito como ausencia patológica de paranoia.

Heinz Kohut (1990)⁴⁷ nos dice respecto al sí mismo del niño, el que, como consecuencia de las respuestas empáticas seriamente perturbadas de los padres, no se ha podido establecer con firmeza, y es el sí-mismo debilitado y propenso a la fragmentación el que, en el intento de asegurarse de que está vivo, incluso de que existe siquiera, se vuelca defensivamente hacia metas de placer a través de la estimulación de las zonas erógenas y luego, en forma secundaria, provoca la orientación de los impulsos orales (y anales) y el sometimiento del yo a las metas pulsionales correlacionadas con las zonas corporales estimuladas. La actitud de la madre influye sobre una serie de experiencias internas que desempeñan un papel decisivo en el desarrollo ulterior del niño. Responde a un sí mismo que, al dar y ofrecer, busca la confirmación del objeto-del-sí-mismo especular. Por ende el niño experimenta la actitud parental orgullosa y alegre o la falta de interés del progenitor no sólo como la aceptación o el rechazo de su sí-mismo creativo-productivo-activo, establecido en forma sólo tentativa y todavía vulnerable. Si la madre rechaza este sí-mismo en el momento en que comienza a afirmarse como centro de iniciativa creativo-

productiva, (en particular desde luego, si su rechazo o falta de interés no es más que un eslabón en la larga cadena de rechazos y desengaños que emanan de su personalidad patógenamente no empática) o si su incapacidad para responder al sí-mismo total del niño la lleva a manifestar una preocupación, entonces el sí-mismo del niño quedará vaciado y éste abandonará el intento de experimentar las alegrías de la autoafirmación y, para reasegurarse, se refugiará en los placeres que puede obtener de los fragmentos de su sí-mismo corporal.

Kohut (1990)⁴⁷ también nos habla de la gratificación plena: "malcrianza" que priva al niño de la oportunidad de construir su estructura psíquica, es decir, que como consecuencia de la no frustración de los impulsos, el yo permanece inmaduro (no desarrolla en grado suficiente sus funciones de control, modulación y sublimación de los impulsos), que la empatía materna puede ser excesiva y que el maternaje debe tener límites para no resultar nocivo para el niño. Pero, si bien considera que el principio de frustración óptima es muy valioso, no cree que existan en realidad muchos casos de malcrianza materna nociva por exceso de empatía ni por exceso de maternaje.

Siguiendo con Kohut (1990)⁴⁷, la experiencia pulsional, está subordinada a la experiencia que tiene el niño de la relación entre el sí-mismo y los objetos del sí-mismo. Desde el punto de vista de la psicología del sí-mismo, se afirma, y coincide con Mahler y Spitz en que desde el comienzo el niño afirma su necesidad de un objeto del sí-mismo proveedor de alimentos, por borrosamente reconocido que sea ese objeto del sí mismo (en término conductistas, cabría decir que el niño necesita una provisión de alimentos empáticamente modulada, y no alimento). Si esta necesidad permanece insatisfecha, la configuración psicológica más amplia, la experiencia gozosa de ser un sí-mismo entero que recibe una respuesta adecuada se desintegra y el niño se retrae un fragmento de la unidad experiencial más grande, es decir, a una estimulación oral tendiente al placer o a una ingestión depresiva de alimentos, y es la creciente conciencia de la reacción depresivo-desintegradora del medio constituido por el objeto-del-sí-mismo no empático. Todo esto nos dice que, el establecimiento de fijaciones de los impulsos y de las actividades yoicas correlacionadas tiene lugar como consecuencia de la debilidad del sí-mismo. El sí mismo que no ha encontrado respuesta no ha podido transformar su grandiosidad arcaica y su deseo arcaico de fusionarse con un objeto-del-sí-mismo omnipotente en una autoestima confiable, ambiciones realistas e ideales alcanzables. Las anomalías de los impulsos y del yo constituyen las consecuencias sintomáticas de esta deficiencia central en el sí mismo.

Sin duda, la elección de las funciones compensatorias específicas que adquieren importancia para el niño con el fin de reemplazar otras que están atrofiadas puede estar determinada en parte por factores innatos y entonces podríamos hablar de su "autonomía primaria". Pero la selección que hace el niño de ciertas funciones entre las que están a su disposición, y la dirección de sus principales intereses tal como quedan permanentemente establecidos en la psiquis como el contenido de sus ambiciones e

ideales, es decir, la adquisición por parte del niño de estructuras compensatorias, encuentran una explicación más adecuada en el contexto de que el niño ha podido pasar de un objeto-del-sí-mismo frustrador a otro que no lo es o lo es en menor grado. Lo decisivo no es que las funciones que expresan el patrón del sí-mismo sean autónomas, sino que un sí-mismo que se había visto amenazado en su cohesión y funcionamiento en un sector haya logrado sobrevivir desplazando su punto psicológico de gravedad hacia otro.

La psicología del sí mismo, en el sentido que, en el desarrollo normal, las relaciones sí-mismo/objeto-del-sí-mismo son las precursoras de las estructuras psicológicas y la internalización transmutadora de los objetos-del-sí-mismo lleva gradualmente a consolidar el sí mismo. El yo utiliza energía agresiva neutralizada para controlar los impulsos.

El yo rudimentario media entre las percepciones internas y las externas. El yo se moldea bajo el impacto de los impulsos instintivos. El cuerpo contiene las dos clases de autorepresentaciones hay un núcleo interno de la imagen corporal con un límite que es volcado hacia el interior del cuerpo y lo divide del yo; y una capa externa de engramas sensorio-perceptuales, que contribuye a los límites del "ser corporal". Este cambio tan grande de las catexis es un prerrequisito esencial de la formación del yo corporal. Otro paso paralelo es la expulsión, por medio de la proyección, de la energía agresiva, destructiva y no neutralizada, más allá de los límites del ser corporal.

Los psicólogos experimentales nos dicen que en los primeros meses de vida el aprendizaje tiene lugar por medio del condicionamiento. Sin embargo, hacia el tercer mes, la existencia de trazos de la memoria puede ser demostrada experimentalmente. Entonces el aprendizaje por condicionamiento es reemplazado gradualmente por el aprendizaje a través de la experiencia. Éste es también el indicio de la relación simbiótica. Durante la fase alucinatoria mágica el pecho o biberón le pertenece al ser, hacia el tercer mes el objeto empieza a ser percibido como un objeto parcial, inespecífico y satisfactor de la necesidad. A. Freud(1958)²⁵.

Si la madre es amorosa, predecible y constante, el bebé posteriormente va a aguardar a su llegada, a su abastecimiento emocional y físico. Cuando puede aguardar y esperar una satisfacción con confianza, sólo entonces se puede hablar del principio de un yo y también de un objeto simbiótico. Esto es posible, por el hecho de que parece haber trazos de memoria de placer de la gratificación conectados con el recuerdo de la Gestalt perceptual de los cuidados maternos. Erickson (1968)¹⁸ hablaría que en esta etapa se instala la confianza básica vs la desconfianza básica y lo que va a dar una u otra característica. De esto hablé en el capítulo primero.

La respuesta específica de la sonrisa es la cúspide de la fase simbiótica, indica que el infante está respondiendo al compañero simbiótico en una forma diferente de aquella en que responde a los demás seres humanos. En la segunda mitad del primer año, el compañero simbiótico ya no es intercambiable, las conductas múltiples del niño

de 5 meses de edad indican, que por ahora, ha alcanzado una relación simbiótica específica con su madre. Spitz (1965)⁶⁰.

En la cima de la simbiosis, alrededor de los cuatro o cinco meses, la expresión facial de la mayoría de los infantes se torna mucho más sutilmente diferenciada, móvil y expresiva. Durante los periodos de vigilia del infante refleja muchas más modalidades de "estados yoicos" de lo que solía hacer en la fase autista. M. Mahler (1977)⁵¹.

En la relación simbiótica, más allá de cierto grado, aún no definido, el organismo inmaduro no puede alcanzar la homeostasis por sí mismo. Siempre que ocurra un conflicto en la fase simbiótica, siendo esta el precursor de la angustia, la compañera materna es invocada para contribuir con una porción particularmente grande de la ayuda simbiótica para el mantenimiento de la homeostasis del infante. En este tiempo hay trazos somáticos de memoria que se amalgaman con experiencias posteriores y, por lo tanto, pueden aumentar presiones psicológicas posteriores.

La simbiosis humana es óptima para las vicisitudes de la individuación y para el establecimiento de un "sentido de identidad" catécticamente estable.

Un ejemplo de la transición de la fase autista a la simbiótica, de John Benjamin muestra que alrededor de las tres o cuatro semanas de edad ocurre una crisis de maduración. Esto se apoya en los estudios electroencefalográficos y por la observación de que hay un aumento marcado de la sensibilidad global a la estimulación externa. "Sin la intervención de una figura materna que ayuda en la reducción de la tensión, el infante tiende, en ese tiempo, a sentirse abrumado por los estímulos, con un aumento de llanto y otras manifestaciones motoras del afecto negativo indiferenciado".

El recién nacido, sin embargo no tiene Yo. Freud (1914)³⁰. No puede contender con los estímulos que llegan y su protección contra ellos es casi automática, debido al alto umbral perceptivo de la barrera contra estímulos. Alrededor del segundo mes, la barrera casi sólida contra los estímulos, este caparazón que mantuvo los estímulos externos fuera, empieza a resquebrajarse. Por medio del cambio catéctico hacia la periferia sensorio-perceptual, ahora empieza a formarse y a envolver la órbita simbiótica de la unidad dual madre-hijo. Un escudo protector contra los estímulos, pero también receptivo y selectivo, positivamente catectizado. Este límite eventual altamente selectivo parece contener no sólo las representaciones del ser del pre-yo, sino también los objetos parciales simbióticos libidinalmente catectizados, aún no diferenciados, dentro de la matriz simbiótica madre-infante.

En el transcurso del desarrollo ulterior, los comienzos rudimentarios de los constituyentes del yo, surgen. Por una parte los núcleos del yo están integrados, por la otra, se produce un descenso progresivo del umbral perceptual. Los estímulos que vienen de fuera empiezan ahora a modificar esta organización rudimentaria de la personalidad. La obligan a reaccionar y a iniciar un proceso formativo. En el transcurso de éste, las respuestas del infante son de un modo gradual coordinadas e integradas

en una estructura holgadamente coherente. Este proceso precede a los comienzos del yo rudimentario, al cual incumbirá la tarea de tratar en lo sucesivo con los estímulos surgidos desde fuera y desde dentro. El ulterior desarrollo de la estructura del yo, de su efectividad, de sus reservas de tenacidad y de fortaleza será lento y gradual. En el transcurso de los meses y los años, de intercambio constante, el yo contendrá, con los estímulos que lleguen y los dominará. Como un yo dado se estructura y se organiza está determinado por la manera en que los estímulos del medio y del interior son dominados; las experiencias que impregnan la personalidad todavía plástica del infante se emplean para modificar esta misma personalidad.

En el curso de la fase simbiótica, podemos seguir, por los "estados yoicos" del infante, la oscilación de su inversión de la atención entre sus sensaciones internas y las atracciones simbióticas libidinales.

El indicador de la atención dirigida hacia el exterior parece ser el patrón visual bifásico prototípico de volverse hacia un estímulo externo y comprobar entonces la Gestalt de la madre, sobretudo la cara. La actividad perceptual dirigida hacia fuera reemplaza gradualmente la catexis de la atención dirigida hacia adentro. El proceso mediante del cual esto ocurre y que puede ser denominado apropiadamente el "emerger del huevo" puede iniciarse ahora.

Las secuencias de gratificación-estructuración promueven la estructuración. Es importante que en los primeros meses de vida, la tensión no permanezca en un nivel desordenadamente alto por lapso de tiempo alguno. Si estos traumas estresantes ocurrieren durante los primeros cinco meses de vida, el compañero simbiótico -el yo auxiliar como lo ha llamado Spitz(1965)⁶⁰ es solicitado para salvar al infante de la presión de tener que desarrollar prematuramente sus propios recursos. Como dijera Martin James "El desarrollo prematuro del yo implicaría que el infante de hecho adoptó funciones de la madre o empezó como si fuera a hacerlo". Winnicott (1953)⁷² llama a este ocurrir, el desarrollo de un "ser falso", por lo cual significa el inicio de los mecanismos de "como si". El yo auxiliar tiene también el rol materno de un "escudo protector". Como dijo M.Khan, la hipótesis es que la patología de carácter de algunos pacientes de tipo esquizoide regresivo, se deriva de una distorsión del yo durante las primeras fases de la diferenciación yoica. Él cree que ocurre un cúmulo de traumas como resultado de unas brechas en el rol de la madre como escudo protector del infante, lo que explica la distorsión del yo.

Cuando tanto el placer en las percepciones sensoriales externas, como la presión maduracional estimulan la catexis de la atención dirigida hacia el exterior, mientras que en el interior hay un nivel óptimo de placer y por tanto un anclaje seguro dentro de la órbita simbiótica; estas dos formas de catexis de la atención pueden oscilar libremente. El resultado es un estado simbiótico óptimo a partir del cual puede ocurrir una diferenciación sin problemas y una expansión más allá de la órbita simbiótica. Lleva a que el niño de dos o tres años de edad tenga un sensorio permanentemente alerta, siempre que está despierto.

Mientras más cerca de lo óptimo de la simbiosis ha estado la "conducta posesiva" de la madre, más habrá ayudado la compañera simbiótica al infante a prepararse para "romper el cascarón" de la órbita simbiótica, gradual y llanamente, esto es, sin un esfuerzo indebido sobre sus propios recursos, mejor capacitado estará el niño para separarse y diferenciar sus autorepresentaciones de las representaciones simbióticas del ser-más-objeto hasta ahora fusionadas.

Entre los muchos elementos de la relación madre-hijo durante la primera infancia, existe una selección mutua de señales. Se observa que los infantes presentan una amplia variedad de señales para indicar necesidades, tensión y placer. En una forma compleja la madre responde selectivamente sólo a algunas de estas señales. El infante altera su conducta gradualmente en relación a esta respuesta selectiva; lo hace en una forma característica; la resultante de su propia dotación innata y de la relación madre-hijo. De esta interacción circular emergen patrones de conducta que ya muestran ciertas cualidades globales de la personalidad del niño. Lo que parece que se ve aquí es el nacimiento del niño, como un individuo.

La necesidad inconsciente específica de la madre es la que activa, a partir de las potencialidades infinitas del infante, aquellas que crean para cada madre en particular, "el niño" que refleja sus propias necesidades individuales y singulares. Este proceso acontece, desde luego, dentro del margen de las dotaciones innatas del niño.

Las señales mutuas durante la fase simbiótica crean esa configuración impresa indeleblemente, ese patrón complejo, que se torna en el lei motiv para que "el infante se convierta en el niño de su propia madre". Lichtenstein.

La madre transmite en formas innumerables una especie de "marco de referencia en espejo", al cual se ajusta automáticamente el ser primitivo del infante. Si la "preocupación primaria" de la madre con su infante (su efecto espejo), es impredecible, inestable, cargada de ansiedad u hostil; si su confianza en sí misma como madre es vacilante, entonces el niño en el proceso de individuación tiene que manejarse sin un cuadro de referencia para reexaminar, perceptual y emocionalmente, a la compañera simbiótica. Entonces, el resultado sería un trastorno en el "sentimiento propio del ser", que se derivaría u originaría de un estado placentero y seguro en la simbiosis, del cual no tuvo que "romper el cascarón" prematura y abruptamente.

El método primario de la formación de la identidad consiste en un reflejo mutuo durante la fase simbiótica. Este verse mutuamente en espejo, narcicista, y libidinal, refuerza la delineación de la identidad a través de la magnificación de la reduplicación; un tipo de fenómeno de eco.

Muchas mujeres toman los primeros pasos sin ayuda de sus hijos, los cuales, intrapsíquicamente, de ninguna manera han "roto su cascarón". Estas madres pueden ser las que interpreten las señales del infante de acuerdo a como ellas sienten que el niño es una continuación de sí mismas o un individuo separado. Algunas tienden a fallarles en su iniciación, "abandonándolo", más o menos precipitada y prematuramente

a sus propios medios. Ellos reaccionan con una especie de mecanismo relativamente liberante al trauma de sus propias necesidades simbióticas.

Muchas madres fracasan en su iniciación porque encuentran difícil el alcanzar un balance óptimo intuitiva y naturalmente entre el dar apoyo y al mismo tiempo saber cuándo estar únicamente disponible y vigilar a distancia. Para muchas madres en nuestra cultura, no es fácil abandonar su "conducta posesiva simbiótica" y en lugar de esto darle al niño el apoyo óptimo en un nivel verbal y emocional más alto, al mismo tiempo que le permita probar sus nuevas alas de autonomía, en el segundo año de vida.

Resulta valioso reconocer el hecho de la dependencia. La dependencia es real. Los bebés y los niños no pueden arreglárselas solos, y esto es tan obvio que los simples hechos de la dependencia se pierden fácilmente. Podemos decir que la historia del crecimiento del niño es la historia de una dependencia absoluta, que va disminuyendo gradualmente y avanza a tientas hacia la independencia. Winnicott (1953)⁷².

Antes del nacimiento, la absoluta dependencia del bebé es concebida principalmente en términos corporales o físicos. Las últimas semanas de vida uterina afectan el desarrollo corporal del bebé y es plausible la idea de que comienza a surgir un sentimiento de seguridad o de inseguridad acorde con el estado de la mente del neonato, cuya capacidad funcional es ciertamente muy restringida en esta temprana etapa debido a que su cerebro no ha alcanzado aún un completo desarrollo.

Durante el nacimiento, y también antes, existe un grado de conciencia que varía de acuerdo con los eventuales efectos del estado de la madre y con su capacidad de entregarse a las alarmantes, peligrosas y generalmente gratificantes agonías de las últimas etapas del embarazo.

Las circunstancias del nacimiento no modifican el potencial heredado de un niño. Pero desde el primer momento éste experimenta y acumula experiencias que varían según la época y el lugar.

En segundo lugar existen necesidades muy sutiles que sólo pueden ser satisfechas por medio del contacto humano. Quizás el bebé necesite sentir el ritmo respiratorio de la madre, o los latidos de un corazón adulto. O necesite sentir el olor de la madre o del padre, o los sonidos que indican actividad y vida en el ambiente, o percibir los colores y el movimiento, de modo de no quedar librado a sus propios recursos cuando aún es demasiado joven e inmaduro como para poder asumir la plena responsabilidad de su vida. Los bebés están expuestos a sentir ansiedades severas.

Es posible apreciar que, con buenos cuidados, estos terribles sentimientos se convierten en buenas experiencias, que son el fundamento de la confianza básica Erickson (1968)¹⁸, en la gente y el mundo.

Cuando la dependencia es correspondida por la constancia, la pérdida de esperanza se transforma, en un sentimiento de confianza en que, aun estando solo, el bebé tiene a alguien que lo cuide.

La experiencia de la dependencia que ha sido satisfecha es lo que confiere al bebé la capacidad de comenzar a responder a las demandas que tarde o temprano la madre y el ambiente le plantearán.

Pero, cierta proporción de bebés experimentan la falla ambiental mientras son dependientes y por lo tanto sufren en mayor o menor grado un daño difícil de reparar. El bebé al crecer y convertirse en niño y en adulto, arrastra consigo el recuerdo soterrado de un desastre que le ocurrió a su self y dedica mucho tiempo y energía a organizar su vida de manera tal de no tener que volver a experimentar ese dolor, en el mejor de los casos. En el peor de los casos, el desarrollo del niño como persona se encuentra permanentemente distorsionado y por lo tanto su personalidad se deforma o su carácter se tuerce. Aparecerán síntomas que probablemente se considerarán perversos, y el niño deberá sufrir por causa de aquellos que piensan que el castigo o la educación correctiva pueden curar lo que en realidad es una consecuencia profundamente arraigada de la falla ambiental. O el niño como persona está tan perturbado que se diagnostica enfermedad mental, y se instaura un tratamiento a causa de una anomalía que debería haber sido evitada. Muchos bebés no sufren de esa manera, y salen airoso sin necesidad de dedicar su tiempo y energía a construir una fortaleza para mantener alejado a un enemigo que en realidad habita dentro de sus muros.

Lo que hace que estas cosas sean en general posibles es principalmente que la dependencia, absoluta en un primer momento pero que evoluciona gradualmente hacia la independencia, es aceptada y correspondida por personas que se adaptan a las necesidades del individuo en crecimiento, sin resentimiento, debido a cierto sentido imperfecto de pertenencia que puede ser convenientemente denominado amor.

La "preocupación maternal primaria", en este caso las madres adquieren la capacidad de ponerse en el lugar del bebé. Esto significa que desarrollan una impresionante capacidad para identificarse con el bebé, lo cual le permite satisfacer las necesidades básicas de éste. Le llama sostén, sostén humano. Un bebé que es sostenido adecuadamente difiere bastante de otro que no lo es. Ninguna observación de un bebé tiene valor si no va acompañada de una buena descripción de la calidad de sostén. Winnicott (1975)⁶⁸.

En las etapas tempranas al desarrollo emocional, antes de que los sentidos se hayan organizado, y antes de que exista algo que pueda denominarse un yo autónomo, que como se vio antes se experimentan ansiedades muy severas. En realidad, la palabra "ansiedad" no nos sirve, ya que la angustia que experimenta el bebé en esta etapa es similar a la que lleva el pánico, y el pánico es ya una defensa contra la agonía que impulsa a la gente a suicidarse antes que a recordar.

En la psicología del crecimiento emocional, para que los procesos madurativos del individuo se vuelvan reales, necesitan el aporte de un ambiente facilitador. Este ambiente facilitador adquiere muy pronto una adaptación de complejidad extrema.

La maduración en las primeras etapas, y ciertamente durante todo el crecimiento, es en gran medida una cuestión de integración. La cual incluye tres tareas principales: integración del yo, establecimiento de la psique en el cuerpo, y formación de las relaciones objetales. Con ellas corresponden, aproximadamente, las tres funciones de la madre: sostén, manejo y presentación de objetos.

Se ha ido comprobando que, mientras que la psiconeurosis conduce al analista a la niñez temprana del paciente, la esquizofrenia lo conduce a su primera infancia, a los comienzos, a una etapa de dependencia casi absoluta. A las fallas del ambiente facilitador en una etapa anterior a aquella en el que el yo inmaduro y dependiente adquiere la capacidad de organizar defensas.

El ejemplo del reflejo del Moro. Si se deja caer levemente la cabeza de un bebé, éste reacciona de modo previsible. Es un aspecto de lo que denomina quéhacer materno insuficientemente bueno. Es exactamente lo que una madre no haría a su bebé. Ciertamente, un reflejo de Moro no altera la psicología de un bebé pero si se diera el caso de una madre, obsesionada con el reflejo de Moro, que alzara a su hijo cada veinte minutos y dejara caer su cabeza para ver qué ocurriría, ese bebé no tendría una madre suficientemente buena. Winnicott (1975)⁶⁸.

En realidad, mediando un quéhacer materno suficientemente bueno, sólo es necesario el esbozo de una idea del self, o tal vez ni siquiera eso. El sostén incorrecto o la falla ambiental que provoca el reflejo de Moro, impone al bebé una conciencia prematura para la cual no está bien equipado. Si el bebé pudiera hablar diría: "Ahí estaba yo, disfrutando de la continuidad de ser. No tenía idea alguna acerca de una representación adecuada para mi self, pero podría haber sido un círculo". De pronto sucedieron dos cosas terribles: la continuidad de mi ser, que es todo lo que tengo de integridad personal en este momento, fue interrumpida por tener que dividirme en dos partes: un cuerpo y una cabeza. La nueva representación que me vi forzado a hacer de mí mismo fue la de dos círculos separados, en lugar del círculo único del cual ni siquiera tenía que ser consciente antes de que ocurriera esta cosa espantosa" El bebé está intentando describir una escisión de su personalidad y además la prematura toma de conciencia producida por la caída de su cabeza. La experiencia fue un ejemplo de una escisión de la personalidad causada por una falla específica del ambiente facilitador, una falla en el fortalecimiento del yo.

Spitz(1965)⁶⁰ de manera muy interesante y detallada nos hable de esta relación madre-hijo abarcando muchas series de aspectos. Nos recuerda que la mayor parte del primer año de vida está dedicado a esforzarse por sobrevivir y a formar y elaborar dispositivos de adaptación que sirvan para conseguir esa meta. Una y otra vez nos recuerda Freud que el lactante, durante este periodo de su vida, está desamparado, siendo incapaz de conservarse vivo por sus propios medios. Todo aquello de que carece el infante lo compensa y lo proporciona la madre. Ésta atiende a todas sus necesidades. El resultado es una relación complementaria, una diada.

En el momento de nacer, no hay yo alguno, afirmado por Freud en el Yo y el ello (1938)²⁸. Del mismo modo no existen ni el simbolismo ni el pensamiento por medio de símbolos y por ende las interpretaciones simbólicas son inaplicables. Los símbolos aparecen más o menos con la aplicación del lenguaje. Pero éste no existe tampoco durante todo el primer año de vida. Así mismo se hallan ausentes los mecanismos de defensa. Sólo pueden detectarse indicios de sus prototipos de forma más fisiológica que psicológica. Tales prototipos fisiológicos servirán, de cimientos, para que la psique erija subsiguientemente una estructura de una naturaleza por completo diferente.

Entre la relación madre-hijo el lazo que inicia como puramente biológico, se va transformando, paso a paso, en lo que ha de ser finalmente la primera relación social del individuo. Lo que hemos presenciado es una transición de lo fisiológico a lo psicológico y social. En la etapa biológica (in utero) las relaciones del feto son puramente parasitarias. Un aspecto igualmente peculiar y acaso único de la relación madre-hijo consiste en que la estructura psíquica materna es fundamentalmente distinta de la del hijo.

El primer sociólogo que llamó la atención sobre las posibilidades de investigación sociológica del grupo madre-hijo al que llamó *díada*, G. Simmel, quien destacó que en dicha relación se podía encontrar el germen de todos los desarrollos de las relaciones sociales del orden más elevado.

Resulta bien evidente que la estructura rudimentaria de la personalidad del hijo es muy distinta de la estructura madura de la madre.

El neonato, al nacer, aun presentando diferencias individuales claramente demostrables, carece de una personalidad organizada comparable a la del adulto; no existe iniciativa personal, ni ningún intercambio con el medio circundante, salvo el fisiológico.

Al principio el neonato se halla en un estado de indiferenciación; por lo tanto no puede demostrarse la existencia de la psique o de un funcionamiento psíquico en los neonatos. No hay objetos ni relaciones de objeto en el mundo del recién nacido. Ambas cosas se desarrollarán progresivamente, paso a paso, en el transcurso del primer año, en cuya última parte el objeto libidinal propiamente dicho se establecerá.

La diferencia del medio, es quizá aún más impresionante, una vez que la consideramos objetivamente. El medio circundante del adulto está constituido por factores numerosos y extremadamente diferentes, por una diversidad de individuos, una diversidad de grupos, una diversidad de cosas inanimadas.

Para el neonato, el medio circundante consiste, por decirlo así, en un solo individuo, la madre o quien la sustituye. Este individuo único no es percibido por el recién nacido como una entidad distinta a él, sino que es simplemente parte de la totalidad de sus necesidades y de su satisfacción.

La etapa sin objeto coincide más o menos con la del narcisismo primario. Hartmann(1939) habla de ella como una fase indiferenciada, a la falta de diferenciación entre el yo y el ello, entre lo consciente y lo inconsciente, en la

personalidad del neonato. Dentro de esta personalidad indiferenciada, lo consciente y lo inconsciente se separarán el uno del otro, y más tarde el yo del ello. En la etapa de no-diferenciación no existe una distinción clara entre la psique y el soma, entre lo interno y lo externo, entre el impulso y el objeto, entre el "Yo" y el "No yo" y ni siquiera entre las diferentes regiones del cuerpo. Prefiere darle el nombre de etapa de no diferenciación, ya que la percepción, la actividad, las funciones del recién nacido no están suficientemente organizadas en unidades, salvo, cierto punto, en aquellas zonas que son indispensables para la supervivencia, como el metabolismo, la absorción nutricia, la circulación, la función respiratoria y otras semejantes. Spitz (1965)⁶⁰.

"Un infante de pecho no distingue aún su yo del mundo exterior, como el origen de las sensaciones que fluyen en él. Freud(1914)³⁰. Además, el recién nacido en sí no está diferenciado ni organizado; ni siquiera en aspectos tan fundamentales como la relación entre los centros neurales discretos, por una parte, y sus órganos musculares efectores, por la otra; sólo poquísimas zonas privilegiadas parecen estar separadas, formando unidades funcionales.

Freud (1910)³³, afirma que al nacer no hay consciencia; que el llamado trauma del nacimiento no deja ningún recuerdo; que "el peligro del momento de nacer no tiene todavía contenido psíquico".

La contrapartida de las manifestaciones de desagrado del neonato no son, sin embargo, manifestaciones de placer, que a esta edad no pudieron observarse, sino el sosiego. La excitación negativa del recién nacido, en respuesta a una estimulación excesiva, debe ser considerada como un proceso de descarga, tal y como Freud lo describió. Es un proceso específicamente fisiológico, que ejemplifica la ley del principio de Nirvana, según la cual la excitación se mantiene a un nivel constante y cualquier tensión que exceda este nivel ha de ser descargada sin demora. Partiendo de estos principios, el funcionamiento fisiológico se desarrollará y consolidará a su debido tiempo. Una vez establecido la función psicológica se regirá por la ley del principio del placer y el displacer durante algún tiempo, hasta que, a su vez, el principio del placer sea sustituido, aun cuando jamás por completo, por los mecanismos regulares del principio de realidad.

Al comienzo el organismo actúa, tanto fisiológica como psicológicamente, a la manera de un sistema binario, de acuerdo, con el principio del "tercero excluido", de esto hablaré más específicamente adelante.

3 elementos, las estaciones receptoras no están aún provistas de energía al nacer. Segunda, la mayor parte del día se la pasa durmiendo o adormilado. Por último, la elaboración mental de los estímulos que llegan se desarrolla gradualmente durante muchos meses, en razón directa con la capacidad de madurez del infante para la acción voluntaria.

Dotar los estímulos de un significado es también un proceso gradual en extremo.

El medio ambiente singular, todo un mundo con el cual la madre rodea al infante y que ella extiende en muchas direcciones. La madre protege al infante realmente de un modo material contra el exceso de estímulos de cualquier clase.

Pero el factor con mucha más importancia para capacitar al niño a construir gradualmente una consistente imagen ideativa de su mundo, procede de la reciprocidad entre madre e hijo. Llamándole Spitz diálogo, siendo éste el ciclo de la secuencia acción-reacción-acción, dentro del marco de las relaciones entre madre e hijo. Esta forma crea para el infante un mundo singular muy propio, con su clima emocional específico, siendo dicho ciclo acción-reacción-acción lo que permite al bebé transformar, poco a poco, los estímulos sin significado en señales significativas.

Spitz(1965)⁶⁰ prefiere no hablar de percepción en el infante, mientras los estímulos que afectan su aparato sensorial y que son procesados centralmente, no se hayan vuelto significativos a través de la experiencia del infante. Von Senden (1932) habla de hallazgos que mostraron que la percepción tiene que aprenderse, coordinarse, integrarse, y sintetizarse experimentando las corrientes incesantes y cambiantes, los tranquilos remansos y los rápidos de las relaciones de objeto. En este sentido el neonato no percibe, y la percepción, propiamente dicha, se basa en la apercepción. Esto no quiere decir que no queden rastros mnémicos mientras se adquiere la percepción.

Algunas de las vías perceptivas que ponen en marchas ciertos patrones parecen ser parte de la estructura misma del infante, es decir, son innatos. Gran parte de las vías de percepción que intervienen pertenecen a un sistema de "captación" básicamente distinto del sistema de percepción que actúa en la edad posterior y con el cual estamos familiarizados. Este sistema de "captación" es generalizado, primordialmente visceral, tiene su centro en el sistema nervioso autónomo y se manifiesta en forma de emociones. Spitz prefiere designar a esta forma de "percepción", que difiere tan fundamentalmente de la percepción sensorial, con el término de recepción.

En contraste con este sistema, se halla el desarrollo posterior de lo que Spitz ha llamado organización diacrítica, en donde la percepción se efectúa a través de los órganos sensoriales periféricos y es localizada, circunscrita e intensiva; sus centros están en la corteza y sus manifestaciones son procesos cognoscitivos, entre los que se encuentran los procesos conscientes del pensamiento.

Hasta el comienzo del segundo mes de vida, el infante reconoce las sugerencias de alimento sólo si tiene hambre. En realidad no identifica la leche como tal, ni el biberón, el pecho ni nada. "Reconoce", si puede decirse así, el pezón cuando lo recibe en la boca y, respondiendo a este estímulo, generalmente empieza a succionar. Por ejemplo, si está gritando porque su necesidad de alimento no ha sido inmediatamente satisfecha, no reaccionará al pezón, aún cuando se le meta en la boca, sino que continuará gritando. Será necesaria una prolongada estimulación oral para lograr que de nuevo dirija su atención hacia el alimento por el que está gritando, y que tenía a su

alcance todo el tiempo. A esta edad el infante reconoce la sugerencia para que se alimente sólo cuando tiene hambre.

Para que el infante sea capaz de percibir un estímulo externo a esa edad dos factores han de hallarse presentes y combinarse. El primero es el estímulo externo, estímulo que al infante ha llegado a asociar con la inminente satisfacción de la necesidad; el segundo estímulo es de origen propioceptivo, es decir, el estado de hambre del infante, su necesidad de alimento.

El infante percibirá el estímulo del pezón en su boca si se cumplen las siguientes condiciones: 1. Si el aparato propioceptivo, no está nulificado, "inundado" por una tensión masiva desagradable; y 2. Si el infante tiene hambre, lo que hace que el aparato esté dispuesto para la percepción externa.

La incapacidad del infante para percibir el medio circundante dura algunas semanas. Hacia el principio del segundo mes, un ser humano que se acerque empieza a adquirir un puesto único entre las "cosas" que rodean al neonato. En esta etapa, el infante comienza a percibir visualmente al adulto que se acerca. Si uno se aproxima al neonato hambriento que está llorando, a la hora de la alimentación, éste se callará, abrirá la boca y hará con ella movimientos de succión. Ninguna otra "cosa" produce semejante respuesta a esa edad, salvo la percepción táctil, intraoral, del alimento. No obstante, esta reacción sólo se produce a la hora de la alimentación, cuando el infante tiene hambre. En términos de percepción, al segundo mes el infante reacciona al estímulo exterior sólo cuando éste coincide con la percepción introceptiva del hambre. En esta etapa la percepción del medio circundante está condicionada a la tensión generada por una tendencia insatisfecha.

Dos o tres semana después, se observa un progreso más; cuando el infante percibe un rostro humano, sigue los movimientos de éste con atención concentrada. Ninguna otra "cosa" puede suscitar semejante conducta en el pequeño a esa edad. Gesell e Ilg (1937) explican el hecho diciendo que se debe a que el rostro humano se le presenta al infante en innumerables situaciones en que se halla a la expectativa. En realidad, durante el primer mes de vida, el ser humano aparece en el campo visual del infante cada vez que su necesidad es satisfecha. De ese modo queda asociado con el alivio del displacer, así como la experiencia de placer.

La gran mayoría de los casos el infante criado a pecho mira fijamente el rostro de la madre sin cesar durante todo el acto de mamar y sin apartar la vista hasta que queda dormido en el pecho. En los bebés criados con biberón, este fenómeno no es consistente ni confiable, según experimentos de Spitz (1965)⁶⁰.

Por supuesto el amamantamiento no es el único servicio que presta la madre al infante, en el que éste puede mirar su rostro. Pocas veces nos damos cuenta de tal hecho que, hagamos lo que hagamos con el infante, si lo alzamos, lo lavamos, o le cambiamos los pañales, ofrecemos siempre nuestro rostro abiertamente a la inspección del infante, poniendo en él nuestra mirada, moviendo nuestra cabeza y muchas veces diciendo algunas palabras. El rostro es el estímulo visual ofrecido con

mayor frecuencia al infante durante el primer mes de vida. En el trascurso de las primeras seis semanas de vida, las huellas mnémicas del rostro humano han quedado fijadas en la memoria infantil, como la primera señal de la presencia del satisfactor de la necesidad; el infante seguirá con la vista todos los movimientos de la señal.

Resulta evidente que la satisfacción de la necesidad desempeña un papel primordial en el reconocimiento de este primer precepto.

El periodo durante el cual el sistema cinestésico reina de modo absoluto en la existencia del infante. Es la edad de la no diferenciación más honda, cuando el afecto y objeto percibido son aún, por así decirlo, una sola cosa. El hombre adquiere la percepción visual aprendiéndola. La percepción de la forma, tanto en el animal como en el hombre, está ya presente en el nacimiento, siendo por tanto innata o hereditaria.

El hombre, sin embargo, es primordialmente un animal altricial, nidícola, que nace inmaduro y desamparado. Incapaz de locomoción o de toda conducta dirigida, volitiva, indispensable para la autoconservación. Para garantizar su supervivencia, no es necesaria la discriminación visual. La supervivencia del hombre al nacer es predicado de los cuidados paternos que se le dedican, como ocurre con otros animales nidícolas. De aquí que en la evolución del hombre no exista presión selectiva para la transmisión filogenética de la capacidad de visualidad discriminativa ya al nacer.

Por decir, el ojo está ahí pronto y dispuesto; neurológica y fisiológicamente funciona. Pero ese funcionamiento no se extiende a los procesos mentales, particularmente a la mentalización. La función aperceptiva, no está aún disponible. Ha de adquirirse a través de las experiencias proporcionadas en el transcurso de los intercambios afectivos con otras personas en el marco de las relaciones de objeto.

Al nacer el infante responde, efectivamente, sólo a las sensaciones originadas dentro de su cuerpo, es decir las sensaciones propioceptivas y cenestésicas que se hallan protegidas de la intrusión de los estímulos del exterior por una barrera contra ellos. Cuando los estímulos impregnan los ojos, antes de que éstos hayan aprendido a ver, no tienen significado. Además la sensación es tan generalizada, extensiva y sin localizar como las percepciones internas cenestésicas y en realidad no se diferencian de ellas.

No obstante, hay una zona perceptual que actúa de forma muy específica desde el nacimiento. En ella, los órganos sensorios, para los estímulos venidos de fuera, se encuentran en los receptores sensoriales de los estímulos venidos de dentro. Esta zona es la boca y la cavidad oral. Ya al nacer, y hasta en el feto, puede demostrarse que existe una respuesta a la estimulación en torno de la boca. La estimulación de las partes exteriores de la región bucal suscita una conducta específica que consiste en el giro de la cabeza hacia el estímulo, seguido de los movimientos de chasquear los labios. En el infante criado a pecho, esta respuesta termina al tomar el pezón en la boca, esta conducta se deriva de un mecanismo de relajamiento innato valioso para la supervivencia.

Al nacer no hay ningún reflejo que sea plenamente de fiar. La respuesta del mamar, sin embargo, es más de fiar que el resto, seguida sólo del reflejo de asir, que consiste en cerrar el puño cuando se siente el estímulo en la palma. Es digno de notarse que el reflejo de asir el pezón con los labios, en combinación con el succionar, representan la única conducta dirigida del infante al nacer. Ésta incluye también el chuparse el dedo y viene a corroborar las proposiciones de Hoffer (1949), sobre la relación entre la mano y la boca. Quizá todos los reflejos que son familiares no son tan seguros al nacer porque son provocados por estímulos venidos de fuera, contra los cuales actúa ya la barrera contra estímulos. Pero cuando el pezón llena la boca del recién nacido y cuando fluye la leche por la faringe, los receptores sensoriales para el exterior, así como los del interior, son estimulados simultáneamente. Esta estimulación acumulativa y conjunta parece suscitar una respuesta mucho más segura y garantizada: el bebé empieza a succionar y a tragar lo que succiona.

Desde el aspecto perceptual, la cavidad oral, incluyendo la faringe, representa lo externo, así como lo interno; está equipada como intrarreceptora, así como extrarreceptora y en consecuencia actúa. Porque, al nacer, los reflejos localizados dentro de la cavidad oral son los, más específicos y seguros de todos, pues dichos reflejos hacen que produzca la única conducta humana dirigida, aún cuando no intencionada. Toda percepción empieza en la cavidad oral, que sirve de puente primigenio entre la recepción interna y la recepción externa.

La combinación de la cavidad oral con la mano representa probablemente el modelo para la estructura más primaria posnatal del yo. Además que las sensaciones de la cavidad oral se mezclan posiblemente con aquellas de la envoltura cutánea externa. Este triple origen de la sensación y de la experiencia constituye el núcleo del yo.

La cavidad oral puede ser muy bien el interior de la boca, tal como se descubre y percibe al chupar el dedo, la sensación inmediata del interior de la boca, El único órgano donde actúa la percepción durante las primeras semanas de vida (y hasta es dudoso que se trate de percepción como tal, sino más bien de recepción la precursora de la percepción) es la cavidad oral. El infante responde con una secuencia de conducta específica, cuando se introduce algo en la cavidad oral, ya sea el pezón, el alimento o el dedo.

La cavidad oral con sus órganos, la lengua, los labios, las mejillas, y el aparato nasofaríngeo son la superficie que se usa primero en la vida para la percepción táctil y la exploración. Es muy adecuada para este fin, pues en ella están representadas la sensación del tacto, del gusto, de la temperatura, del olor, del sufrimiento, y hasta la sensación de profundidad, pues esta última queda implícita en el acto de engullir. Ha de destacarse que todas las percepciones que se efectúan, teniendo como instrumento la cavidad oral, siguen siendo aún percepciones por contacto y así básicamente diferentes de la percepción a distancia, como la visual y la auditiva.

Un cambio de la percepción por contacto a la percepción a distancia, es de importancia suprema para el desarrollo del infante. Este cambio se efectúa por medio de instrumento de las relaciones de objeto. Por tanto, cuando el infante mama el pecho, siente el pezón en la boca, en tanto que, al mismo tiempo, ve el rostro materno. Aquí la percepción por contacto se mezcla con la percepción a distancia. Las dos forman parte de una sola experiencia. Esta fusión abre el camino para un cambio gradual, de la orientación a través del contacto con el precepto satisfactor de necesidades, que recobra, vuelve a perder y a recobrar una y otra vez. Durante el intervalo entre la pérdida y la recuperación del contacto, el otro elemento de la unidad perceptual total, la percepción a distancia, del rostro, permanece inalterable. En el transcurso de estas experiencias repetidas, la percepción visual resulta más segura, puesto que no se pierde; demostrando ser la más constante y, por tanto, la más remuneradora de las dos. Erickson (1961)¹⁷, solía hablar de la experiencia del contacto oral como de una zona modelo de funcionamiento, cuyo atributo esencial es la ingestión. Este atributo zonal se convierte en el fiel contraste de toda función durante la fase oral. y evidentemente durante la etapa de la simbiosis con la madre.

Esta discrepancia entre las dos modalidades perceptuales (la discontinuidad del contacto oral, frente a la seguridad, continuidad, pero no contigüidad, de la percepción visual) tiene probablemente una significación aún más fundamental que establecer la percepción visual como la modalidad perceptiva guiadora en el hombre. Teniendo así la permanencia del objeto Hartmann (1952), y de la formación de objeto. Desde estos modestos comienzos, las relaciones de objeto se desarrollan progresivamente en los meses y años que siguen, implicando no sólo las otras modalidades perceptuales, sino también la vasta variedad de las funciones psicológicas.

Se ha visto en el caso de la percepción visual, que las modalidades perceptivas siguen una otra en secuencia genética, de modo que la percepción a distancia se (visual) se desarrolla después que la percepción por contacto (oral táctil). Esto podría ser una función de maduración. En el hombre esta secuencia genética empieza con la situación de mamar, e hicimos notar el papel que desempeñan el aprender, el desarrollo y las relaciones de objeto, en el curso del cambio de la percepción por contacto a la percepción a distancia, y que se desarrolla a partir de la etapa oral y en la simbiosis del crío con la madre.

Después del tercer mes de la vida la percepción en profundidad comienza a desempeñar un papel significativo. El infante responde a los estímulos que cumplen ciertas cualidades *Gestalt*, que están en movimiento, ya sean bidimensionales o tridimensionales. Después del tercer mes de vida, el infante muestra en sus respuestas que ahora distingue una *Gestalt* tridimensional de la misma *Gestalt* en proyección bidimensional.

La progresión desde una subclase de percepción a la siguiente está conectada estrechamente con las condiciones particulares de la situación de amamantamiento

individual y depende de ella. Pues el amamantamiento es una función que asegura la supervivencia en esa temprana edad; por tanto variaciones relativamente pequeñas de las condiciones de esta función ejercerán un grado mayor de presión adaptativa.

En niños esquizofrénicos se tiene la sospecha de que el cambio de percepción por contacto a la percepción a distancia, y más específicamente a la percepción auditiva, pudo haber sido demorada o gravemente perturbada en el curso del desarrollo infantil.

El cambio a la percepción a distancia no reemplaza ni mucho menos anula el papel que desempeña la percepción por contacto, sólo lo amengua. La adición de la percepción a distancia enriquece el espectro de los sectores perceptuales; facilita la orientación y el dominio, expende las funciones autónomas del yo y finalmente contribuye a la primacía del principio de realidad.

La cavidad oral, eclipsa a todos los demás centros, tales como la mano, el laberinto del oído y la superficie cutánea, por ser la única que está realmente integrada y es por tanto, operativa. Se puede decir con cierta razón que, como tantos animales, el hombre también comienza su acceso a la percepción del medio rostralmente.

No debe olvidarse que las cualidades emocionales, a saber: el placer y el displacer, toman parte de esta experiencia perceptual. En la audición, hay también cualidades dinámicas implicadas, las de la actividad y la pasividad. Todas ellas emergen en respuesta a una necesidad que produce tensión. Esa tensión se reduce con la satisfacción de la necesidad. Lo que entonces lleva a la aquiescencia.

Se había supuesto que el primer "objeto" era el pecho; Lewin (1946) llega a la conclusión de que la pantalla de los sueños es su residuo visual y lo mismo fue supuesto táctilmente por muchos, Spitz (1965)⁶⁰ cree que el neonato no es capaz de percepción a distancia; sólo de percepción por contacto, mediante la cavidad oral, De esto se sigue que el pecho es, sin duda, el primer precepto, pero no es un objeto visual, sino de contacto, más específicamente, es un objeto percibido por contacto oral.

Freud (1924)²⁹ habló de la percepción como un acto concebido en términos orales. Anticipó la proposición de que se efectúa la percepción mediante los envíos periódicos del yo de pequeñas cantidades de inversión catéxica en el sistema perceptual, por medio del cual prueba el medio circundante. Y considera a la percepción como un modelo activo.

Un bebé mamando sabe de qué modo tan activo participa la mano en el acto de mamar. La mano del bebé descansa sobre el pecho, sus dedos se mueven lenta y continuamente, agarrando, golpeando, haciendo presa y arañando. En los meses siguientes, esa actividad se hace cada vez más organizada y se diría que el ritmo de abrir y cerrar la mano del bebé en torno al dedo de la madre está relacionado en cierto modo con el ritmo de la succión. Es impresionante observar cómo el ritmo de esos movimientos de la mano va haciéndose de modo creciente más organizado en el transcurso de los primeros seis meses.

Es posible que los movimientos de las manos sobre el pecho del neonato que mama sean sólo una respuesta reflejo a la estimulación en la palma. No obstante, muy pronto la actividad de ingestión de la boca rebasará la actividad de la mano. Podemos suponer que esta actividad será pronto percibida propioceptivamente.

Demostraron que las vías nerviosas que conectan el estómago, la boca, las extremidades superiores y el oído interno con el sistema nervioso central funcionan al nacer. La estimulación de cualquiera de esos órganos, de los cuales la boca es el que sirve de guía, iniciarán patrones de conducta específicos.

Según Hoffer (1950) introduce el concepto de "sí mismo-boca". Postula que es ésta la primera organización del sí mismo irá expandiéndose progresivamente mediante la actividad de la mano. Hoffer pretende que así la mano libidiniza diversas partes del cuerpo, de modo que se convierte en el "sí mismo cuerpo". Spitz (1965)⁶⁰ no comparte esa opinión, él estima que la mano es sólo uno de los medios mediante los cuales se logra esa libidinización.

La coordinación primera de la mano y la boca, y en su contribución al desarrollo de las funciones del yo y a la desintegración de éste.

Afirmó Freud que las primeras huellas mnémicas se establecen sólo cuando una experiencia de satisfacción interrumpía la excitación suscitada por una necesidad interna. Esta experiencia de satisfacción pone fin a un estímulo interno que ha originado una elevación de la tensión.

Las sensaciones del sistema cenestésico son extensivas y sobre todo viscerales; sus efectores son primordialmente las musculaturas blandas y su organización nerviosa comprende, entre otros los sistemas simpático y parasimpático. Las sensaciones del sistema diacrítico son intensivas e implican los órganos sensoriales; su musculatura es estriada y su organización nerviosa está subordinada al sistema nervioso central. No obstante, en el neonato, el sistema diacrítico no ha dado comienzo a su función de ninguna manera apreciable. El infante percibe y funciona primordialmente en el nivel cenestésico.

En el infante se toleran grandes cantidades de estimulación vestibular. La estimulación vestibular para él puede servir de estímulo condicionado.

Hasta el tercer mes de vida, el niño que mama no mirará al pecho de la madre, sino al rostro de ésta: Es éste un hecho de observación. No mira tampoco al pecho cuando la madre se acerca a él, sino al rostro; y continúa mirando al rostro de ella, mientras tiene el pezón en la boca y palpa su pecho. Desde el momento en que la madre entra en la habitación, hasta el fin del acto de mamar, mirará fijamente el rostro materno.

Desde el punto de vista visual, el fenómeno de Isakower (1946) no representa el pecho que se aproxima, sino más bien la percepción visual del rostro humano. La sensación bucal de algo que se siente también en la superficie cutánea del cuerpo y que se palpa con los dedos, corresponde a la experiencia del infante del contacto táctil con el pecho, con la boca, la cavidad oral, la mano y la superficie cutánea.

Así al principio, la cavidad oral constituye la cuna de la percepción. Los restos mnémicos no modificados de esas percepciones formarán la esencia y la parte primordial del fenómeno Isakower. En ésta tenemos la percepción ambliópica por el niño pequeño del rostro; en el fenómeno de Isakower, la percepción sintética de contacto por el infante de la cavidad oral, de la mano y de la epidermis. El fenómeno de Isakower es una reactivación de los registros de la primera percepción infantil por contacto, la pantalla de los sueños evoca la iniciación de la percepción a distancia.

Entre la sensación de la necesidad y su desaparición, al ser esa necesidad satisfecha, son frecuentes las demoras. Esas demoras desempeñan un papel principal en el desarrollo adaptativo. La frustración, que acompaña a la demora, está en el origen de la conducta adaptativa y es uno de los dispositivos de adaptación más importantes, a saber: las huellas de recuerdos y del recuerdo.

Al tratar Freud (1924)²⁹ de la comprobación de la realidad, señala que es ésta una cuestión "de si algo que está en el yo como representación puede ser descubierto de nuevo en la percepción también"; "Es evidente que una condición previa para que se establezca la comprobación de la realidad es haber perdido objetos que en un tiempo proporcionaron una satisfacción real".

En el desarrollo más temprano de la percepción, en lo que Spitz (1965)⁶⁰ llamaría la percepción primaria, por medio de la cavidad oral, somos testigos de un flujo y reflujo constante de dos afectos primarios; el afecto de displacer y el de placer, en el despertar de la necesidad creciente y en su satisfacción.

No hay que extrañarse de que se convierta en el campo de operaciones de los primeros procesos dinámicos, para la actividad primera de los impulsos; los indicadores observables de dicha actividad son los afectos.

La percepción estará estrechamente ligada con el afecto. Una serie de hitos en el desarrollo en la génesis de la percepción a distancia, de la discriminación diacrítica y de la respuesta sonriente así como de su secuencia de desarrollo. El afecto es el que abre paso al desarrollo; que no sólo favorece al desarrollo de la percepción sino también al de otras funciones.

Se ha demostrado que la necesidad, la cual por supuesto provoca el afecto, interviene en la deformación de la percepción y falsea la realidad hasta hacer de ella algo que se acerque a la satisfacción del deseo. Es sólo el extremo más distante del espectro de la influencia del afecto de la percepción. Pero el afecto colorea la percepción y hace que ésta sea importante o no, y dota a los diversos objetos de percepción de una valencia. Finalmente los afectos determinan la realización entre la percepción y la cognición.

En el sujeto viviente y, en particular, en el hombre, los afectos, primeros y postreros, sirven para explicar la conducta y los acontecimientos psicológicos. Y los afectos hasta ahora han desafiado toda medición.

Durante la simbiosis cuando el rostro humano se convierte en un percepto visual privilegiado, preferido a todas las de más "cosas" del medio circundante del infante.

Ahora ésta es capaz de separarlo y de distinguirlo del trasfondo, dedicándole su atención completa y prolongada. En el tercer mes, este "volverse hacia" en respuesta al estímulo del rostro humano culmina en una respuesta nueva, claramente definida, específicamente propia de la especie. Para entonces la madurez física y el desarrollo psicológico del infante permiten coordinar al menos una parte de su equipo somático y usarlo para la expresión de la experiencia psicológica; ahora responderá al rostro del adulto con una sonrisa. En el segundo mes, esta sonrisa es la primera manifestación de conducta activa, dirigida e intencional; la primera indicación del tránsito del infante desde la pasividad completa al comienzo de la conducta activa, desde ahora en adelante desempeñará un papel de creciente importancia.

En el tercer mes de vida, el bebé responde al rostro del adulto sonriendo, si se cumplen ciertas condiciones: que el rostro se muestre de frente, de modo que el infante pueda ver los dos ojos y que el semblante tenga movilidad. No importa qué parte del rostro o de la cabeza se mueva, si se menea la cabeza o si se mueve la boca, etc. No es tan importante que el estímulo suscitador haya de estar en movimiento, como que ese movimiento forme parte del estímulo suscitador. El movimiento es el modo más efectivo de separar la figura del fondo. A esa edad, no hay ninguna otra cosa, ni siquiera el alimento del infante, que provoque esta respuesta. Por supuesto, si se muestra a un niño, criado con biberón, éste lleno de leche, con chupón y todo, es frecuente que se produzca un cambio señalado en la conducta del pequeño. Los infantes que se han adelantado a su edad cronológica, suspenderán toda actividad y efectuarán a veces con la boca movimiento de succión. En otros casos tratarán de tender la mano hacia el biberón; pero no sonreirán a éste. Los bebés menos avanzados en el desarrollo, puede que no alteren siquiera su conducta; sin embargo, responderán al rostro del adulto con una sonrisa.

La respuesta sonriente aparece, como manifestación de conducta específica a la edad de desarrollo del infante, de los dos a los seis meses.

Esta respuesta se da en principio con la gente del derredor, posteriormente en respuesta al rostro de cualquier individuo, amigo o extraño, sin consideración de sexo ni color.

Cronológicamente esta respuesta está limitada estrictamente. Antes de los dos meses de edad, es decir, entre el nacimiento y el final del segundo mes. Los niños antes de los dos meses de edad, no sonrían con certeza a nadie ni a nada; los mismos niños, después de alcanzar los seis meses de edad, reservan su respuesta sonriente para sus madres, amigos y, en una palabra, para los objetos de su amor, pero no suelen sonreír a desconocidos.

La respuesta sonriente del infante en el tercer mes de vida, su reconocimiento de la faz humana, no indica una verdadera relación de objeto. En realidad, en esa respuesta, el niño de tres meses no percibe un congénere humano, y tampoco una persona o un objeto libidinal, sino sólo un signo. No es la totalidad del semblante con todos sus detalles lo que constituye el signo, sino más bien una Gestalt privilegiada que

forma parte de él. Esta *Gestalt* privilegiada se compone de la frente, los ojos y la nariz, todo ello en movimiento.

Que el infante responde a una *Gestalt*, y no a la persona en particular, se demuestra por el hecho de que su respuesta no está limitada a un individuo, sino que aquellos individuos, a los que responde con la sonrisa, pueden intercambiarse con toda libertad.

La sonrisa del infante entre los tres y seis meses no es suscitada por el rostro del ser humano, sino por un indicador de la *Gestalt*, un signo *Gestalt*. La *Gestalt* signo no es un objeto de verdad; por eso ha de denominarse un preobjeto. Lo que el infante reconoce en esta *Gestalt* signo, no son las cualidades esenciales del objeto libidinal; ni los atributos propios del objeto que atiende a las necesidades del infante, que lo protege y satisface. Lo que reconoce durante la etapa preobjetual son atributos secundarios, externos y no esenciales.

El reconocimiento de un semblante individual corresponde a un desarrollo posterior, se necesitarán otros cuatro o seis meses para que el bebé sea capaz de diferenciar un rostro entre muchos; el infante entonces es capaz de transformar lo que era sólo una *Gestalt* signo en su objeto de amor individual y único. Éste es el indicador visual externo del proceso intrapsíquico de la formación del objeto, la parte observable del proceso de estabilización de un objeto libidinal.

La *Gestalt* signo que el niño reconoce a la edad de tres meses, es una transición desde la percepción de las "cosas", al establecimiento del objeto libidinal. Éste se distingue de las cosas y también del preobjeto, por haber sido dotado con cualidades esenciales en el curso del intercambio mutuo entre la madre y el hijo. En ese intercambio, el objeto, o más bien lo que va a ser el objeto, es investido progresivamente con catexia libidinal. Las cualidades esenciales del objeto se deben a su relativa inmutabilidad a través de las vicisitudes de la vida hasta esta génesis. Sus atributos externos no son esenciales y por eso pueden modificarse. Por el contrario, en las "cosas", las cualidades externas son las únicas que constituyen los atributos; las cosas no poseen los atributos más esenciales del desarrollo histórico.

Las *Gestalt* en signo, en realidad, son el marchamo de las "cosas", su atributo integral. Como tales tienen permanencia; pero esta permanencia exterior es incompatible con las características del objeto libidinal. Por el momento bastará decir que, aun cuando el equipo innato está a disposición del bebé desde el primer momento de vida, ha de ser activado; esa chispa vital es conferida al equipo mediante intercambios con otro ser humano, con un congénere o con la madre. Nada que no sea una relación recíproca puede hacerlo. Sólo una relación recíproca podrá proporcionar el factor experimental en el desarrollo del infante, consistiendo, como consiste en un intercambio en circuito de conducta, en el cual el afecto desempeña el papel principal. Cuando el infante experimenta una necesidad, eso provocará en ella un afecto que le llevará al intercambio de conducta, el cual, a su vez, provocará una respuesta afectiva

y la actitud concomitante de la madre; ésta obrará "como si hubiera entendido" cuál es la necesidad particular que da motivo en el infante a su manifestación afectiva.

La retroalimentación recíproca, dentro de la díada, entre la madre y el infante y viceversa, es un flujo continuo. La díada es básicamente asimétrica. Con lo que la madre contribuye a la relación es completamente diferente de aquello con que contribuye el infante. Cada uno de ellos es el complemento del otro, y mientras la madre proporciona lo que el bebé necesita, a su vez, aun cuando esto sea menos reconocido generalmente, el bebé proporciona lo que necesita la madre.

Desde el comienzo de la vida es la madre, la compañera humana del niño, la que media en toda percepción, en toda acción, en toda intuición, en todo conocimiento. Cuando los ojos del niño siguen cada uno de los movimientos de la madre; cuando logran separar y establecer un a Gestalt signo en el rostro de la madre, entonces, mediante la instrumentalidad materna, habrá separado una entidad significativa en el caos de las "cosas" sin significación del medio circundante. Debido a los intercambios afectivos constantes, esta entidad el semblante materno, asumirá para el niño un significado siempre creciente.

Al principio no diferencia los sonidos que vienen del medio circundante, de los producidos por él mismo. Como un resultado de la maduración, los diversos sectores de los órganos perceptuales, se van separando unos de otros en el trascurso de los dos primeros meses de vida. En cierto momento de este proceso, cronológicamente alrededor del tercer mes de vida, el infante se da cuenta que puede oír los sonidos que produce él mismo y que esos sonidos que hace son diferentes de los que vienen del medio circundante. Estos sonidos del medio circundante no pueden ser influidos por el niño. Pero está en su poder divertirse produciendo sus propios e interesantes ruidos y cesando de producirlos.

La vocalización, como tal sigue teniendo la calidad de descarga, de reducción de tensión, de placer. Pero en su vida ha intervenido un nuevo placer; el poder de producir algo que puede recibir él mismo como estímulo, en otro sector de su aparato sensorial. Ahora, después del tercer mes de vida, podemos observar cómo el infante ejercita este poder, sus monólogos balbuceantes. Pronto observaremos cómo el infante produce sonido, sobre todo de las variedades rítmicas, reiterativas, linguales y labiales, que escucha cuidadosamente y que repite una y otra vez, creando su propio eco, la primera imitación acústica. Seis meses después, utilizará esta experiencia al imitar los sonidos que oye de su madre.

Esta secuencia ilustra también un pequeño detalle de la transición desde el nivel narcisístico, en que el infante se toma a sí mismo como objeto, al nivel de las relaciones de objeto, propiamente dichas. Al final del primer año, cuando el niño repite sonidos que proceden de su madre, habrá reemplazado el objeto autístico de su propia persona con el objeto del mundo externo, que es la persona de su madre.

Pero antes de que esto ocurra, han de verificarse transformaciones dinámicas importantes y han de organizarse estructuras completamente nuevas en la psique del infante.

El papel que desempeña la madre es el surgimiento y despliegue del infante y parte de vital importancia que corresponde a ella el proceso de aprender.

Ser madre, conlleva a sentimientos que varían dentro de una gama extraordinariamente amplia, es bien sabido, pero no se valora esto suficientemente, pues la inmensa mayoría de las mujeres se convierten en madres cariñosas, amantes y delicadas. Ellas crean lo que Spitz (1965)⁶⁰ llama el clima emocional, en la relación madre e hijo, favorable en todos los aspectos al desarrollo del niño. Lo que crea ese clima son los sentimientos de la madre hacia el hijo. Su amor y afecto por el pequeño hacen de éste un objeto de interés incalculable para ella. Lo que hace que esas experiencias sean tan importantes para el niño es el hecho de estar entretejidas, embellecidas y coloreadas con el afecto afectivamente. Esto es esencial en la infancia, pues a esa edad los afectos son de una importancia muchísimo mayor que en cualquier otra época posterior de la vida. Durante estos primeros meses, la percepción afectiva y los afectos predominan en la experiencia infantil, excluyendo en la práctica a todos los demás modos de percepción. Desde el punto de vista psicológico, el sensorium, el aparato perceptivo, sensorialmente discriminativo, aún no está desarrollado. Es más buena parte de él ni siquiera ha madurado. Por eso la actitud emocional de la madre, su afecto servirá de orientación a los afectos del infante y conferirá a la experiencia de ésta la calidad de vida.

La personalidad del infante absorbe estos patrones cambiantes en un proceso en circuito, influyendo la gama de los afectos maternos con su conducta y con sus actitudes. De acuerdo con la personalidad de la madre, puede haber una diferencia enorme, respecto a que el niño sea precoz o retrasado, dócil o difícil, obediente o revoltoso.

Un ejemplo de esto es la respuesta sonriente que aparece durante del segundo al tercer mes de vida, (siendo esta edad un promedio estadístico). La respuesta sonriente es sólo un ejemplo, y de pequeña importancia, en la diversidad de conductas y manifestaciones de conducta rigen las relaciones múltiples que se desarrollan entre el infante y la madre.

Otro ejemplo es la conducta alimenticia del infante, La respuesta sonriente permite sólo dos alternativas: aparece o no aparece. En cambio la diversidad de conductas en la lactancia, por parte del infante, son incontables. Tenemos al niño que se nutre bien, que lo hace con rapidez, por completo, con agrado, que se duerme tras del último trago. Al que se nutre mal, al que ha de instalársele sin cesar y que no parece nutrirse como debiera, o al niño que se satisface con cuatro o cinco comidas diarias y que luego duerme toda la noche y, por el contrario, el chavito que se niega a tomar la última leche de la noche, pero que en el trascurso de ésta pide que se le alimente repetidas veces, y así sucesivamente. Las diferencias en la actitud del bebé

modelarán las relaciones diádicas. Una madre tolerante reaccionará de modo diferente que otra desdeñosa u hostil; una madre tranquila, de distinto modo que otra ansiosa o movida por sentimientos de culpabilidad. Los problemas de la madre repercutirán en la conducta del niño, llevando en determinadas condiciones, a un conflicto creciente. Un ejemplo de patología a que pueden llevar las perturbaciones de la relación entre madre e hijo, es el cólico de los tres meses.

La madre no es el único ser humano que se encuentra en el medio circundante del infante, ni el único que ejerce una influencia emocional; que ese medio circundante comprende al padre, a los hermanos de otros partos o como lo apunta este trabajo a gemelos dicigóticos o simplemente cigóticos, a los parientes y demás, y que todos pueden tener una significación afectiva para el infante. Hasta el marco cultural con sus costumbres ejerce una influencia sobre el pequeño, ya desde el primer año de vida. En nuestra cultura occidental esas influencias son transmitidas al infante por conducto de la madre o de quien la sustituya.

A través de los primeros meses de vida y hasta durante los primeros años, la relación madre e hijo es el factor psicológico que se presta mejor a una intervención terapéutica y profiláctica y por eso merece nuestro estudio más asiduo y nuestra especial atención.

En la relación madre e hijo, la madre representa lo dado del medio; o bien puede decirse que ella es la representante de ese medio. Por parte del infante, lo dado comprende el equipo congénito suyo, que consta del Anlage y la maduración.

En ningún caso puede desdeñarse la significación del desarrollo neural, tanto del embriológico como del epigénico, durante los primeros meses de vida. Sin la maduración, el sistema nervioso, los modelos de conducta y los actos resultarían imposibles. Muchas funciones sufren cambios como resultado de la acción recíproca de la maduración fisiológica con el desarrollo psicológico. Hasta cierta medida los cambios son independientes del medio; pues un número considerable de secuencias de la maduración y de series son innatas.

De un lado, la madre, con su individualidad estructurada y madura; del otro, el hijo, cuya individualidad va a irse desplegando progresivamente, desarrollándose y estableciéndose; los dos factores están entre sí en una relación mutua y circular de conducta. Tanto la madre como el hijo viven, sin un medio económico social, cuyos exponentes primarios son los miembros de la familia próxima, mientras que los exponentes distantes están constituidos por el grupo étnico, la cultura, la tecnología, el encuadre nacional, el periodo histórico y tradicional.

En el establecimiento del preobjeto etapa en que el infante se vuelve desde lo que Spitz (1965)⁶⁰ ha llamado recepción del estímulo venido desde dentro, hacia la percepción del estímulo venido desde fuera.

La transición es predicado de logro, por el infante, de la capacidad temporal de suspender incondicionalmente el funcionamiento del principio del placer y displacer, que exige su atención desde el estímulo venido desde dentro. Ahora puede suspender

esta demanda el tiempo suficiente para catexiar la representación de los estímulos externos que le son transmitidos por el sensorium. Ha empezado a funcionar el principio de realidad.

El hecho de que ahora el infante sea capaz de reconocer el rostro humano y de dar indicios de esto al sonreír en respuesta a él, demuestra que se han depositado rastros de recuerdos. Lo que implica que en el aparato psíquico se ha producido una división, llámense estas partes que lo constituyen consciente, preconsciente e inconsciente, desde el punto de vista topográfico.

El infante se ha vuelto capaz de desplazar las cargas de catexias de una función psicológica hasta otra, de un rastro mnémico al siguiente. El reconocimiento de la Gestalt signo implica un cambio catéxico desde la representación sensorial del percepto (el semblante humano en el presente) al rastro mnémico comparable de dicho percepto (el rostro humano percibido en el pasado).

La capacidad de desviar las catexias de un rastro mnémico u otro (comparando "lo que ha sido depositado dentro, como una imagen, con lo que es percibido fuera" Freud (1925), corresponde a la definición freudiana del pensamiento.

Este desarrollo en conjunto, marca también el alborear de un yo rudimentario. Se ha producido una estructuración dentro de la somatopsique. El yo y el ello se han separado el uno del otro y dicho yo rudimentario comienza a funcionar. Los actos torpes, en su mayoría desafortunados, pero sin embargo, manifiestamente dirigidos e intencionados que el niño empieza a realizar son los indicadores de este funcionamiento. Desde el principio están al servicio del dominio y la defensa. Las operaciones gobernadas por el yo rudimentario se reflejarán en la coordinación y dirección creciente de la actividad muscular. Freud (1924)²⁹ llamó a este yo rudimentario o yo corporal. Éste se convertirá en una parte de lo que Hartmann (1939) denomina "la esfera del yo libre de conflicto".

Al mismo tiempo podemos observar ya en este precursor arcaico del yo una tendencia a la síntesis. Glover (1933-1943) en su primera formulación habla de un modelo "modelo o prototipo de un núcleo del yo primitivo, autónomamente independiente". Spitz (1974) piensa que en las partes constituyentes del yo, que tienen como prototipo innato funciones fisiológicas, en su mayor parte transmitidas filogenéticamente, así como patrones de conducta innatos. No obstante, Glover (1932) añadió la idea de que desde el principio la psique tiene una función sintética que opera con fuerza progresivamente creciente respecto a la función sintética de la psique, a saber, a los tres meses. Spitz está convencido de que la transición de lo somático a lo psicológico es sin interrupción y que por eso los prototipos de los núcleos psíquicos del yo han de encontrarse en las funciones fisiológicas y en la conducta psomática.

Estos prototipos del núcleo del yo, más o menos autónomos al nacer, servirán al neonato subsecuente en sus intercambios preobjetuales con la madre. En el curso de tales interacciones serán modificados como un resultado del investimento catéxico, dotándoles de contenido psíquico y transformándolos en núcleos psíquicos del yo.

A los tres meses se produce un paso integrativamente primordial, que hace que se junten muchos de los núcleos desunidos del yo en una estructura de un orden superior de complejidad, y que formen el yo rudimentario.

Mientras es él mismo el producto de las fuerzas integradoras que actúan en la materia viviente, el yo a su vez se ha convertido en el centro gravitatorio de la organización, la coordinación y la integración. Ese poder gravitatorio crece exponencialmente en función del número creciente de núcleos del yo que logran integrarse a su estructura.

Los núcleos del yo aislados, relativamente impotentes al principio, cuando actúan en sentido contrario, se convertirán en una fuerza siempre creciente al trabajar unidos en la misma dirección, completándose, apoyándose y reforzándose mutuamente.

Al nacer, la situación del sensorium, no catexiado, constituye la barrera contra el estímulo Spitz (1955)⁶⁰. De esto se sigue que la maduración progresiva de los caminos neurales como la catexia creciente de la representación central de los receptores sensoriales harán que baje gradualmente este umbral protector contra la percepción exterior. En consecuencia el proceso catéxico puesto en movimiento a través de la actividad de los núcleos del yo, lleva en su síntesis, dando como resultado un yo rudimentario; es decir, una organización dirigida centralmente. Este yo rudimentario remplazará ahora a la burda protección del umbral de la barrera contra los estímulos, con un procedimiento selectivo, superior y más flexible, de los estímulos que lleguen.

Las cargas energéticas, evocadas por esos estímulos que llegan, pueden ahora fraccionarse, distribuyéndose entre los varios sistemas de rastros mnémicos almacenados; o, como también puede ser el caso, descargarse en forma de acción directa, no ya como una excitación difusa al azar. La capacidad para la acción dirigida lleva al infante al desarrollo rápidamente progresivo de una diversidad de sistemas del yo, empezando por el yo corporal, al que se añaden otros posteriormente. La acción dirigida, propiamente dicha, se convierte no sólo en una válvula de escape para la descarga de la energía libidinal y agresiva, sino también en un dispositivo para adquirir dominio y control por medio de la psique, acelerando así el desarrollo. En la bibliografía psicoanalítica, esta función de la actividad dirigida, de las acciones como tales, al estimular el desarrollo durante el primer año de vida, no ha sido debidamente apreciada. Se habla con bastante frecuencia sobre el impulso agresivo; pero es raro que se diga claramente que este impulso agresivo no está limitado a la hostilidad. Ciertamente, la parte más amplia y con mucho más importancia del impulso agresivo sirve como motor de todo movimiento de toda actividad, ya sea grande o pequeña y, el último término, de la vida misma. Spitz (1953)⁶⁰.

Esa porción de la agresión que se canaliza en la acción dirigida hacia una meta, tendrá que superar obstáculos, pero también puede encontrar facilidades para encontrar sus fines. La manera en que estos fines sean logrados, determina los patrones de acción que irán emergiendo y su estructura. En proporción con sus éxitos,

tales patrones de acción, serán preferidos a la descarga de la agresión al azar; posteriormente esos patrones de acción llevarán a la consolidación de una diversidad de aparatos del yo.

Volviéndose un poco a la respuesta sonriente, que representa la etapa de la no-diferenciación, que es también la de mayor desamparo del recién nacido. Spitz (1974) considera que es desamparo es una de las causas de la plasticidad de la psique infantil. Otra es la ausencia al menos en los primeros seis meses de vida, de una organización del yo firmemente establecida que funcione con seguridad.

Tras de esta etapa de desamparo y pasividad total de los tres primeros meses, el infante pasa por la otra, durante la cual explora, tantea y amplía el terreno ganado hasta entonces. Este tanteo se efectúa a través de interacciones con el objeto previo. No quiere decir esto que estas interacciones se hallaran ausentes anteriormente; pero han adquirido características nuevas, porque el infante ha progresado hacia la actividad dirigida y hacia el acto estructurado. Ahora los patrones de la acción se intercambian entre el niño y el que va a ser objeto libidinal y, en esos intercambios, el infante experimenta y establece los límites de sus capacidades corrientes. Paso a paso amplía las fronteras dentro de cuyos límites transforma la presión de sus impulsos agresivos y libidinales en acciones dirigidas.

Cada etapa transitoria es vulnerable a determinados traumas, pero no en particular a otros. La etapa transicional de los dispositivos nuevos no están dispuestos del todo, y por eso el organismo tiene que valerse de los transferidos de la etapa anterior, aun cuando no sean ya adecuados para las nuevas tareas. El resultado es que el organismo, comprensiblemente será más vulnerable que en cualquier otro periodo precedente o en cualesquiera de los que seguirán.

El yo es esa esfera de la psique que media entre las relaciones con el interior y el exterior, en las transacciones del mundo interno y el medio. Una diversidad de sistemas psíquicos y de aparatos del yo, sirven para el dominio y la defensa; es decir, realizan la descarga de las tensiones innecesarias y hasta dañinas; la exclusión de estímulos inoportunos; la admisión de los deseables; la adaptación a dichos estímulos y su renovación, así como posiblemente otros intercambios en el medio.

Como Freud (1914)³⁰ señala, el recién nacido, no puede contender con los estímulos que llegan y su protección contra ellos es casi automática, debido al alto umbral perceptivo de la barrera contra estímulos. No obstante, cuando los estímulos que vienen son lo suficientemente fuertes, se produce una irrupción de ellos, que puede modificar la personalidad, hasta ahora no diferenciada del infante.

En el trascurso del desarrollo ulterior, como se dijo anteriormente, los comienzos rudimentarios de los constituyentes del yo, surgen en conexión con los primordiums del yo. Por una parte, los núcleos del yo están integrados, por la otra, se produce un descenso progresivo del umbral perceptual. Los estímulos que vienen de fuera empiezan ahora a modificar esta organización rudimentaria de la personalidad. La obligan a reaccionar y a iniciar un proceso formativo. En el trascurso de éste, las

respuestas del infante son de un modo gradual coordinadas e integradas en una estructura holgadamente coherente. Este proceso precede a los comienzos del yo rudimentario, al cual incumbirá la tarea de tratar en lo sucesivo con los estímulos surgidos desde afuera y desde dentro. El ulterior desarrollo de la estructura del yo, de su efectividad, de sus reservas de tenacidad y de fortaleza será lento y gradual. En el transcurso de los meses y los años, de intercambio constante, el yo, contendrá con los estímulos que lleguen y los dominará. Cómo un yo dado se estructura y se organiza está determinado por la manera en que los estímulos del medio y del interior son dominados; las experiencias que impregnan la personalidad todavía plástica del infante se emplean para modificar esta misma personalidad. Un proceso gradual sin modificaciones se abrirá aquí.

Las influencias formativas originadas en el medio circundante, es decir, de la madre están dirigidas a esa totalidad viviente, respondente en desarrollo. Las respuestas del infante son suscitadas por la madre, Spitz⁶⁰ usa suscitar, no sólo en el sentido de una intención consciente de la madre, sino más bien en el sentido de la madre como un estímulo siempre cambiante, como una oportunidad, como una cuota ascendente. Dentro del marco de las relaciones de objeto, esas actividades de la madre, que provocan respuestas observables del infante, son las formas más toscas y más fácilmente dotadas del intercambio del estímulo dentro de la diada. Durante el primer año de vida, las experiencias y las acciones intencionales son probablemente las que ejercen aisladamente una influencia más importante en el desarrollo de los diversos sectores de la personalidad del infante. Éste extrae placer del proceso de la descarga de sus impulsos instintuales en forma de acciones. Quiquiera que observa la conducta de un infante se habrá familiarizado con su deleite manifiesto cuando se siente libre de las estrecheces de las ropas con que lo fajan; y el placer del bebé se acrecienta aún más cuando su compañera, la madre, participa de sus regocijos. Su pugna con su compañera es evidente y a medida que pasan las semanas se vuelve cada vez más directa. El éxito acrecienta su placer; y repetirá hasta dominar finalmente la conducta específica que haya tenido éxito. Por el contrario, abandonará las acciones que llevan regularmente al fracaso.

Este es el modo de aprender. Otro factor de reforzamiento más es que aquellos actos del infante que agradan a la madre son favorecidos por ella; y de eso se sigue que sus preferencias tendrán una influencia directa sobre el desarrollo. Si su actitud es maternal y tierna, disfrutará en realidad con todos los actos de su bebé. Spitz (1965)⁶⁰ cree que las facilidades en más amplia medida para las acciones del infante no se las proporcionan los actos conscientes de la madre, sino más bien las actitudes inconscientes de ella.

Esas actitudes proviene de dos orígenes diferentes controles y facilidades. Los controles muestran en el conjunto, una estrecha afinidad con las demandas del superyó de la madre. Las facilidades expresan ampliamente las aspiraciones del ideal del yo de la madre, las facilidades que brinda la madre a las actividades del infante en

su desarrollo. El primero, es una influencia restringente; en tanto que el segundo es liberación, aliento, fuerza progresiva.

Sin duda alguna las demandas del superyó impulsarán también a la madre a alentar las proezas del niño. Las aspiraciones del yo ideal persuadirán para que se niegue esas facilidades a los actos que desaprueba. Mientras que los controles restringen, las facilidades estimulan. Si bien tanto los controles como las facilidades son esenciales para el desarrollo, la proporción en que se aplican ambas depende de la personalidad innata del infante. Los controles así como las facilidades, proporcionados al niño desde el exterior, le capacitarán para desarrollar y establecer sus propios controles, algunos de los cuales llevan a mecanismos de defensa. Los controles y los mecanismos de defensa desarrollados por el niño son los indispensables para que se convierta en un ser social.

Ninguna madre es "una cosa o la otra"; en la vida psíquica no cabe lo blanco blanco y lo negro negro. Lo que se ha tratado de describir son las corrientes contradictorias que actúan en las relaciones que una "madre normal, buena" establece con su hijo.

Sin embargo, hay también madres cuyas personalidades desviadas pueden ejercer una influencia patológica sobre el desarrollo de sus niños.

No debe pasarse por alto que existe un desnivel no sólo de la madre hacia el hijo, sino también otro que va del hijo hacia la madre. La sola existencia de la madre evoca respuestas del bebé. Pero así mismo la existencia y presencia de éste suscita respuestas de la madre. Las relaciones de la madre con su bebé, movilizan todo el arsenal de dispositivos, que le ofrecen los mecanismos de defensa: ella negará, desplazará, volverá en sentido contrario, escotomizará, reprimirá, y su conducta respecto a su actividad "inocente" del bebé variará en consecuencia. La madre prevarica consciente o inconscientemente; dice una cosa y hace otra, y termina con el bien conocido requerimiento que se hace al niño en la escuela: "No hagas lo que yo hago, haz lo que digo". Spitz (1952)⁶⁰.

Freud (1924)²⁹ llamó a esta dualidad una "masa de dos". Las relaciones de esta diada son muy especiales. Se trata de una relación que en cierta medida está aislada del medio circundante y que se mantiene mediante lazos afectivos extraordinariamente poderosos.

¿Una buena madre adivina las necesidades de su bebé, le comprende cuando llora y balbucea? Se habla de la intuición maternal, de la inteligencia maternal y de la experiencia materna; pero en lo esencial se sabe poco de lo que acontece en la madre a este respecto. Nos enfrentamos con una conciencia y sensibilidad elevadas de las cuales el ejemplo mejor es probablemente lo que Freud (1900) describió como "el sueño de la nodriza"; un tipo de sensibilidad que permite a la madre dormir tranquilamente en medio de los ruidos del tránsito metropolitano, pero que la despierta el más leve quejido de su bebé. Se ha de suponer que allí se hace un proceso de identificación selectivo y de gran alcance.

La contrapartida de la capacidad materna para la empatía es la percepción por el bebé de los humores de la madre, de los deseos conscientes así como de los inconscientes de ella. Pues si es cierto que se amolda a los deseos de su madre, es preciso que primero los perciba. Y al percibirlos resulta archievidente que el canal de la comunicación que va del hijo a la madre ha de tener su contrapartida en uno similar que va de la madre al hijo.

Al hablar de un esfuerzo para descargar un impulso dándole suelta por los caminos motores, Freud trata del proceso de la descarga que se hace necesario como resultado de los estímulos originados en el interior del cuerpo. El ejemplo que utiliza para ilustrar su tesis es la necesidad de alimento. Explica, cómo con el fin de eliminar la tensión del hambre, ha de efectuarse un cambio en el mundo exterior, pero que el recién nacido es impotente y no puede lograrlo. Esta descarga no puede aliviar de un modo permanente la tensión. El estímulo se eliminará sólo mediante la intervención específica. Que venga del exterior, como es la de proporcionar alimento al recién nacido. Es necesaria la ayuda exterior y ésta se logra atrayendo la atención de un individuo del medio circundante, con las manifestaciones de descargas no específicas al azar, como los chillidos, la actividad muscular difusa, etc. "Así el camino de la descarga adquiere una función secundaria extraordinariamente importante, la de llevar a cabo una comprensión con otra persona: y el desamparo original de los seres humanos es así el origen primario de toda motivación moral".

La intuición en la naturaleza de la comunicación en la etapa preverbal entre madre e hijo es extraordinariamente importante desde el punto de vista teórico, terapéutico y profiláctico.

Hablando de la comunicación animal y humana, Bierens de Haan (1929) distinguió el lenguaje animal, denominándolo "egocéntrico" y al lenguaje humano aloecéntrico. Para este autor el término "egocéntrico" no tiene nada en común con el concepto psicológico del yo (ego). Como Piaget, expresa con el término "egocéntrico", quiere decir que no está dirigido a otro animal, sino que es la expresión de un proceso interno. En el neonato, donde el yo no existe, se da la misma situación. Sus vocalizaciones son la expresión de poderosos procesos internos y no están dirigidas a nadie.

En el desarrollo del lenguaje humano, esta forma primitiva de comunicación representa esa porción filogenéticamente determinada que todos poseemos al nacer ya, en forma de Anlage. Posteriormente, un desarrollo específicamente humano será injertado en ese Anlage filogenético. El injerto ontológico consistirá en la comunicación aloecéntrica, dirigida, volitiva, que actuará por la vía semántica de los signos y señales. Su realización superior será el desarrollo de la función simbólica.

Como se ha hecho notar estas formas de comunicación tienen características expresivas, son originadas por afectos y no están dirigidas. En la comunicación de la madre y el hijo, existe una desigualdad notable en los medios de comunicación. Durante algún tiempo el mensaje que procede al infante, al menos durante los primeros meses de vida, consta de signos y nada más que de signos; los mensajes

originados en la pareja adulta del infante son señales dirigidas volitivamente y percibidas como tales por el infante.

El sensorium desempeña un papel minúsculo en la recepción cenestésica; por el contrario la percepción tiene lugar en el nivel de la sensibilidad profunda en términos totalistas, en el sentido de todo o nada. Las respuestas a la recepción cenestésica son también respuestas totalistas, por ejemplo, las viscerales Spitz (1945). Esta recepción y las respuestas correspondientes son evocadas por las señales y los estímulos. El sistema cenestésico responde a las señales no verbales, no dirigidas, expresivas; el modo de comunicación resultante está en nivel de la comunicación animal "egocéntrica".

Los signos y señales que llegan y que son percibidos por el infante en los primeros meses de vida pertenecen: al equilibrio y la tensión, postura, temperatura, vibración, contacto cutáneo y corporal, ritmo, tiempo, duración, diapasón, tono, resonancia, rechinar y probablemente de buen número de otras, de las cuales el adulto difícilmente se percata y ciertamente no puede verbalizar.

Para el niño las señales cenestésicas originadas en el clima afectivo de la relación entre madre e hijo son evidentemente los medios normales, naturales de comunicación, a los que responde él con una reacción totalista. Y la madre, a su vez, percibe las respuestas totales del infante de la misma manera.

Ya se hizo referencia a la sensibilidad casi telepática de la madre en relación con su hijo. En la opinión de Spitz (1965)⁶⁰ durante el embarazo y durante el periodo que sigue inmediatamente al parto, las madres activan su capacidad potencial para la respuesta cenestésica. Indudablemente se producen una serie de procesos regresivos en el trascurso de la preñez, del parto y de la lactancia Benedek (1952,1956). Spitz (1955,1957) está convencido de que una madre que cría percibe señales de las que nosotros no nos percatamos.

Las señales afectivas generadas por la disposición de ánimo maternal se convierten en una forma de comunicación con el infante. Esos intercambios entre la madre y el niño prosiguen ininterrumpidamente, sin que la madre necesariamente se percate de ellos. Tal modo de comunicación entre madre e hijo ejerce una presión constante que conforma la psique infantil. No que esa presión produzca nada de carácter no placentero para el infante. Se habla de "presión" solamente porque las palabras para expresar esos intercambios tan extraordinariamente sutiles e intangibles no han sido jamás acuñadas. Es un proceso del cual sólo son aprehensibles las manifestaciones más superficiales. La presión y el aflojamiento alternan y se combinan para influir ahora una función, luego otra, entre aquellas que se expanden con la maduración, retardando unas, facilitando otras. Las manifestaciones afectivas son los indicadores del cambio catéxico; esto aporta la motivación que activa las motivaciones de la psique. En la infancia los afectos desempeñan el mismo papel, para la finalidad de la comunicación, que el proceso secundario en las personas mayores.

Puesto que la experiencia afectiva, en el marco de las relaciones madre e hijo actúa durante el primer año de vida como un tractor roturador para el desarrollo de todos los otros sectores, se deduce que el establecimiento del precursor del objeto libidinal inicia también el comienzo de la racionalidad con las "cosas". Después de que el infante se haya vuelto capaz de percibir y responder con seguridad al rostro humano, necesitará todavía otros dos meses para lograr reconocer el biberón, que sin duda es la "cosa" más familiar. Lo ve, lo palpa varias veces al día y, además obtiene de él una satisfacción de la necesidad. No obstante reconoce el biberón mucho después que el rostro humano.

Las realizaciones del hombre se hicieron posibles cuando la posición erecta dejó en libertad sus manos, facilitando grandemente los intercambios sociales, pues al mismo tiempo quedaban la boca y la región oral libres para la comunicación (Freud 1930, Bel 1833, Spitz y Wolf, 1946)

El desarrollo afectivo no se limita a los afectos de placer o a las *Gestalten* signo, prometedoras de la satisfacción de la necesidad, como la cara de la madre. Los afectos no placenteros desempeñan un papel de igual importancia.

Alrededor del sexto mes, la especificación de la respuesta sonriente y de la respuesta de desagrado se hacen más señaladas y se extienden a un número creciente de estímulos, incluyendo aquéllos conectados con "cosas". Ahora el niño llorará, no sólo cuando lo deja su compañera de juego, sino cuando también le quitan su juguete.

Estos son dos excepciones en la aparición del preobjeto, que precede a la satisfacción y la respuesta sonriente que le sigue; la otra es la separación de su pareja, iniciando frustraciones expresadas por el llanto. Esencialmente la eficacia de estas dos experiencias reside en su interacción de la satisfacción y de la frustración que se repiten en un marco idéntico de hechos externos dados, cada día y muchas veces al día.

Los procesos de descarga y sus indicadores, los afectos, pertenecen a la región del funcionamiento cenestésico. La percepción cenestésica extensiva, investida afectivamente, es el único puente sobre el cual un recién nacido puede avanzar hacia la percepción diacrítica intensiva y lograrla.

Privar al infante de afecto de displacer, durante el trascurso del primer año de vida, es tan dañino como privarle del afecto del placer. El papel de ambos es de igual importancia en la formación del aparato psíquico y de la personalidad. Dejar inactivo a cualquiera de estos afectos trastornará el equilibrio del desarrollo. Ésta es la razón de que lleve a resultados tan deplorables educar a los niños de acuerdo con la doctrina de un consentimiento incondicional. La importancia de la frustración para el progreso del desarrollo no puede ser sobrestimada, después de todo la naturaleza misma lo impone.

En primer lugar estamos sujetos a la frustración formidable de la asfixia al nacer, Rank (1924) que obliga a remplazar la circulación fetal por la respiración pulmonar. Las reiteradas e insistentes frustraciones de la sed y el hambre seguirán a

aquella; éstas obligarán al infante a volverse activo, a buscar y a incorporar el alimento (en lugar de recibirlo pasivamente por el cordón umbilical) y a activar y desarrollar la percepción. El siguiente paso importante es el destete, que impone la separación de la madre y acrecienta la proporción de autonomía; y así sigue paso a paso.

La frustración va implícita en el desarrollo, ¿qué hace imaginar que se le puede evitar al niño la frustración?, es el catalizador más potente de la evolución con que cuenta la naturaleza.

Para el bienestar del infante se requiere la frustración. La afirmación de Freud, citada arriba, muestra uno de los papeles del afecto del displacer al lograr la comprobación de la realidad; y la comprobación de la realidad es de vital importancia para el yo. Sin el displacer, sin esa proporción de frustración, que sería adecuada a la edad, no es posible ningún desarrollo satisfactorio del yo.

Hablando de frustración no es esa de pegar a los niños; sino a esas frustraciones que vienen naturalmente al criar un infante y que sólo pueden ser evitadas con una tolerancia nada razonable. Al tratar con esas frustraciones reiteradas, el infante logra una proporción creciente de independencia en el curso de los seis primeros meses y se torna crecientemente activo en sus relaciones con el mundo exterior, animado e inanimado.

Empiezan a aparecer unos cuantos matices, que remplazan el tono negativo de excitación generalizada, trasformando las simples manifestaciones de desagrado en algo semejante a dos o tres signos "codificados". Visto desde el lado de la madre, esto es ya el comienzo de la comunicación más sencilla. Visto desde el lado del niño, es aún un indicio de incomodidad, es todavía una demanda de ayuda; permanece en el nivel expresivo, aun cuando esas manifestaciones se hayan vuelto ahora volitivas y articuladas. Desde ese momento, el medio circundante ha aprendido a distinguir cuando el niño tiene hambre, cuando le duele el vientre y cuando expresa el deseo de que le entretengan.

Antes de esto, el niño reaccionaba de manera arcaica, con un reflejo, a las sensaciones venidas desde dentro o a los estímulos venidos desde el medio. Ahora el infante puede enviar señales, volitivas y deliberadas, a las cuales el medio responde, más o menos seguramente, satisfaciendo sus necesidades. La expresión activa de las necesidades del niño, va seguida en estrecha secuencia temporal por la satisfacción procedente del medio. Esta secuencia es la misma que opera en el reflejo condicionado; pero la capacidad de establecer el reflejo condicionado se basa probablemente en caminos neurofisiológicos innatos.

Ahora es el sujeto, el niño, el que hace la sugerencia, por medio de sus gritos de hambre, y es el otro, el medio, quien responde; es el medio quien será condicionado por el infante.

Esto se repite, por eso las dos partes que constituyen la experiencia, el grito de hambre y la satisfacción que le sigue, quedan vinculados en el recuerdo del infante.

Mediante este proceso, de atraer la ayuda de la madre, para que atienda sus necesidades, mediante los gritos. El ser humano experimenta por vez primera una respuesta en relación a su propio acto. Por supuesto se trata sólo del precursor, no del principio de causalidad propiamente dicho.

Ahora el niño puede influir el medio para aliviar su incomodidad; en una etapa un tanto posterior, aprende también a influir su medio para que le ofrezca la satisfacción deseada. Aquí tenemos la transición desde la etapa de la manifestación pura de lo que se siente a la etapa de petición de lo que se desea.

La organización del yo se habrá enriquecido ahora con aportaciones de una diversidad de fuentes; se volverá estructurada y se establecerán límites entre el yo y el ello, de un lado, y el yo y el mundo exterior del otro. Este enriquecimiento del yo se logra en la medida que más y más aparatos del yo se convierten en unidades funcionales. En la primera infancia mucho de lo que de una manera imprecisa denominamos relaciones de objeto se producen en estos intercambios de acción con efectos múltiples, entre los cuales está la creación de las fronteras entre el yo y el ello, y la realidad, el yo y el no yo y el sí mismo.

Aproximadamente después de los ocho meses y dependientes de los cambios de desarrollo, puede observarse la iniciación de algunos de los mecanismos de defensa del yo. En sus comienzos estos mecanismos sirven primordialmente a la adaptación, más bien que a la defensa en el sentido estricto del término. Pero con el establecimiento del objeto y el comienzo de la ideación, cambian sus funciones. Una vez que el objeto ha quedado establecido y que los impulsos agresivo y libidinal se fusionan, algunos de los mecanismos de defensa, en particular la identificación, adquieren la función que tendrán al servicio del adulto.

Al nacer, sin embargo, y durante la etapa narcisista que sigue al nacimiento, los impulsos no están todavía diferenciados entre sí; se diferenciarán a través de un proceso de desarrollo gradual. Spitz (1953)⁶⁰.

Los impulsos libidinales y agresivos se diferencian entre sí en el transcurso de los tres primeros meses de vida como resultado de los intercambios que se efectúan entre madre e hijo. Al principio estos intercambios se producen en forma de experiencias separadas, desconectadas, en el sector específico de cada uno de los impulsos y no se funden o conectan el uno con el otro.

En los meses siguientes el desarrollo avanza paso a paso, desde la etapa preobjetual a la etapa de las verdaderas relaciones de objeto. Tanto durante la etapa narcisista como durante la transitoria, los impulsos "se apoyan" en la satisfacción de las necesidades orales del infante. Freud designó la relación engendrada de esta estructura de los impulsos con el nombre de "sujeción anaclítica" Freud (1905, 1914)³². La madre es la persona que satisface los deseos orales del infante; ella se convierte en el blanco de los impulsos agresivos y libidinales del infante. Ese blanco, la madre, no es aún percibido como persona unificada, permanente, inalterable o más bien como "objeto libidinal".

El infante tiene dos objetos: el objeto malo, contra el cual está dirigida la agresión, y el objeto bueno, hacia el cual se vuelve la libido. Con Abraham (1927)² podemos denominar a ese periodo la etapa preambivalente.

Al principio de esta etapa transicional, emerge un yo rudimentario, que actúa al como un aparato central coordinador de gobierno. Este yo rudimentario permite, sin embargo, descargar un impulso en forma de acción dirigida. Estas acciones dirigidas, este funcionamiento mismo, producirá progresivamente la diferenciación de los impulsos entre sí. Debido al funcionamiento del yo en desarrollo, el niño aprende a distinguir entre el objeto "malo" que se niega a satisfacer sus necesidades y contra el cual está dirigida su agresión, y el objeto bueno, que satisface sus necesidades y hacia el cual está dirigida su libido.

Como ya se dijo antes los intercambios que tiene el hijo con la madre. Finalmente, de esto resulta la fusión de las imágenes de los dos preobjetos: "la madre buena" y la "madre mala". Surge una sola madre, el objeto libidinal propiamente dicho.

Este proceso puede también ser expresado en términos de los sistemas mnémicos del yo. Una cadena interminable de intercambios de acción con la madre deposita un número creciente de huella mnémicas, primordialmente perceptos de los papeles cambiantes de la madre. Al mismo tiempo, quizá también como resultado de este mismo proceso, se acrecienta la retentividad de la memoria del infante, hecho que puede demostrarse experimentalmente (Hetzer y Wislitzky, 1930). Llega un momento en que la madre, como unidad, como una persona "total", cesa de ser percibida sólo como un elemento de la situación específica en que ella es experimentada. Se debe a esta determinación situacional del percepto que una y la misma persona sea percibida por el infante como una serie de personas diferentes o más bien de perceptos.

El percepto "madre" se vuelve único, ya no será equiparado con ninguna otra persona que desempeñe su papel en situaciones idénticas. De ahora en adelante, la persona de la madre atraerá hacia sí los impulsos agresivos del infante, así como sus impulsos libidinales. La fusión de los dos impulsos y la fusión del objeto bueno y el malo en uno, a saber: el objeto libidinal, son, por lo tanto, las dos facetas de uno y el mismo proceso. Los aspectos "buenos" de la madre sobrepasan desmesuradamente el peso de los aspectos "malos". Y del mismo modo el impulso libidinal del niño sobrepasa el impulso agresivo, pues un impulso libidinal está proporcionado a sus necesidades. Un buen objeto parece predominar en esta fusión, a lo que se debe, probablemente, que al objeto libidinal se le denomina también objeto amoroso.

Ahora que los dos impulsos están dirigidos hacia un solo objeto, emocionalmente catexiado con más fuerza, objeto del que podemos hablar como del establecimiento del objeto libidinal propiamente dicho y de la iniciación de las verdaderas relaciones de objeto.

La sensación de cómo, en el curso de la fusión progresiva de los dos impulsos instintuales, la recompensa ofrecida por el "objeto bueno" puede servir como una

compensación de las fechorías del "objeto malo". A su vez estas compensaciones capacitarán al infante para resistir frustraciones mayores; tanto a lo que se refiere a la cantidad de dichas frustraciones como con respecto a su duración. Lo que es de vital importancia es que en último término la capacidad para tolerar la frustración es el origen del principio de realidad. Este principio es la formulación de una función de rodeo; la satisfacción inmediata del impulso ha de ser desplazada, de modo que, al posponerla, se pueda lograr posteriormente una satisfacción más adecuada Freud (1916-1917; también 1895, 1900,1911). Esta capacidad para dejar en suspenso la satisfacción del impulso, para soportar un aplazamiento de la descarga de la tensión, para renunciar a un placer inmediato o acaso incierto, con el fin de lograr este placer como seguro y posterior, es un paso decisivo en la humanización del hombre. Él hace posible progresar de la recepción interna a la percepción externa; de la percepción "pasiva" a la descarga motora en forma de acción, dando como resultado la alteración de la realidad de modo apropiado activamente, es decir, la adaptación aloplástica.

El paso siguiente, al refrenar la descarga motora, proporciona el aplazamiento requerido para un proceso tan complejo como el de pensar y juzgar. El pensamiento permite una regulación de los impulsos, canalizando su descarga en actos volitivamente dirigidos. De aquí que la descarga dirigida de la agresión sea posible, garantizando un aumento de placer. Haciendo que el aplazamiento no sólo sea soportable sino recompensador. Esto hace comprensible porque Katherine Wolf observaba tan sensitivamente que "las relaciones de objeto normales con la madre son un prerrequisito para la capacidad del infante de relacionarse con las cosas y dominarlas". Por último, muestra una vez más lo indispensable que es para el infante el logro de la fusión de los impulsos agresivos y libidinales, al ser capaz de descargarlos sobre una sola persona, la madre.

Lo "normal", por supuesto, es una construcción ideológica, que difícilmente se encuentra en la vida real. La madre obtiene de su hijo satisfacciones para el ello, el yo y el superyó. La satisfacción que cualquier madre puede obtener de sus relaciones con el hijo está determinada por numerosos elementos: a) a través de los elementos constitutivos de su personalidad; b) a través de la transformación que esos elementos constitutivos han sufrido hasta el momento en que ha parido a su hijo; c) de la manera en que ese hijo determinado, en virtud de su equipamiento congénito, tiene la capacidad de efectuar la síntesis de esos diversos elementos en la personalidad de la madre, así como de encajar las circunstancias de la realidad exterior.

En el nivel más primitivo donde aún no funciona un yo, las relaciones satisfactorias necesitarán de satisfacciones más cercanas a lo fisiológico que a lo psicológico. Esas satisfacciones brindan al infante la seguridad, proveen lo preciso para la descarga de la tensión de la necesidad y, como puede ser también el caso, el alivio de la tensión ingrata. Tras el surgimiento del yo, las satisfacciones requeridas por el infante pueden satisfacerse sólo con relaciones que progresivamente se hacen más variadas y complejas. Las respuestas maternas a los actos del infante facilitan y

hacen posible la integración del proceso de maduración del infante. Provocan una complejidad creciente en la estructura del yo del niño y llevan a la formación de múltiples sistemas. Al mismo tiempo, esta complejidad creciente del yo, amplía el espectro de las satisfacciones que el niño ahora demanda de las relaciones de objeto.

La misma perfección de una relación entre dos seres tan íntimamente armonizados entre sí y unidos por tantos lazos tangibles e intangibles, lleva consigo la posibilidad de graves perturbaciones si esa armonía falta. Y ni siquiera es preciso la desarmonía entre ellos. Basta con que uno de los componentes de la diada (y que será la mayor de las veces la madre) se encuentre en desarmonía con su medio. Su influencia modeladora hace inevitable que su propia discordancia se refleje en el desarrollo del infante y además se refleja, como un espejo de aumento.

En la relación madre e hijo. Aquella es la parte activa y dominante. El niño, al menos en los comienzos, es el recipiente pasivo. Esto nos lleva a nuestra primera proposición: las perturbaciones de la personalidad maternal se reflejarán en perturbaciones del infante. Si limitamos las influencias psicológicas que se vuelven efectivas durante la infancia a la relación madre-hijo, obtendremos una segunda hipótesis en la infancia, las influencias dañinas son la consecuencia de relaciones insatisfactorias entre la madre y el hijo.

Donde prevalezcan relaciones madre-hijo incorrectas, la personalidad de la madre es incapaz de ofrecer al niño una relación normal, o que por razones de su personalidad, la madre es compelida a perturbar la relación normal que ésta debe de mantener de ordinario con su hijo. La personalidad materna actúa como agente provocador de la enfermedad, como una toxina psicológica.

Privar a los infantes, en el primer año de vida, de las relaciones de objeto es un factor dañino de importancia que lleva a graves perturbaciones emocionales. Tales infantes presentan un cuadro clínico impresionante; dan la impresión de haber sido privados de cierto elemento vital para la supervivencia. Cuando se priva a los infantes de sus relaciones con las madres, sin ofrecerles un sustituto adecuado, que el niño, pueda aceptar, se les priva de los suministros libidinales. En el caso de la privación parcial, obtienen ese suministro insuficientemente. Ninguna de estas consecuencias de la deficiencia emocional se refiere, por supuesto, sólo a la deficiencia de suministro libidinal; han de proporcionarse al infante alimento, higiene, calor, etc., pues de lo contrario moriría.

El niño como afirma Freud y como ya lo hemos mencionado de diferentes maneras nace desamparado; está en la etapa primaria narcisista, el modo de existencia más arcaico conocido por el hombre. Esta modalidad arcaica de existir evoluciona lentamente en los diversos modos de la conducta oral, de un modo gradual se integra en patrones de conducta asociados con lo que se conoce en psicoanálisis como la etapa oral. En ese periodo arcaico, los contactos del infante con el medio circundante acaban sólo de transferirse del cordón umbilical a la boca y de cambiar de la transfusión a la incorporación. Es completamente lógico que los síntomas manifiestos de las

perturbaciones del niño, se expresen a través de síntomas orales, como una parálisis de la incorporación durante los primeros días de vida. . . y como el vómito en una etapa un poco más avanzada.

Durante la primera infancia el órgano principal de descarga es la boca. David Levy (1934) demostró la necesidad de esta descarga mediante experimento con perros y observaciones en niños. Cuando no podían chupar el pezón en periodos adecuados (porque la leche mana libremente y sale demasiado deprisa), tienen la tendencia a remplazar esta cantidad insuficiente de descarga succionando con más frecuencia en las partes de su propio cuerpo que están a su alcance, pueden ser sus propios dedos. Se distinguen dos funciones en el amamantamiento: la ingestión de alimento como tal,, que satisface y sacia el hambre y la sed simultáneamente. Y la descarga de tensión o, la satisfacción de la mucosa oral mediante las actividades de los labios, la lengua, el paladar y el espacio laringofaríngeo, durante el acto de mamar. Spitz se ha ocupado detalladamente (1955, 1957) de las implicaciones de esta última forma de descarga de la tensión sirve para el desarrollo general y para la organización de la psique en particular. No hay que decir que la tensión descargada mediante la actividad oral no se origina en la zona oral misma, sino que proviene de la tensión general libidinal existente en el recién nacido.

Jensen (1932), demostró inmediatamente después del nacimiento, toda estimulación, en cualquier parte del cuerpo, tiene como respuesta el reflejo de succionar. A todo esto el recién nacido responde en una mayoría significativa de casos con la respuesta succionante. Es lícito llegar a la conclusión de que durante las primeras semanas de vida, la elevación de la tensión se descargará mediante la actividad oral.

Por otro lado, una madre excesivamente preocupada es menos capaz de distinguir si el niño tiene realmente hambre, o si grita por otras razones, que no una madre con menos sentimientos de culpabilidad, en consecuencia, ella responde a los gritos del infante alimentándolo.

Cabe suponer que a los tres meses, hasta las madres con sentimientos de culpabilidad o inexpertas se cansarán del sacrificio constante requerido por la autodemanda exagerada. O acaso aprenderán a interpretar un poco mejor los gritos y vocalizaciones de sus infantes, renunciando a toda interpretación demasiado ingenua de las demandas del niño.

Y cuando el infante logra descargar la tensión impulsiva por otros medios que no son el oral, sus demandas vocales sobre la madre disminuyen; y así se romperá el círculo vicioso de la tensión resultante del amamantamiento por autodemanda y de la autodemanda que lleva al cólico del tercer mes.

En los diferentes niveles de desarrollo (el anterior a la iniciación del yo y el otro después de ella) las leyes de la función psíquica son completamente diferentes. El cólico del tercer mes, se produce durante el primer periodo transitorio, que va desde lo puramente somático al nacer hasta la iniciación del funcionamiento psíquico,

señalado por el indicador del primer organizador, empieza el segundo periodo de transición, en el curso del cual se separa la función somática de la función psíquica.

Existen diferentes resultados, por ejemplo las madres angustiadas que no tocan a sus hijos durante los primeros seis meses, en la etapa narcisista primaria, harán que sea difícil la identificación primaria.

La identificación primaria, es una construcción ideológica de la teoría psicoanalítica referente al estado de no diferenciación, en el cual no hay diferencias en el infante mismo y tampoco es éste capaz de distinguir entre lo de fuera y lo de dentro, entre el yo y el no yo. La descripción mejor de tal estado sería decir que es la carencia no sólo de una estructura psíquica, sino también de fronteras entre lo psíquico y lo somático, es señalar los aspectos incorporativos que se deben a la falta de límites, pero que no se refiere a otros aspectos del estado de no identificación.

La idea de la omnipotencia infantil encaja bien, cuando sus necesidades le obligan a chillar o a retorcerse, su necesidad es satisfecha tarde o temprano. No tiene razón alguna para creer que no es obra suya, que el alimento que le apacigua no ha sido producido por su agitación.

La identificación primaria, pues, consiste en que experimenta el infante todo lo que en su medio le permite satisfacer la necesidad como parte de su propia persona, de su propio cuerpo, fuera del cual no existe nada.

La identificación primaria, en consecuencia, es difícil con esas madres angustiadas que rehusan a sus hijos la satisfacción de la necesidad inherente a ser tocado. Restringen las ocasiones para la identificación primaria, al rehusar las experiencias táctiles. Sin embargo, si el infante ha de diferenciarse él mismo de su madre, estas identificaciones primarias táctiles o de otro género, han de ser experimentadas, seccionadas y superadas. La movilidad de la acción dirigida primero y la locomoción después, son los artificios del niño para tratar con la identificación primaria y lograr la diferenciación. Al lograr diferenciarse de la madre, el infante puede formar esas identificaciones secundarias que facilitan el camino para la autonomía y la dependencia.

Tratando de perfeccionar el concepto de Mahler (1957, 1960) del "proceso de separación-individuación" podríamos decir que el camino hacia la individuación pasa a través de las identificaciones secundarias. Pues el niño ha de adquirir las técnicas de la madre de cuidar de él, de velar por él (esto sólo puede hacerlo mediante la identificación) antes de que sea capaz de separarse a sí mismo de ella y convertirse en un individuo independiente.

La madre hace difícil la identificación primaria al rehusar la experiencia táctil, obstruye dos logros importantes del desarrollo: el de la formación del yo y el de las identificaciones secundarias, Spitz (1957).

Dentro de los procesos psicodinámicos, en el curso del desarrollo, los impulsos agresivos y libidinales se descargan en la estructura de la interacción física entre la madre y el hijo. Fundamentando estas interacciones diádicas están los procesos

dinámicos que implican desplazamientos catéxicos. Entre otras cosas estos llevan a las identificaciones secundarias del niño. La adecuación de la edad, de los impulsos libidinales y agresivos no está fácilmente al alcance de los niños que padezcan eczema infantil, sus madres no les ofrecen oportunidades suficientes para tales descargas. Especular acerca de si el eczema infantil, no es un símbolo autoplástico, que reemplaza al ineficaz proceso de desarrollo de la descarga aloplástica seguida de la identificación autoplástica. Dos factores en la etiología del eczema: uno es el factor congénito del reflejo de excitabilidad cutánea del niño; el otro, el factor del medio, de la personalidad angustiosa infantil de la madre.

Normalmente el niño adquiere su yo rudimentario en los múltiples intercambios con la madre, en el curso de los cuales organiza progresivamente sus respuestas a las señales firmes que vienen de ella.

Las sugerencias ofrecidas al niño por la madre, se alinean en una amplia escala de necesidades afectivas y de situaciones coloreadas con muchos matices afectivos. Estas señales se originan en la actitud afectuosa de la madre. Aun cuando éstas sean apenas perceptibles para el observador adulto, dichas señales sirven para suscitar respuestas anticipatorias afectivas en el niño.

De los niños atacados por eczema se demostró que las madres ofrecían a sus niños solamente señales poco estables y de escasa confianza. La exploración psiquiátrica de la personalidad de esas madres y sus pruebas Rorschach revelaron una inadecuada integración del yo, así como una cantidad excesiva de angustia inconsciente sin controlar. Esto es un contraste sorprendente en los hallazgos que se hicieron en las 165 madres del grupo control, que mostraron un yo mucho mejor integrado y ninguna indicación de angustia inconsciente en proporción excesiva. La integración inadecuada del yo en las madres de los niños atacados de eczema, hacía particularmente difícil para ellas desarrollar dispositivos para controlar y compensar su angustia inconsciente de una manera durable. Es evidente que en esta dificultad radican las señales afectivas caóticas que ofrecen a sus vástagos. Spitz 1965,19.

Anna Freud y Dorothy Burlingham han observado (1943) que en los tiempos de guerra, que semejantes angustias afectan al niño del modo más vital, sus observaciones probaron que los infantes de menos de tres años no se tornaban angustiados durante el terror de ataques relámpago sobre Londres, si sus madres no empezaban a sentirse angustiadas. Los niños permanecían inafectados por los estímulos externos, hasta que el significado de esos estímulos era transmitido a ellos a través de la actitud afectiva de las madres.

Spitz 1965,19 asegura que un buen ejemplo de cómo actúa este proceso, es el caso de la madre a quien observó un día alimentando a su infante con una expresión de preocupación profunda en el rostro. Evidentemente quería hacer comer demasiado al niño de una vez. Y al mismo tiempo los movimientos de tragar que hacía con su garganta demostraban que estaba identificada con su niño que, por decirlo así, le animaba a tragar, mediante la realización por ella misma de ese acto. Pero en seguida

se tornó claro que su engullir representaba un esfuerzo desesperado por sobreponerse a unas náuseas demasiado fuertes que pronto se hicieron perceptibles en su rostro. El niño, por supuesto, no experimentaba náuseas; era sólo la madre quien las experimentaba, por razones neuróticas propias de ella, al pensar en tragar la leche a fin de terminar pronto; con lo que logró hacer que el pequeño regurgitara, y se aumentara así su propia repugnancia.

Debe de comprenderse que los conflictos se interferirán en todas las relaciones de tales madres con sus bebés. Estos ejemplos son en efecto característicos de niños con eczema. Se enfrentan todo el tiempo, con señales afectivas que provienen de su madre, señales que ostensiblemente parecen corresponder a una situación dada. Pero un momento después, los conflictos inconscientes de ellas se reafirman, la ansiedad aumenta y suprime todas las señales, solo para cambiar una actitud de sobrecompensación de la causa de su angustia, transmitiendo señales contrarias a sus sentimientos; aún cuando en la ocasión siguiente, pueda así mismo exagerar también las señales que sean apropiadas a sus verdaderos sentimientos.

Lo que trasmite no es ni consecuente con su actitud íntima, ni corresponde a sus actos con respecto al niño. Aquello que expresa no depende de sus relaciones conscientes y ni siquiera de sus relaciones inconscientes con su niño, sino más bien del clima variable de sus sentimientos de culpabilidad inconscientes, de fantasmas de su pasado, que provocan en ella una angustia que no le permite una identificación verdadera con su hijo. Por eso evita particularmente las formas más elementales de identificación, que son las del inmediato contacto físico afectivo. Spitz, 1965.

Sus mensajes no son señales, sino sólo signos o síntomas. Para el adulto, para el psicoanalista, éstos pueden ser significativos. Como hitos en el camino del desarrollo normal, carecen de significación para el niño.

En consecuencia las relaciones de objeto formadas en respuesta a las señales ambiguas e inconscientes, se vuelven una cuesta arriba para el hijo. No obstante esas relaciones de objeto formadas, tejiendo la intrincada red de los intercambios entre madre e hijo, son la base de todo aprender afectivo subsecuente, vinculado de modo inseparable con la identificación. Esto significa las relaciones sociales, de una parte, la memoria y la imitación de la otra son influidas.

En resumen, la conducta contradictoria, inconsecuente de la madre, hace que el establecimiento de las relaciones de objeto adecuadas resulte imposible, y detiene al niño en el nivel del narcisismo primitivo, de tal modo que éste se limita a la descarga de su impulso libidinal en forma de cabeceo.

Desde el punto de vista estructural. Durante la primera de estas relaciones, el yo del niño acaba de empezar a ejercer sus funciones de regular el proceso de la descarga impulsiva. Su actividad reguladora está aún más cerca del proceso primario que del proceso secundario.

Los dos juntos, la madre y el hijo, constituyen la diada, y la mayor parte de los actos del infante dependen de su vinculación con las acciones de la madre y de su continuación en ellas. El modo en que esas acciones de la madre y de su continuación amorosamente en su completamiento, o bien obstaculizadas sin ternura, es predicado de la actitud, consciente o inconsciente, de la madre.

Los actos del infante o bien se originan en las acciones de la madre y luego se extienden o bien la situación puede invertirse, siendo los actos del infante los que sirven de cebo a los de la madre, que entonces continuarán y completarán las acción del infante. Durante el primer año, son limitados aquellos actos y actitudes del infante que tienen una procedencia independiente de los actos y actitudes de la madre. Por eso hay que concebir los actos del infante, dentro de la diada, como formando, juntamente con los de la madre, un continuo del cual son una parte. Esta trabazón, que corresponde en parte al concepto de relaciones simbióticas de Benedek (1938) y de Mahler (1952), empieza como identidad de hijo y madre, es decir, como identificación primaria. Pero aún al final del primer año, la diferencia entre hijo y madre dista mucho de ser completa.

Durante la fase simbiótica el infante es absolutamente dependiente del socio simbiótico. La simbiosis tiene un significado bastante diferente para el socio adulto de la unidad dual. La necesidad de la madre por parte del infante es absoluta, mientras que la de la madre es relativa. Aunque es de todos sabido, que la madre, inicialmente en los primeros momentos postparto entra en una simbiosis impotente para ella y el bebé, donde esto más adelante, le dará al hijo una estructura psíquica fuerte. Ya que de lo contrario vendría un estado de marasmo, donde si la madre esta ajena al bebé, a sus necesidades, no lo atiende de manera constante, predecible y empática, la sensación de abandono y desprotección puede llevar a este estado. Spitz (1974) descubrió que en los infantes sometidos a una privación prolongada de aportaciones afectivas, cesan todas las actividades autoeróticas de cualquier género, incluyendo en éstas el chuparse el pulgar. Hablando de un sentido teórico es como si el infante hubiera vuelto a la forma de existencia que tuvo durante la etapa del narcisismo secundario. Se tiene la impresión que en esos niños que padecen el marasmo, la única tarea que corresponde aún al impulso libidinal es asegurar la supervivencia, manteniendo el fuego vacilante de la vida el mayor tiempo posible. Los infantes que padecen el marasmo, fueron privados de la oportunidad de formar relaciones de objeto. En consecuencia, no han sido capaces de dirigir el impulso libidinal y el impulso agresivo sobre uno y el mismo objeto; que es el requisito indispensable para lograr la fusión de ambos. Privados de un objeto en el mundo exterior, los impulsos no fusionados se vuelven contra su propia persona, que aquéllos toman como objeto. La consecuencia de volver contra la propia persona la agresión no fusionada, queda manifiesto en los efectos destructivos de los niños que empeoran, adoptando la forma de marasmo. El retorno del impulso libidinal igualmente no fundido hacia sí mismo, contrarresta esta destrucción; actuando en direcciones semejantes a las del

narcisismo primitivo, el impulso libidinal se gasta en el esfuerzo de asegurar la supervivencia. Spitz (1974) cree que en el estado normal de la fusión de los dos impulsos, la agresión desempeña un papel que es comparable al portador de onda. De ese modo el ímpetu de la agresión hace posible dirigir ambos impulsos hacia el medio circundante. Pero si los impulsos, agresivo y libidinal, no logran la fusión, o también si se ha producido la disolución, la agresividad se vuelve contra la propia persona; y en este caso la libido tampoco puede dirigirse ya hacia el exterior.

Se puede también analizar las vicisitudes de los impulsos después de la pérdida del objeto, a la luz del concepto de la neutralización de Hartmann (1952, 1953, 1955; Kris 1955; Hartmann, Kris y Loewestein, 1949), según el cual la energía instintual puede transformarse en energía neutralizada. La neutralización sin embargo, presupone un cierto nivel de organización del yo, que el infante antes del último trimestre del primer año, si la logra.

Ésta es la etapa en que podemos decir que el infante alcanza el primer nivel de la verdadera organización del yo, la primera estructura del yo integrado, que es enteramente distinta del yo rudimentario no unificado por completo, que hemos postulado en el tercer mes de vida. Hablamos de esos dos niveles de desarrollo del yo, como el primero y el segundo organizador de la psique. El primer paso de importancia en la integración del yo se produce en los meses intermedios que separan al uno del otro. Han de cumplirse ciertas condiciones que permitan al infante pasar con éxito a través de los procesos difíciles y complejos de esta primera etapa de transición importante; es decir, continuar el camino que lleva al segundo organizador de la psique, Spitz (1959).

Es primordialmente, entre esas condiciones, la atmósfera de seguridad, que proporcionan unas relaciones de objetos estables y sólidos. Ha de ser asequible al infante un acceso constante a la descarga libre, en forma de afecto dirigido hacia el objeto libidinal, que lleva a la interacción entre el infante y el objeto.

Después del establecimiento del yo, alrededor del fin del primer año de vida, los precursores de los mecanismos de defensa serán perfeccionados cada vez más. La personalidad del niño empieza a desplegarse y se destacan los rasgos del carácter. En el transcurso de este desarrollo los impulsos (que se han fusionado al establecerse el objeto libidinal) estarán sujetos a muchas vicisitudes más, entre las cuales figura la neutralización, así como canalizar mayores o menores cantidades de cada uno de los impulsos, en la representación psíquica de uno o de otro órgano, de ésta o aquélla actividad, que reflejan el modo zonal particular que acontece estar en ascendencia, Erickson (1950).

El producto de esta experimentación extensiva es una gama de mezclas de impulsos, cuya composición varía tanto cualitativa como cuantitativamente. Al hablar de experimentación con las mezclas de impulsos, sólo una de estas experiencias serán afortunadas al realizar su meta, ya sea ésta lograr la satisfacción o evitar el displacer.

Aquí es donde la neutralización interviene. Pues ésta es predicado del establecimiento del predominio del principio de realidad; el individuo ha de ser capaz de comprender que su meta inmediata puede no ser asequible o puede exigir demasiado displacer. Esta intuición misma exige del niño operaciones mentales, que requieren un nivel de integración del yo, en el que la satisfacción puede ser aplazada y el impulso instintual quedar en suspenso, expresado en los términos de Piaget, esto corresponde a un nivel relativamente avanzado de reversibilidad, que se logra en la cuarta etapa, cuando el infante es capaz de recuperar el juguete escondido tras dos escondites sucesivamente. Un requisito previo más para la capacidad de neutralizar los impulsos es el clima, ya aludido, de la seguridad emocional, que sólo puede lograrse cuando ha sido establecido el objeto libidinal, propiamente dicho (lo que ocurre en el primer año de vida).

Cuando la meta es abandonada, la energía invertida en su consecución buscará una salida, permanecerá sin descargarse y habrá de contender con ella. La excitación al azar y la actividad no coordinada, ya no es por completo sintónica del yo para el niño de un año, sobre todo cuando la continuación de unas buenas y sólidas relaciones de objeto ofrecen la cantidad mayor de satisfacción. Sin duda el reinado del yo, no está tan firmemente establecido, como para excluir los arrebatos temperamentales. Pero de hecho éstos son raros en el infante con buenas y satisfactorias relaciones de objeto. Por el contrario, se desarrollan nuevos dispositivos para tratar con esa energía sin descargar. En el nivel consciente, la compensación será aceptada. En el sector inconsciente del yo, los mecanismos de defensa se habrán desarrollado y se hará posible la neutralización del impulso.

A la luz de estas consideraciones, Spitz (1974) propone que la neutralización desempeñe en el sector de los impulsos un papel comparable al del principio de realidad en el sector de la acción. Antes de que la neutralización sea asequible, los impulsos instintuales no fusionados llevarán a la destrucción, ya sea del objeto o del sujeto, sino de ambos. Pero cuando pueden ser neutralizados, la energía impulsiva será mantenida en suspenso, en espera de una oportunidad más favorable para el uso de la energía neutralizada en el logro de una aspiración sintónica del yo. La neutralización del impulso representa así una función de rodeo, exactamente lo mismo que el principio de realidad.

La neutralización del impulso sirve a la función de defensa. Por lo tanto, puede añadirse a la lista de los mecanismos defensivos: el principio de realidad, como función de rodeo y dispositivo de adaptación, será su precursor.

Por otro lado y dando importancia a todo ser que no es la madre y en este caso hablando más puntualmente sobre el tema de este trabajo, Marcelo Salles en su artículo de la Simbiosis de la familia (1986). Nos habla de cómo la familia representa la cuna del desarrollo humano. En esa estructura social particular donde se genera el desarrollo mismo y en ese sitio el niño que crece encontrará su motivación, el deseo para seguir su camino así como los modelos que le den forma a su razón personal y

social de ser. La familia en sí tiene un desarrollo propio, el que ha sido escrito por Estrada (1982) y que contiene las distintas fases que para él componen el ciclo vital: el desprendimiento, el encuentro, los hijos, la adolescencia, el reencuentro y la vejez. Fases que toda familia en progreso deberá cruzar, en donde la progresión es lo esperado; sin embargo el estancamiento o el revivir las fases previas puede ocurrir.

Si bien la familia, como una estructura social externa, es necesaria para generar la interacción humana, es también cierto que cada uno de los miembros que la componen, por su lado, desempeña papeles diferentes con los otros, según el momento de desarrollo, tanto de la familia en sí como del niño que esta creciendo. Así, puede apreciarse que el rol que desempeña la madre es fundamental, pero también lo es el del padre, los hermanos o el gemelo y los otros que comparten el grupo. Hay papeles que en distintas fases y momentos críticos del desarrollo resaltan por su propio peso, y por lo tanto ocupan un lugar de primacía temporal. Por ejemplo, el rol que desempeña la madre en la simbiosis y en la separación-individuación descritas por Mahler (1972), el que desempeña el padre al rescatar al niño de la simbiosis para que éste navegue en aguas más seguras en el proceso de la separación. En la familia se observa también la formación de diferentes parejas a lo largo del desarrollo, y en muchas circunstancias esa relación de complicidad entre hermanos y sobretodo entre gemelos, también las que desempeñan roles distintos, según la fase del mismo, así como también se aprecia una movilidad en la selección e intercambio con los objetos, que lo hace ir del estar con uno mismo, a la pareja, y de ahí a la familia, para regresar al estar con uno mismo o con la pareja, o con el pequeño grupo.

Para un observador externo la familia existe desde antes del nacimiento, pero para el niño que crece éste no es el caso, y tiene que seguir todo un proceso. Para el niño en desarrollo, por lo tanto, la internalización de la familia como tal se hace a través de un proceso lento y gradual que se inicia a partir de la simbiosis hasta desembocar en el Edipo, de tal modo que el niño va percibiendo y delineando los elementos que constituyen a su familia. Tanto las necesidades primarias del niño como los afectos que éstas generan al entrar en contacto con el objeto constituyen el motor esencial de la formación del concepto de familia como tal.

Se debe a Mahler como se expuso anteriormente la descripción detallada del proceso de la simbiosis y de la separación-individuación, así como el papel funcional tan importante que desempeña este periodo dentro del desarrollo humano. A su vez Kernberg (1976)⁴³ como se citó anteriormente, en la descripción global que hace del desarrollo con base en las relaciones de objeto internalizadas, relata dos de las etapas que son: la de la simbiosis normal o periodo de las representaciones primarias indiferenciadas sí mismo-objeto, y la etapa de la diferenciación entre las representaciones del sí-mismo y las objetales. Este momento crucial del desarrollo tiene que ver con la unión intensa de la madre con su hijo y viceversa, que sedimenta internamente la formación del sí mismo-objeto. Es importante el señalamiento de que en el curso de la simbiosis el niño empieza a registrar la presencia del "otro", por la

interrupción que éste logra hacer de la simbiosis, interrupción temporal pero suficiente para desencadenar un profundo malestar en el niño. El "otro", descrito tempranamente por Freud en sus escritos acerca de la sexualidad infantil (1905, 1909) ha sido acuñado posteriormente con el término del "tercer excluido". Este otro objeto, intruso de la simbiosis, está generalmente representado por la figura del padre o de uno de los pequeños hermanos, en el caso del tema por el gemelo mismo. Los que en su ímpetu por relacionarse también con la madre, deshacen temporalmente la relación madre-hijo. En estos momentos el desarrollo, la percepción del "tercero" es sólo captada por el niño como una interrupción de su relación con la madre, y dista mucho de que el niño lo capte de modo distinto por el nivel de desarrollo objetal en el que se encuentra: el simbiótico, es decir, para el niño sólo existe la madre y su relación con ella. Sin embargo, la presencia "fantasmagórica" del intruso no materializada se hace sentir con claridad, registrando en la memoria los incidentes de interrupción de su simbiosis, con el consiguiente malestar. A través de la repetición de sus interrupciones, cuando el padre o el hermano regresan con nuevos ímpetus para relacionarse con la madre, se van gestando lo que serán más adelante las relaciones triangulares como tales. Con la separación del sí mismo del objeto, proceso que parece completarse a la edad del niño cerca de los treinta y seis meses, se alcanzan finalmente los primeros peldaños de la identidad individual y de la identidad de la madre, como una persona diferente de uno. Aquí es cuando se presenta entonces la oportunidad para ensayar el funcionamiento de esta primera e importantísima pareja hijo-madre y de su internalización como tal: como una pareja de individuos diferentes, que se complementan en sus necesidades mutuamente. En estos momentos tienen su sello de origen la reciprocidad y el compartir con el otro. El funcionamiento de esta primera pareja, la "primal", servirá como modelo que deberá corregirse y ensancharse por otras experiencias de pareja. También ocurre que en el tercer excluido se va materializando en forma gradual y al final se le registra con nombre propio: papá, gemelo, hermano uno, hermano dos, y así sucesivamente. Huelga decir que entre más se cubran y se respeten las necesidades del otro de modo oportuno y entre más completa haya sido la separación del self, del objeto, se encontrará a una pareja más madura y óptima en su nivel de desarrollo.

Capítulo III

GEMELOS.

Los Gemelos en la mitología y la Literatura.

Los gemelos han sido objeto de intereses fascinantes en muchas sociedades. Desde los tiempos más remotos hay evidencia testificada de su rareza y en ocasiones de sus especiales poderes para el bien y el mal, esto formando parte del pensamiento mágico colectivo. Han sido acreditados con habilidades de controlar elementos, conferir esterilidad, fertilidad e inmortalidad en las batallas. La mitología y las religiones primitivas incluyen muchos ejemplos de las deidades de los gemelos, a veces representando polaridades de la experiencia humana en vida y muerte, bien y mal. En la mitología india los dioses gemelos Asvin fueron acreditados con milagros como rejuveneciendo lo viejo, aliviando a los enfermos, y removiendo el curso de la infertilidad. Los mitos de los indios americanos también tenían muchos ejemplos de la especial relación entre ellos, y decían como la muerte de uno era siempre seguida por la muerte del otro, siendo natural o porque el gemelo sobreviviente permitía ser muerto en batalla. Esto formado desde el criterio mitológico.

También los gemelos y los dioses gemelos han sido vistos como agentes de milagros en la mitología y en la religión. La evidencia antropológica revela que el nacimiento de los gemelos no ha sido siempre visto como favorable. Gedda (1961) marca que en Australia, Japón y la India las madres de gemelos fueron relegadas y vistas como impuras, tal vez porque un doble nacimiento era en ocasiones visto como prueba de infidelidad en sociedades monógamas. No era poco común que uno o ambos gemelos fueran abandonados para morir, o ser ceremonialmente muertos. En algunas tribus Indias del Norte de América, la mujer en parejas de sexos distintos era sofocada, por el riesgo de incesto en su vida futura, y también porque posiblemente hubiera podido ocurrir antes del nacimiento. Hay también reportes sobre infanticidio en el segundo nacimiento porque se pensaba que no era una "persona real", y tal vez más realmente, porque el presupuesto económico de cuidar dos niños era muy grande. Como fuera, aunque el nacimiento gemelar haya sido visto como favorable por la mayoría de las sociedades, y sido tratados como individuos

especiales siendo venerados y respetados, un elemento de ambivalencia puede sobrevivir en nuestras propias actitudes.

En la literatura, la mayoría de las historias más tempranas se concentra en el obvio consejo de la identidad errónea. Especialmente en Shakespeare, él mismo padre de gemelos, pero en 1848 la novela de George Sand *La Petite Fadette* presagió más tarde en el pensamiento psicológico el miedo en los padres de una relación muy cercana entre sus gemelos advirtiéndoles en todas las circunstancias de tratarlos como dos individuos, resaltando sus diferencias más que sus similitudes. En la novela de Thornton Wilder *The Bridge of San Luis Rey* (1941) también se refiere al "Lenguaje secreto" el cual es reportado comúnmente en los gemelos (Zazzo,1960).

En la mayor parte del mundo 1 de cada 85 nacimientos es gemelar, aunque su tasa, en especial de gemelos dicigóticos se halla influida por factores como la edad de la madre y los productos para estimular la fertilidad. Existen dos tipos de gemelos. Los gemelos dicigóticos son sencillamente hermanos que nacen al mismo tiempo; proceden de distintos óvulos fertilizados. Los gemelos monocigóticos proceden de un solo óvulo fertilizado escindido en dos "clones". Aproximadamente una tercera parte de las concepciones que determinan un par de seres dan lugar a dos gemelos dicigóticos de sexo opuesto, otra está constituida por gemelos dicigóticos del mismo sexo y la última parte corresponde a monocigóticos. Ambos tipos de gemelos tienen la misma edad, proceden de la misma matriz. En cuanto a sus características físicas como el color de los ojos y la altura, los gemelos monocigóticos lo son casi totalmente y los dicigóticos son semejantes en un 50%, lo que parece indicar una determinación genética casi completa de estas diferencias individuales. Se logra determinar la unidad cigótica de los gemelos con una precisión del 90% formulando una simple pregunta en la que se resumen infinidad de características físicas: ¿Les resulta difícil a las personas extrañas distinguir a un gemelo del otro?

En personalidad y conducta, los gemelos monocigóticos son más semejantes que los dicigóticos, aunque estos rasgos no están casi tan decisivamente influidos por los factores genéticos como las características físicas. Durante el primer año de vida los gemelos monocigóticos son muy parecidos a los gemelos dicigóticos en timidez y sociabilidad. En contraste, las diferencias de actividad durante el primer año no parecen estar influidas genéticamente, Pero en el segundo año se incrementa la semejanza entre gemelos monocigóticos, esto se debe tanto a cuestiones genéticas como

familiares y de entorno, la gente tiende a referirse a ellos como a una sola persona no habiendo diferenciación psicosocial.

Los padres de gemelos y ellos mismos efectúan comparaciones de su personalidad, exagerando las diferencias. En estudios sobre descripciones de gemelos dicigóticos efectuadas por sus padres establecen con frecuencia correlaciones negativas; un gemelo es considerado como el "activo" y el otro como "aletargado" aunque, en comparación con los demás niños los gemelos resulten semejantes por su nivel de actividad. Klaus Minde, un profesional que ha estudiado las relaciones entre madres y sus gemelos, ha descubierto que resulta muy corriente que desde el nacimiento, una madre "prefiera" a un gemelo sobre otro, en el sentido de reaccionar de manera muy diferente ante los dos y que este hecho aparentemente no tiene un efecto nocivo sobre la forma de desarrollarse el apego de ambos hijo a la madre.

Los gemelos han sido considerados héroes o semidioses, o se les ha investido de poderes supremos atribuido a su doble identidad. Se piensa también que su misterio se debe a su cercanía con lo sobrenatural. En la literatura mitológica, aparecen dos formas de relación gemelar. Una positiva y amistosa y la otra negativa y hostil. En la primera es frecuente que los gemelos crean que tienen formas especiales de comunicación. Una es por la telepatía o transferencia de pensamiento. La otra es simbólica mediante eventos que denotan su origen común o idéntico. Evidentemente desde el punto de vista científico esto es llevado a cabo por pensamiento mágico colectivo. Este tipo de comunicación ayuda a incrementar su sentido de identidad: lo que le pasa a uno, también le pasa al otro, según se cree. Este particular modo de comunicación puede funcionar como "señal de ayuda". En la forma negativa de relación predomina la rivalidad hostil. La razón de esto tiene que ver con la idea de desigualdad: uno es superior, el otro inferior; uno es el favorito de la madre, el otro del padre, etc. Con frecuencia en tales mitos, uno de los gemelos es muerto intencionalmente o inadvertidamente por el otro. En el pensamiento popular la fascinación que despiertan dos individuos idénticos evoca intensos aspectos mágicos que hacen suponer el predominio en mayor o menor grado del proceso primario. Sin duda esta fascinación esta asociada a la fantasía frecuente de tener un "alma gemela" o un "doble" que encontramos en el pensamiento inconsciente de algunas personas.

Este "gemelo" u otro idéntico es una reacción imaginaria de tempranas identificaciones en donde predomina la fusión y confusión entre los límites de las representaciones del self y de los objetos. La relación con el otro imaginario se ubica dentro del campo narcicista donde este otro cumple una

importante función del sostén emocional para el yo en desarrollo. Kohut (1984)⁴⁷ habla de las necesidades básicas que alimentan al self. A través de la relación gemelar se constituyen las necesidades "self-object" más importantes para el hombre a lo largo de toda su vida. Kohut llama a estas necesidades "gemelares" o de "alter ego" y cumplen tres funciones esenciales: la necesidad de aceptación y de vivencias en el espejo; la necesidad de fusión con la grandeza, la fuerza y la calma; y la necesidad de tener vivencias de semejanza. Si bien, estas necesidades se sostienen a lo largo de toda la vida, nunca son tan intensas como en las primeras etapas del desarrollo.

Las primeras fases del desarrollo son de vital importancia para la estructuración del aparato psíquico y la formación del self. Siguiendo a Kohut (1971,1977,1984)⁴⁷ la estructuración psíquica es el resultado de la internalización transmutadora del sujeto en relación con los "objetos del self" como consecuencia de las imperfecciones graduales de la función empática especular e idealizadora de dichos sujetos. La constitución del yo es en consecuencia, el resultado de las fallas dosificadas de la función especular. Para M. Mahler (1967)⁵⁰ como se mencionó en el capítulo anterior el desarrollo del self se logra a través de los diversos estadios del proceso de separación-individuación, que se inicia en la fase simbiótica con la madre y culmina en la adquisición de la identidad y de la constancia objetal. Winnicott (1958,1965)⁶⁸ concibe la formación del self a partir de fragmentos no integrados que requieren la presencia de la madre, una madre "suficientemente buena" para integrarse y darle al sujeto su sentido de ser. M. Klein (1932,1921-45, 1952)^{44,45}, considera que la introyección de un objeto bueno, esto es, un objeto introyectado, en situaciones felices y gratificantes, es vital para el yo y refuerza su capacidad de integración. Esto refortalece su capacidad para amar y confiar en sus objetos y lo reasegura de los efectos desorganizantes de la ansiedad. Los aportes de Lacan (1949) en lo referente a la "fase del espejo", fase que es vital para comprender la constitución del yo, afirma que a través de esta fase el niño toma conciencia de sí mismo como entidad.

En ella se constituye la identificación inicial con una imagen, la del propio cuerpo, y de manera invertida en un cuerpo exterior a sí mismo, imagen especular, con la que se hace una identificación narcicista. Es a partir del tránsito narcicista, necesario para la constitución del yo, que este yo puede hacer una identificación con el otro. Es en este punto donde podemos hablar de una diferenciación entre el yo y el objeto. Winnicott (1971)⁶⁸ agrega a esta concepción de Lacan la importancia de la presencia de la madre, específicamente la de su rostro precursor del espejo para el desarrollo

emocional del individuo. ¿Qué es lo que ve el bebé cuando mira el rostro de su madre?, pregunta Winnicott. Lo que ve tiene que ver con lo que la madre le devuelve así mismo a través de la mirada. Esta mirada tiene que poder devolver, es decir, ayudar a integrar una imagen de sí mismo. Winnicott hace énfasis no solo en la capacidad de la madre para ver, sino en la calidad de su mirada.

Los gemelos idénticos tienden a desarrollarse simbióticamente sin límites yoicos adecuados (Lidz et al., 1959). El yo en desarrollo responde no sólo a sus propios impulsos y necesidades, si no también a los de su gemelo. Nos dicen que, a diferencia de lo que ocurre en el desarrollo individual, las relaciones objetales primarias se establecen con una persona que no es diferente, si no una imagen especular. Esto acentúa los problemas narcicistas y el amor al objeto que puede en realidad ser amor a sí mismo. Siemon (1980) nos dice que en los gemelos se mezclan dos personalidades para hacer una sola, cada una incompleta sin la otra, unidas en un abrazo invisible que les hace funcionar como una gestalt. Esto está relacionado con la fantasía, frecuente entre gemelos de haber sido un sólo cuerpo (Datman (1942), y esta fantasía que seguramente tiene profundas raíces inconscientes está fundamentada por todas y cada una de las condiciones de su gestación y experiencias vivenciales posteriores. Estas condiciones determinan que la habilidad física y mental sea mayor que con cualquier otro miembro de la familia.

Existen diversos factores del medio ambiente y dentro de la misma gestalt gemelar que proporciona la sensación de fusión y confusión del self. La interdependencia excesiva que se condiciona sienta las bases para una identidad insuficientemente desarrollada. La presencia de otro de la misma edad y apariencia física más las experiencias compartidas del desarrollo, dificultan el proceso de diferenciación. Mientras todo niño debe poder hacer una separación e individuación de su madre, los gemelos idénticos tienen el problema adicional de tener que hacerlo de su gemelo. Esto se agrava por la ausencia de una relación simbiótica con la madre, quien siempre los trató como una unidad. Cuando la separación ocurre en la edad adulta, surgen síntomas y dificultades particulares que afectan su estado emocional y la posibilidad de formar nuevas relaciones íntimas (Siemon (1989).

Siemon nos dice que la relación inicial a la separación del hermano gemelo se semeja a la ansiedad de separación que vive un niño cuando se separa de su madre. Surgen sentimientos de desesperación, pérdida de los rasgos habituales de la personalidad, temor a la pérdida del self acompañado de tristeza, depresión, confusión y ansiedad. Se recurre a defensas y conductas

compensatorias. Una de ellas es la negación de la pérdida haciendo intentos por llenar la mitad faltante bien sea produciendo alteraciones físicas u otro tipo de reacción somática, o manteniendo un patrón de dualidad cambiando al hermano gemelo por otra persona, sin que ésta llene nunca el espacio dejado por aquél. También pueden surgir sentimientos de intenso enojo, pues la separación puede evidenciarse como rechazo. Los sentimientos de duelo y melancolía son intensos y de difícil solución por la falta de diferenciación entre el self y el gemelo. La necesidad de otro que proporcione identidad al self es muy intensa. Más que dolor por la pérdida de otro, el dolor es por la pérdida de las partes del self compartidas con ese otro. El cuadro clínico que puede aparecer es el que conforma una sintomatología depresiva, con reacciones disociativas con defensas maníacas asociadas a un profundo núcleo esquizoide. En estas condiciones la necesidad de un ambiente "suficientemente bueno" se hace imperiosa.

Es frecuente encontrar que uno de los gemelos sea más pequeño y vulnerable que el otro y que juegue con el papel pasivo-dependiente en la unidad gemelar. El más grande en tamaño suele asumir el rol de un líder competente, capaz y productivo, Pollin (1964). El "pasivo" no está contento con su papel pero se lo impone la mayor fuerza e intensidad del otro. Burlingham (1946,1949)²² nos dice que el gemelo menos favorecido es el que suele percibir la "desigualdad" entre ellos. Durante el desarrollo esta particular forma de interacción y asunción de roles índice en anomalías y alteraciones no sólo psicológicas si no intelectuales, especialmente aquellas que se relacionan con el lenguaje, Pollin (1964). Siemon nos dice que la verbalización entre gemelos suele ser innecesaria. Se agudiza la habilidad para percibir, casi adivinar lo que el otro hermano quiere o piensa y suponer que éste sabrá automáticamente e intuitivamente cómo responder y reaccionar. Esta particular forma de comunicación ilustra el fuerte vínculo inconsciente que los une. Freud (1915)³⁰ nos advierte sobre este tipo de comunicación diciendo que el vínculo entre gemelos es un ejemplo dramático donde encontramos una de las formas más profundas de unión inconsciente.

¿Ilusión de completud?, eterna búsqueda de lo humano. Constante intento de evasión de la condición de tal. Anhelos de retorno a aquel momento inaugural donde todo era posible y el dolor aún no se había hecho presente.

¿Ilusión de completud?, retorno aterrador y gozoso a un estado de pasividad-fusión donde no hay ni adentro ni afuera, placer ni displacer, donde la muerte se enlaza con el Nirvana.

Ya sí acontece. Nacemos en un mundo poblado de objetos en el cual nuestro primitivo y aún no integrado aparato psíquico nos permite, por un breve intervalo, desconocer la autonomía de aquéllos. Nos protege de un saber que, de producirse superaría nuestra posibilidad de tolerar la vivencia de aniquilación que nos inundaría. A. Viñoly (1991), nos habla de un primitivo estadio donde el carácter autónomo del objeto no ha sido aún reconocido porque no existe un yo capaz de lograrlo. Estadio en el cual se experimentará ilusoriamente la continuación de la vida intrauterina. Estadio de fusión originaria con el objeto donde no hay ocasión ni para la pérdida, ni para la ausencia, ni para el duelo.

Pero el desarrollo progresivo del psiquismo, como movimiento de complejidad creciente, da paso, desde la no integración primitiva, a la organización narcicista estructurante primaria, con el surgimiento del yo como proceso de síntesis y de autoconstrucción.

Siguiendo a Freud, encontramos que en 1920³⁰ propone dos versiones sobre el concepto de narcisismo primario. Por una parte designa como tal la reducción de las tensiones al nivel cero, cuyo agente es el principio del Nirvana. Por la otra nomina de este modo el pasaje de autoerotismo al estadio constitutivo de la unidad del sujeto. Investidura narcicista yoica que resulta de la organización de las pulsiones parciales autoeróticas.

Emergiendo de la fragmentación, este yo incipiente realiza un doble mecanismo. Mediante la proyección no defensiva funda una primera exterioridad, como modo de hacer conscientes los procesos inconscientes antes del advenimiento de la palabra. Configura entonces una primera realidad sensorial creando un doble (modelo o ideal) sobre el cual recae la investidura narcicista inicialmente colocada en el cuerpo. Luego en un segundo movimiento, el yo se apodera identificatoriamente de lo proyectado del objeto. Momento de la identificación primaria y de la constitución del sentimiento del ser.

Freud describió tres tipos de dobles: imagen especular, sombra y espíritu. En ellos el elemento en común estará dado por el modo de la producción: proyección e identificación. Las diferencias derivarán del tipo de representación cuerpo que será proyectada en el mundo sensorial como doble.

Distintos autores como Rank con su estudio sobre el doble, Lacan con sus trabajos sobre el vínculo especular, Winnicott con su concepto del rostro materno como espejo, se aproximan al difícil problema de la teoría y la clínica de los dobles, planteando diferentes hipótesis sobre su constitución y estructura. A. Viñoly (1991) aborda el tema de las investiduras del objeto, dentro de una relación de complementariedad narcicista.

El objeto, si bien deberá existir en la realidad como soporte de la relación sensorial del bebé, es un objeto formado según el modelo del narcisismo unificado del sujeto. El yo y el objeto se encuentran en una relación de duplicidad. Uno es el doble del otro. La escisión existe y se sostiene, pero los términos se complementan e intercambian. Toda otra posibilidad estaría interdicta.

Dice A. Green: "la progresión lleva hacia el yo Uno..." el narcisismo es el deseo de lo uno. Utopía unitaria, totalización ideal". Pero la unidad que el sujeto aparenta resulta una falacia puesto que lo Uno surge, aunque el aparato trate de ignorarlo, del Uno con el Otro.

El sujeto oscilará entre la nada o el par que él forma con su doble. El uno es siempre re-unión de Dos y el desarrollo psíquico sólo podrá darse si se parte de ese "Dos en Uno" que sólo más tarde y por la intervención del Tres, logrará el reconocimiento de la diferencia.

Podemos entonces afirmar que el doble, creado por la proyección sobre el Otro, es el primer objeto con el cual el sujeto se identifica e intercambia. Es el no-ser del ser, lo que el ser no puede permitirse ser, así como lo que no puede impedirse ser. La complementariedad.

El concepto de Uno remite al doble. Aquí la acción recae en el sujeto del yo (en los vínculos del tener, recae en el objeto del yo), y es mediante este activo proceso de proyección-identificación que el yo abandona la pasividad frente a la pulsión y se torna activo respecto a los objetos mundanos.

A la inversa podemos decir que el concepto del doble remite a la división por dos. Si el Uno está constituido por dos mitades, cada una de ellas será por una parte mitad, incompletud que sólo desaparecerá por la reunión con la otra, pero a su vez cada mitad será también unidad constituyente de la unidad formada por la reunión de ambas partes. La escisión fundante existirá pero intentará ser anulada mediante la Desmentida de la misma como modo de luchar frente al sentimiento de claudicación yoica que este reconocimiento desencadenaría, llevando a la disolución identificatoria. Para esto se apela al doble omnipotente y a la ilusión de fusión con él, como modo de evitar el naufragio del sentimiento del sí. En toda relación narcicista sólo podrá concebirse al Otro según el modelo de lo Uno, y la verdadera unidad estará dada por la unidad de la pareja.

En su trabajo sobre lo "ominoso", Freud aborda el estudio de Rank sobre el doble y plantea cómo éste, en su origen, fue una seguridad contra el sepultamiento del yo, una enérgica desmentida sobre el poder de la muerte. En el comienzo el doble es necesario y no contingente. Pero a medida que avanza

la complejidad psíquica, se produce una verdadera ruptura del Dos, por la intervención del Tres. La estructura triangular que preexiste en la existencia psíquica y física del sujeto, deshace la ilusión y enfrenta al sujeto a la castración. El doble, de ser un seguro de supervivencia, se transformará en el ominoso anunciador de la muerte, por la función paterna que provoca la ruptura diádica y constituye al hijo como una unidad distinta. El Tres implica la diferencia. Sólo entonces el doble quedará relegado a lo reprimido y el campo de los intercambios se podrá constituir con otros objetos que no estén marcados por el narcisismo del sujeto. Por la presencia del Tres el "Dos en Uno" de los orígenes dará paso al sí-mismo. Surgimiento de lo objetal.

En el banquete de Platón, Aristófanes, al iniciar su discurso sobre el amor plantea que en los orígenes tres fueron los géneros del hombre: masculino, femenino, y el andrógino (uno solo partícipe de ambos sexos). La forma de cada uno de ellos era la de una totalidad redonda. Tenían cuatro brazos y cuatro piernas y eran terribles por su vigor y fuerza. Grande era también su arrogancia, y como atentaron contra los dioses, Zeus tomó una decisión: "Voy a cortar a cada uno de ellos en dos, así serán más débiles y más útiles por haberse multiplicado en su número". Una vez que la naturaleza humana fue separada de en dos, cada parte añoró su propia mitad. Intentaban reunirse nuevamente en una sola y morían de tristeza e inanición por no poder vivir separados uno del otro. Es así que dice Aristófanes: "...cada uno de nosotros es una contraseña del hombre como resultado del corte en dos de un solo ser. De allí que siempre cada uno busque su propia contraseña".

El dilema de la gemelaridad, es ésta una descripción muy acertada asegura A. Viñoly (1991), la existencia real de una mitad que ya no es ilusión, sino presencia cierta que acompaña y completa.

La unidad del yo, costosamente adquirida por la investidura narcicista, sólo podrá obtenerse mediante la proyección del interior del cuerpo sobre otro, objeto externo, cuerpo materno, que actuando como pantalla de proyección, metáfora del espejo, llenará por retorno de lo proyectado el vacío creado en el yo por la expulsión, dando lugar a la identificación. Proyección y escisión nacen juntas. Siempre la unidad yoica implica la existencia de un par yo-objeto, adentro-afuera, consciente-inconsciente. Pero incluye también la desmentida de ese par.

Mas aquí no soy "yo", somos "nosotros" los que nos reflejamos en ese Otro que nos devuelve un "yo-nosotros", una unificación que nos involucra a ambos en un Uno en particular.

Si el concepto de Uno cuestiona la teoría unitaria del sujeto, ya que este oscila entre el cero y el par. Otro doble modelo o ideal para dos. J. McDougall trabaja, en el caso de las estructuras narcicistas, con el concepto de un solo cuerpo para dos. Viñoly (1991) propone un aparato psíquico para dos.

En el caso del gemelo. El yo no logra colocarse en una posición de sujeto-activo. No logra una identificación plena con el doble o modelo. Queda entonces interferida la capacidad de ligar la pulsión, la que amenaza con desbordar el aparato, por el surgimiento de un afecto insoportable como consecuencia de una falla en la identificación primaria. No es que el sujeto no se constituya, sino que queda descentrado del yo y realiza una identificación sustitutiva con otro sujeto identificado a su vez con el modelo o ideal. El otro gemelo. El sentimiento de ser, que debería surgir como logro de la identificación primaria, queda reemplazado por un sentimiento de inautenticidad, que protege de todos modos, de la irrupción de un estallido afectivo.

En cada bebé la potencialidad psíquica de generar por proyección su propio doble seguramente está presente. Pero esta producción deberá darse en un contexto vincular donde la posibilidad de la madre de cumplir una doble función esté en juego. Aquí, la madre, objeto reflector, devuelve una sola imagen para dos.

En su trabajo sobre la fase del espejo, Lacan amplía el proceso identificatorio, al incluir la idea de la identificación con una imagen visual unificada, la que anticipa para el niño una coordinación motriz global, que en su inmadurez el infans aún no ha podido conquistar.

Más ¿cómo podrá una madre colocada en esta peculiar situación realizar una doble regresión materna, crear una doble función de reflexión para cada bebé por separado, de un modo único y singular para cada uno de ellos? Esta madre, preparada para atender a un solo bebé se encuentra en presencia de "dos gotas de agua", (en el caso de gemelos idénticos), como un fenómeno de diplopía que intenta corregir fusionando las dos imágenes y reuniéndolas en una sola, "como debería haber sido".

Este proceso incluye aún otro paso. La identificación que da lugar a esta unificación erógena, deberá hacerse también con el nombre que el Otro prefiere, con el que el niño es nominado y al cual responderá con la totalidad de su cuerpo.

Capítulo IV

LOS GEMELOS Y LA SIMBIOSIS

Dice McDougall (1982) ¿Cómo adquiere el lactante el sentimiento de una identidad subjetiva? ¿Cómo se convierte cada uno de nosotros en una persona diferente a las demás personas, esto es, en un "individuo" (del latín *individuum*, unidad indivisible)? ¿Cómo se logra eso que todos conocemos como persona y su identidad?

Puede decirse que la vida psíquica comienza con una experiencia de fusión que conduce a la fantasía de que sólo existe un cuerpo y una psique para dos personas, y que éstas constituyen una unidad indivisible.

Para el niño pequeño él y su madre constituyen una única y misma persona, como lo vimos en el capítulo segundo de simbiosis. La madre es el universo, y el bebé no es sino una pequeña parcela de esta unidad inmensa y apasionante.

Cuando el bebé no es uno, sino nacen dos, es decir, el embarazo es gemelar, son dos que nacen separados, cuando dos más uno no suman sólo tres, uno más uno puede sumarse porque una es tres y dos es una. ¿Qué sucede? ¿Cuál sería el posible proceso de desarrollo intrapsíquico cuando dos seres resultan idénticos?, ¿el mismo sexo, los mismos genes, la misma madre, la misma apariencia, lo mismo en todo? ¿Cómo se podrán ir diferenciando para conformar las entidades psíquicas separadas, dos deseos o bien, el proceso que logran sólo es parcial? ¿Cómo se separan para saber quién es quién? ¿Qué tan importante puede ser quién nace primero?

Delpresito de Villalba (1996) cuando hace referencia al narcisismo en la situación de patología, plantea que estos sujetos reúnen trastornos en la simbolización, dificultades de elaboración de los duelos, dependencia narcisista sostenida, fracasos en la organización edípica, identificaciones frágiles, todo lo cual deriva de modalidades de relación objetal que suponen uno quedar colgado del otro, para agregar más adelante, la creencia, ahora ámbito patologizado de la ilusión, que conduce a convicciones cuya contracara es la desconfianza, creer en todo, no creer en nada (escisión), que hacen la fragilidad yoica. Es decir, las posibles características patológicas de la gemelaridad.

En el trazo gemelar, ¿cómo es la mirada especular de la identidad? ¿Hacia cuál va dirigida la mirada de la madre, ¿a quién se le dedica? ¿al hijo que nace

primero o al resto faltante de la otra parte del nacimiento? ¿cómo se estructura el mecanismo de ambos gemelos?

Lacan (1984) en el estadio del espejo menciona que es la mirada de la madre, del otro que permite ir logrando la ilusión de la identificación, fijar un aspecto instantáneo de la imagen especular, la matriz simbólica en la que el Yo se precipita en una forma primordial antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. Ahí se liga la identidad o la falta de la misma.

Los gemelos se tienen uno al otro, se miran, se entienden sin palabras, se piensan uno al otro.

M.González (1988)³⁸ hace un análisis extenso como vimos en el capítulo anterior acerca del desarrollo intrapsíquico temprano de gemelos. Menciona que tener un gemelo u otro idéntico a uno es una posible recreación imaginaria de tempranas identificaciones en donde predomina la fusión y la confusión entre los límites de las representaciones del Yo y de los objetos. La relación con el otro imaginario se ubica dentro del campo narcisista donde este otro cumple una importante función de sostén para el Yo en desarrollo.

Los gemelos idénticos tienden a desarrollarse simbióticamente y sin límites yoicos adecuados. El Yo en desarrollo responde no sólo a sus propios impulsos y necesidades, sino que también a los de su gemelo. A diferencia de lo que ocurre en el desarrollo individual, dice Lidz (1959): las relaciones objetales primarias se establecen con una persona que no es diferente, sino con una imagen especular. Esto acentúa los problemas narcisistas y el amor al objeto puede en realidad ser amor a sí mismo.

En los gemelos se mezclan dos personalidades para hacer una sola, cada una incompleta sin la otra, unidad en un abrazo indivisible que la hace funcionar como una Gestalt. Esto está relacionado con la fantasía entre gemelos. De haber sido un solo cuerpo y esta fantasía, arraigada muy inconscientemente esta fundamentada por todas y cada una de las condiciones de su gestación y experiencias vivenciales posteriores. Así también presentan una gran rivalidad desde el espacio uterino y los siguientes.

Es sabido que entre gemelos se usa eventualmente, según Wallace un lenguaje propio, un lenguaje secreto, como si hubiese una parte mágica entre ellos.

Existe la posibilidad que entre gemelos sientan al otro como un castigo de la naturaleza. Por no poder soportar las similitudes de haber nacido el mismo día, con las mismas maneras, las mismas miradas, los mismos sueños, las mismas ambiciones, las mismas debilidades, los mismos fallos. Esta

disconformidad también sirve para estrechar los vínculos que los tienen atrapados intrapsíquicamente.

Kohut (1984)⁴⁷ llama a esto "necesidades gemelares", cuando el sujeto busca que el otro sea como él mismo, es decir, la búsqueda de la mismidad.

Mientras todo niño debe poder hacer una separación e individuación de su madre, los gemelos idénticos tienen el problema adicional de tener que hacerlo de su gemelo, esto se dificulta cuando la madre los ha tratado como una unidad. Si la separación suele ocurrir en la edad adulta o en algún punto del desarrollo, entonces pueden surgir síntomas y dificultades particulares que afectan su estado emocional y la posibilidad de formar nuevas relaciones íntimas. Ante la separación surgen angustias primarias, temor a la pérdida del self acompañada de depresión, confusión y miedo. Se recurre a defensas compensatorias, una de ellas es la negación de la pérdida haciendo intentos por llenar la mitad faltante, bien sea produciendo alteraciones físicas que podrían estar en el peso del cuerpo u otro tipo de reacción somática, o manteniendo un patrón de dualidad, cambiando al gemelo por otra persona, haciendo esto ya sea de manera consciente o inconsciente, sin que esta llene nunca el espacio dejado por aquel. También pueden surgir sentimientos de intenso enojo. Los sentimientos de duelos son difíciles de superar por la falta de diferenciación entre uno y otro. Uno está dentro del otro, la pérdida de uno es parte de la pérdida de sí mismo.

Ainslie (1997) plantea que uno de los problemas intrapsíquicos de la personalidad de los gemelos es la confusión en su identidad, de saber quién es uno y quién es el otro. Pues llegan a considerarse como una sola identidad.

Bion (1977) en su artículo "mellizo imaginario" menciona como un paciente desarrolla su mundo imaginario a un mellizo, a otro igual a sí mismo. El uso del mellizo servía para aliviar la ansiedad persecutoria, y era por tanto ilegítimo. El mellizo no permitía el nacimiento del paciente, servía para evitar su independencia. Transferencialmente el mellizo era su analista, la proyección de la escisión, un proceso defensivo, de la ansiedad persecutoria, de la introyección y de la disociación reemplazante era una porción escindida del mismo, que carecía de calificaciones, en algunos aspectos. El trabajo analítico consistió, entre muchas otras cosas a ayudarlo al paciente a integrar sus objetos parciales así como disolver la neurosis de transferencia.

Lo que aquí se entiende es que una persona que no haya nacido como gemelo, puede imaginarse a un mellizo, como mecanismo de defensa, como un elemento que ayuda al vivir. Freud menciona el sepultamiento del yo, una enérgica desmentida del poder de la muerte y es probable que el alma inmortal

fuera el primer doble del cuerpo. El recurso de esta duplicación para defenderse del aniquilamiento tiene su correlato en un medio figurativo del lenguaje onírico que gusta de expresar la castración mediante duplicación o multiplicación de los símbolos.

Estas representaciones han nacido sobre el terreno del amor por sí mismo, el narcisismo primario que gobierna la vida anímica.

Así mismo sucede con los gemelos reales, uno se apoya en el otro haciendo de la escisión un estado estructural.

Por otro lado desde el punto de vista psicoanalítico, en la transferencia se plasmará a sí mismo la escisión, mecanismo natural que los gemelos viven desde el primer momento de su gestación, así uno que se convirtió en dos, dos que cargan de forma opuesta sus roles.

Parres (1976) señala que el analista pone a prueba su salud emocional a aceptar la condición de ser mitad del otro. Lo que hace necesario la revisión constante de su contratransferencia.

Vives (1997) menciona que en los gemelos la escisión está dada genéticamente. Desde la bipartición. La célula madre se divide en dos, se escinde, se disocia. Así le pasa al Yo y a las pulsiones. El yo dividido de la gemelaridad nunca logra una verdadera separación. Hay una incompletud eterna, siempre a uno le falta el otro. Es la posición que Lacan llamaría la castración simbólica.

Como las series complementarias de Freud uno complementa al otro. Eros y pulsión de muerte, el bueno y el malo, el santo y el diablo, el intelectual y el seductor, el querido y el odiado, el activo y el pasivo, uno siendo el fetiche del otro. Los gemelos son la presencia que demarca y remarca la división de uno, son la puesta en escena de la escisión. Más allá de un solo mecanismo de defensa del Yo, es la estructura narcisista instalada.

Berenstein (1984)⁶ dice que la estructura de los mellizos es un tipo de organización en el mundo interno caracterizado por la existencia de representaciones del Yo y del objeto o partes del objeto como iguales entre sí. Una investidura narcisista que resulta de la intolerancia del reconocimiento de las semejanzas y las diferencias. Elemento siempre presente en la transferencia. En la historia infantil fracasa el establecimiento de la función discriminatoria del Yo, el surgimiento de una ansiedad confusional ante el conocimiento incipiente de las diferencias entre el Yo-no y Yo. El Yo fracasa en diferenciar los desarrollos psicóticos de los no psicóticos de la personalidad. El Yo trata de convertir al ideal del Yo en un doble suyo, así las funciones yoicas

se confunden con ideales. El sentimiento así es de megalomanía, lo cual provoca una escisión de funciones opuestas entre sí.

Cuando el Yo no logra el encuentro consigo mismo, y se da el desencuentro busca investir ese espacio con la presencia de un objeto a quién se le adjudica el dolor, el malestar, el estado ilusorio de la completud.

La estructura narcisista resulta de una fusión pulsional a predominio tanático. No parece posible mantener la investidura narcisista del objeto sin atacar el vínculo con él, por este lado el narcisismo se relaciona con derivados de la pulsión de muerte, su representante es la agresión y su manifestación en la fantasía es hacer desaparecer los rasgos del objeto que lo constituyen como diferente. Envidia por la diferencia. La escisión instala una imagen evitando el contacto con el otro. Es parte del complejo del semejante.

Por otro lado, la verbalización entre gemelos como lo vimos en el capítulo anterior, según M. González (1988)³⁸, es innecesaria. Se agudiza la habilidad para percibirse, casi creen que pueden adivinar lo que el gemelo siente o piensa, muchas veces con una simple mirada, y suponen que éste sabrá automáticamente e intuitivamente como responder. Esta particular forma de comunicación ilustra el fuerte vínculo inconsciente y mágico que los une, aspectos arcaicos del psiquismo que los mantiene atrapados en lo que supuestamente uno debería hacer mágicamente por el otro sin pedir, sin hablar, lo que eventualmente los ata a la culpa, a la omnipotencia, a la salvación, al castigo, al deber y porqué no, a la muerte. Si uno vive entonces el otro podría morir, si la lucha es de vida, también Thanatos estará presente. Y esta parte mágica suele esperarse en el caso del análisis.

En un estudio sobre mellizos y gemelos hecho por autores: L.F. Roehle de Oliveira Velloso y su esposa M.E. Fatone (1991), exponen a partir del trabajo psicoanalítico con doce personas con estas características, que les enseñaron a comprender en forma objetiva, muchos de los aspectos desarrollados en este trabajo. Apoyados por un instrumento de diagnóstico desarrollado por el Dr. Abuchaem. En este trabajo ellos tratan de demostrar que no hace falta ningún cuerpo teórico especial para la comprensión del psiquismo de los gemelos monocigóticos y dicigóticos, Utilizando teoría y clínica de la escuela argentina. Cada uno de ellos desarrolla su propia personalidad, si bien en la mayoría de los casos se muestran muy parecidos desde lo manifiesto, pero la investigación psicoanalítica profunda les demostró que lo latente en cada uno de ellos es diferente y personal, lo que significa que en la labor clínica no han podido encontrar, entre la mayoría de los paciente "personalidades compartidas" simbióticas, como norma, y sí una excepción en aquellos casos en que el

desarrollo de la personalidad ha resultado patológico, lo que no autoriza a considerar la simbiosis como un patrimonio privado o característico de los gemelos en general.

Ellos creen que en las personalidades de estos individuos se hace presente la dificultad importante para el observador, y que ésta se debe al hecho de que los gemelos y mellizos presentan, en forma habitual, un gran parecido, desde el punto de vista de sus historias vitales ya que éstas se desarrollan en un mismo escenario y al mismo tiempo, y que este parecido demanda un gran esfuerzo del observador para distinguirlos.

Destacan que las diferencias encontradas son de orden cualitativo debido a que ponen en evidencia la capacidad de los padres frente al desafío que significa la crianza de hijos múltiples, ya que en los mismos se ven incrementadas idénticas problemáticas a las que suelen presentarse normalmente en la de los hijos unitarios.

A esto se agregan las exigencias y expectativas del grupo familiar, social y cultural, ya que algunos colaboran para que se desarrolle bien la relación de los padres con los bebés, y otros atacan en un intento de destruir.

Estos autores hablan de que las asociaciones de los gemelos y mellizos dentro de la sesión de la terapia psicoanalítica se trata como si fueran siameses. En estos casos, la interpretación se orienta en el sentido de que el individuo pueda discriminarse e individualizarse, pues suponen que él se encuentra indiscriminado de su hermano, en este caso representa un problema patológico. En la investigación Velloso y Fatone (1991), han podido comprobar que es mucho más operativo tratar de indagar qué aspecto transferencial del paciente, en este momento, está representado por su hermano, tratándolo así de la misma manera con que se trataría a otro hermano o familiar del paciente.

Los mismos autores han encontrado propuestas que frecuentemente representan intentos y aproximaciones, que se dan a través de adaptaciones y modificaciones de las teorías ya conocidas, ideas que inducen a considerar como características propias de los gemelos a algunos hallazgos encontrados en casos aislados, referentes al desarrollo patológico. Citando a trabajos de importantes autores que han investigado sobre el tema:

Cronin (1933), en "An analysis of the neurose of identical twins" plantea que la gemelaridad es un distinto handicap del que surge un conflicto intrapsíquico que precipita las situaciones que condicionan sus neurosis. Los pacientes sentían como si fueran partes iguales de una unidad, que ha sido dividida en dos, se sentían diferentes de los niños comunes, aunaron sus recursos y se mantuvieron unidos. En sus adolescencias las familias y los amigos

alentaron estas inclinaciones, de tal manera que en su madurez son incapaces de liberarse de su unión interdependiente. Sus valores, sus normas y procesos cognitivos eran similares, cuando trabajaban juntos.

Hartmann (1934-1935), en "Estudios psiquiátricos de los gemelos", hace una extensa reseña crítica de otros autores que, basados en la observación de gemelos idénticos, han llegado a opuestas conclusiones, sobre las influencias de la genética y el ambiente, en el desarrollo de la personalidad. El autor señala la necesidad de un estudio exhaustivo y profundo de los datos presentados. Sin embargo, comenta que el material recogido en los tratamientos psicoanalíticos le produce la impresión de que las desigualdades de la sintomatología neurótica, de los gemelos idénticos, no sólo son frecuentes, sino que son síntomas neuróticos se hallan entre las características psíquicas de mayor variabilidad.

Douglas (1941) en "A psychoanalytic study of a freternal twin". Después de insistir en el valor del análisis de mellizos para el estudio comparativo de los factores de herencia y ambiente, hace una revisión de trabajos al respecto, citando observaciones de Grotjahn, Hartmann, Cronin y otros de Steinfeld, de Knight y W. C. Menninger. Presenta el caso de un gemelo en que muestra la interferencia del ambiente familiar en la formación de su personalidad. La no aceptación de sus diferencias acentúa el conflicto entre individualidad y fusión con el hermano. El enfermo trata de ser lo más similar posible al mellizo para evitar la angustia de su hostilidad y la del hermano.

Ende Peto (1946) en "The psycho-analysis of identical twins, with reference in heritance", ofrece material obtenido sin llegar a conclusiones definitivas. De este doble análisis ofrece que en ambos enfermos algunos síntomas eran idénticos, sin que ellos hubieran tenido noción de esto. Pero el carácter, la conducta social y las formas de resolver sus problemas eran en ambos casi totalmente opuestos.

D. Burlingham (1946)²² en "Los mellizos. Observaciones sobre las influencias ambientales en su desarrollo", expresa que antes de emprender el estudio psicológico de la relación mutua entre mellizos es necesario examinar los factores ambientales que pueden influir en ellos; por ejemplo, la relación especial de la madre con los mellizos, la relación de los hermanos, la actitud de las personas en general hacia ellos y el efecto que tiene en ellos la fantasía, de muchas personas, de tener un hermano mellizo.

P. Lacombe (1955) en "El problema del mellizo idéntico expresado en una compulsión masoquista a defraudar", postula la hipótesis de una neurosis esencial del mellizo, producida por la vivencia de haber nacido como una mitad, escindido en dos, complicando la neurosis ordinaria.

E. Evelson (1958) en "Una experiencia analítica. Análisis simultáneo de hermanos mellizos", presenta el caso de dos hermanos mellizos de 9 años en que evidencia un gran temor a la separación, a la diferenciación, porque esto implicaba necesariamente su muerte.

L.Kornblihtt de Ravaschino y R. Soifer (1970), en "Comentario de entrevistas realizadas a dos familias de mellizos", estudian entrevistas diagnósticas a dos familias distintas, ambas con niños mellizos del mismo sexo y distinta apariencia. Encuentran algunas líneas en común, que señalan, entre otras cosas, la importancia fundamental de una adecuada atención de los padres a las necesidades individuales de los mellizos. En el primer caso, la falta de individuación llevó a que éstos se uniesen en pareja (vínculo idealizado y fantástico), se hicieron cómplices con actuaciones delictivas, como defensa a situaciones internas y externas. Cada mellizo vive al otro como un rival especular, alguien igual a él y enemigo fantasmagórico que aparece en todas las situaciones vitales.

R.Soifer (1980), en "Las familias con hijos mellizos o trillizos", nos dice que, salvo afortunadas excepciones, la familia con mellizos nos presenta a dos niños que se temen mucho entre sí, que vehiculizan sus ansiedades y sus celos mediante una unión idealizada o los altercados más violentos, y que se distribuyen la incorporación de los diversos aprendizajes a través del reparto de los roles. La madre, exigida por la demanda dual, tiene la sensación de ver doble y que debería partirse por la mitad para satisfacerlos; a esto debemos agregar el sentimiento de impotencia que experimenta cuando ambos se unen para atacarla. El padre, que siente lo mismo que su esposa, se aleja y descarga su culpa reprochándole a ésta la conducta de los hijos.

M.A.Andrade, E.Illa, E.Rolla (1980), en "Consideraciones sobre el desarrollo del yo como organización de funciones, en observaciones sobre mellizos", postulan que la escisión del yo se producirá en función de una truncada e irrecuperable interrupción del arrobamiento de una situación de a tres. En tal escisión, la compensación se dará de modo especial en que las funcionalidades individuales de cada uno de los mellizos se complementarán con las funcionalidades estructurales del otro. El área afectada por el conflicto será genital. No se produce una esquizofrenia por la referida complementariedad. El objeto transicional y el fetiche no son necesarios porque el conflicto tiende a desaparecer con la simple reunión de ambos y el escrupuloso cuidado de una conducta similar de espejo.

El estudio de Velloso y Fantone (1991) concluye, manifestando su no deseo por quitar el inapreciable valor de aquellos trabajos en que el paciente

es un gemelo o mellizo, donde desde la clínica, el terapeuta adecuadamente muestra distintas evoluciones psicopatológicas. El interés de estos autores es el de ampliar tales aproximaciones, pero lo que sí critican es la generalización que se suele hacer a partir de la lectura de alguno de los casos en una forma indiscriminada; pareciera inducir a considerar los rasgos particulares de un paciente en especial como propios o frecuentes en los demás gemelos. En el afán de generalizar se crea una gran confusión entre lo que se considera normal y fenómenos francamente patológicos, tanto neuróticos, como psicóticos y psicosomáticos, llevando a un abordaje transferencial incompleto y erróneo, perturbando el buen desarrollo de esas terapias.

Además han encontrado que los pacientes gemelos o mellizos, al no ser atendidos en sus necesidades de comprensión en forma adecuada y reiterada, con frecuencia son llevados, en sus terapias, a la aparición de puntos ciegos, que como todos sabemos, de los que se valen las resistencias al tratamiento, en ocasiones poniendo en riesgo el buen progreso de estas terapias.

Insisten en lo incorrecto de las generalizaciones de posturas teóricas que se basan en la idea de que los gemelos, en general, desarrollan personalidades compartidas o simbióticas, teorías que son perfectamente válidas para explicar fenómenos psicóticos, pero que, a su modo de ver, no lo son para esclarecer la normalidad o la neurosis en los gemelos y mellizos. Tales posturas no permiten un adecuado desarrollo del proceso terapéutico, representando uno de los motivos de su interrupción.

Y señalan que si algunos gemelos o mellizos, en el tratamiento psicoanalítico, traen asociaciones con frecuencia al otro sin discriminarse, comportándose como siameses, como si el hermano fuera una extensión de su propio yo, es porque se encuentran atrapados en una situación paranoide, producida inconscientemente, por un intenso sometimiento superyoico. El superyó les hace creer, de una manera engañosa, que de no proceder de este modo, indiscriminándose en forma simbiótica con su hermano gemelo o mellizo, les pueden suceder castigos verdaderamente terroríficos, de la misma forma que en el ejemplo citado anteriormente, en que el paciente temía ser aniquilado por sus padres (externo e internos). El gemelo o mellizo se somete masoquistamente a su superyó y se sujeta a una realidad frustradora y persecutoria. El hecho de no diferenciarse adecuadamente a su hermano dista mucho de ser una realidad gratificante para el individuo. Cuando se presenta de esta forma es porque el individuo se encuentra en una situación francamente perjudicial para su integridad yoica.

Otro importante factor que distingue a los gemelos y mellizos es el trauma del nacimiento. Situación que, sin duda, es uno de los factores que han de asegurar la diferencia. En esta situación cada uno de los gemelos o mellizos ha de vivir en forma individual el alumbramiento; de esta forma ha de quedar inscrito en cada uno de ellos el cambio más trascendental que deberá experimentar el ser humano en toda su vida. El trauma del nacimiento implica una verdadera transformación radical en la vida psíquica del feto. Instala la represión primaria, es decir, se cierra la comunicación amplia existente entre el yo fetal y el ello; el yo se escinde, pues una parte quedará relacionada con el mundo interno, mientras que la otra debe buscar una nueva forma de conexión con el objeto externo real, único capaz de procurar alivio a sus tensiones instintivas incrementadas; comienza el lento pasaje de la relación exclusiva con los objetos internos bidimensionales a la relación con los objetos externos tetradimensionales.

Por otro lado, según Abuchaem "De acuerdo con la teoría de las relaciones de objetos, se ponen en marcha los mecanismos proyectivos e introyectivos, lo que equivale a aceptar que, desde el nacimiento, se dispone, de un yo suficientemente realizador, pues es capaz de utilizar mecanismos de defensa y luchar por su adecuación a la realidad externa.

Se podría pensar que el amor y dedicación de los padres representa el más importante factor de individuación en los gemelos y mellizos, pero el trabajo clínico nos ha demostrado que también en aquellos casos en que los gemelos y mellizos no han contado con padres tan cariñosos, encontramos que el momento del alumbramiento (trauma del nacimiento) ha producido una huella significativa que les permitió el desarrollo de personalidades distintas e independientes.

Concluyen diciendo que las interpretaciones deben ser dirigidas en el sentido de promover una mejor discriminación entre los hermanos. A estos pacientes había que considerarlos poseedores de una rara combinación yoica, un poco desarrollado combinado con otro yo ajeno a él, (simbiosis) del que se debería de independizar. Y apoyados por en el análisis de ellos mismos, decidieron tratarlos como personas que poseen un desarrollo propio de sus personalidades. Lo que al parecer resulta ser una adecuada postura, pues permitió que estas terapias (los 12 casos con los que trabajaron Velloso y Fatone) evolucionaran de forma favorable.

Pareciera lógico pensar que tanto la coincidencia genética, en los gemelos idénticos, como las experiencias intrauterinas y simultaneidad de las vivencias infantiles, en los gemelos en general (así como la influencia del ambiente, los

padres, los hermanos, familiares y otros), llevara a que sus personalidades adquiriesen las mismas características. Sin embargo no es lo que se ha encontrado en la clínica. Desde ella se puede ver que tal situación no se da. La gran influencia de tantas situaciones que parecieran apuntar a una coincidencia, en algún momento se ve neutralizada de forma permanente por vivencias muy superiores, posibilitando al individuo un devenir propio e independiente.

Berenstein (1984),⁶ nos dice que el modelo evolutivo en la estructura gemelar es una organización narcisista. Tomamos como elemento fundante el estado inicial de desamparo motor y psíquico. Su correlato emocional en la fantasía inconsciente es la vivencia de aniquilación. El amparo es registrado como una experiencia de satisfacción. Berenstein, Puget y Siquier describieron una zona de encuentro entre el objeto parental y el infante. El deseo de éste es ser el objeto de amor incondicional de aquéllos, y el de los padres mantener su propia perfección proyectándola en el bebé. El primer desencuentro es vuelto a semantizar como aniquilación, límite al placer y precipitación en el dolor, luego asociado a un espacio fuera de la mente y no abarcable por ésta, al que se denomina habitualmente no yo. Cuando resulta intolerable, el yo enviste ese espacio con la presencia de un objeto a quien se adjudica el dolor y el malestar.

Berestein y Puget⁶, redefinieron narcisismo como un tipo de investidura tendiente a borrar la existencia del objeto tanto y en cuanto éste se muestra no presente en forma continúa. Desde ese punto de vista recurre a la indistinción entre el yo y los objetos. El objeto externo pasaría a ser algo necesario de lo cual se intenta prescindir en la fantasía. En el comienzo y luego por regresión en distintos momentos de la vida persiste la añoranza de lograr el supuesto estado ideal de autoabastecimiento. Para lograrlo el sujeto se transforma en objeto de sus propios deseos o como correlato crea vínculos duales especulares. Imagina de esta manera lograr el estado ilusorio de completud y unidad alucinatoriamente asociado a un estado permanente e ininterrumpido de felicidad. La organización de los mellizos es un momento constitutivo que ayuda a la búsqueda del objeto a condición de verlo semejante propio al yo, (el mito de Narciso permite modelizar esta situación). Podríamos describirlo como una formación narcisista con fusión pulsional a predominio erótico y constituye la base de un tipo de idealización cuya instrumentación permite resolver la difícil tarea de acercarse al mundo de los objetos. Un ejemplo de su persistencia en la vida adulta sería el enamoramiento conducente a la elección de objeto. Por otra parte, si esa organización se estructura

patológicamente, el acercamiento deviene en un ataque al objeto. La estructura narcisista resulta de una fusión pulsional a predominio tanático. Se constituye una idealización sobre la base de la elección de objetos ilusoriamente amparadores y realmente desamparadores. No parece posible mantener la investidura narcisista del objeto sin atacar de alguna manera el vínculo con él. Por ese lado el narcisismo como mencioné se relaciona con derivados de la pulsión de muerte, su representante es la agresión y su manifestación en la fantasía es hacer desaparecer los rasgos del objeto que lo constituyen como diferente.

El establecimiento del vínculo entre el yo y el objeto está obstaculizado por un tipo particular de envidia caracterizado por el despojo sistemático de aquellas características que acentúan la diferencia con el yo, por lo cual tampoco es posible establecer entonces la semejanza. El objeto es reemplazado por una imagen especular del yo y/o el yo se transforma en una imagen especular de aquel y se configura en la fantasía con la representación de los gemelos. Aun cuando el mellizo es vivido como un doble del yo y/o transforma al yo en un doble de aquel, existe reconocimiento de organización vincular con el objeto duplicado. Gemelarizar el vínculo sería una manera de anular las diferencias cuando hay un reconocimiento incipiente del objeto.

En toda relación de objeto se requiere de éste y del yo que posea algo en común merced a lo cual son semejantes. En una relación primitiva el pezón sería registrado como una posesión común al pecho y a la boca y es el modelo corporal de lo que ulteriormente se erige en un vínculo que liga. No tener el pecho incondicional puede ser registrado como una ausencia susceptible de precipitar al yo en el desamparo y la aniquilación. El yo recurre entonces a una primera representación objetual alucinatoria tendiente a sustituir esa ausencia primera con una parte del propio cuerpo. El chupeteo sería un modelo de competencia entre el pezón y el dedo, como una lucha entre la necesidad del objeto y su negación alucinatoria narcisista.

Dependiente de la disposición hereditaria y de la constelación objetual, la semantización del pulgar como sustituto del pezón pasará de lo idéntico a lo semejante y luego a lo diferente o, si este pasaje es intolerable, hará una vuelta a lo idéntico. Está abierto el camino para la construcción del mellizo: dos objetos como repetición de uno solo, duplicación simultánea con un desdoblamiento del yo en un sector más auténtico, el que contiene el deseo del objeto y otro sector basado en la desmentida del objeto con su recreación alucinatoria. Frente a la emergencia de agresión en la negación del objeto, la escisión instala una imagen narcisista de sí mismo evitando el contacto con el

otro, equivalente en una relación primitiva a la sustitución del pezón por el dedo con borramiento de aquél.

En la estructura mental de los mellizos el yo usa una defensa temprana, Berenstein⁶ sugiere llamarla trastorno hacia lo idéntico. Su modo de accionar es el despojo de las características del objeto hasta desvitalizarlo y anularlo como tal, transformándolo en una prolongación yoica. El yo, por las pulsiones de autoconservación y sexuales, se orienta hacia el objeto y éste implanta en aquel sus deseos en un intento de hacerlos coincidir con aquéllas. Luego el yo desea pasivamente recibir del objeto para el cual aspira a ser único, como una manera de instalarse en el mandato narcisista del objeto. La ausencia de éste puede ser semantizada como amenaza de aniquilación y precipitación del dolor. Cuando lo asocia causalmente al objeto y resulta intolerable puede recurrir a despojarlo de alguna de sus cualidades diferenciales. Inicia el camino a transformarlo en un no objeto. Para suplantarlo, el yo separa una parte de sí transformándola en un objeto espúreo frente al yo para quien se proclama único e insustituible.

Son dos instancias investidas como únicas, una de las cuales se refleja en la otra. No solamente hay una transposición de amor (derivado de la satisfacción de la tensión de necesidad transformado en placer narcisista) en odio (como derivado del rechazo al mundo de los objetos como fuente de estímulos) sino un trastorno hacia lo idéntico, lo cual anula todas sus semejanzas y diferencias. El trastorno hacia lo idéntico se refiere hacia el descentramiento del sujeto y del objeto. Este último es transformado en una parte de la propia mente del cuerpo o del propio cuerpo. En La defensa mencionada por Freud como trastorno hacia lo contrario la actividad se da vuelta en pasividad y el amor se transpone al odio. En el trastorno hacia lo idéntico la gratificación se orienta hacia la autosatisfacción del propio yo, lo cual conduce, a la larga de la frustración a la amenaza de aniquilación, a un mayor odio al objeto y a un mayor despojo de sus cualidades para exaltar la autosatisfacción del yo.

La organización de la construcción mental de los mellizos se completa con la disociación y duplicación del yo y/o del objeto. La vigencia de esta organización narcisista, cuando se proyecta en los objetos parentales, los transforma en iguales entre sí, pareja atacada y despojada de sus diferencias y del vínculo entre ellos y por ese motivo vivido como pareja hostil.

Freud se refirió a una situación semejante cuando se ocupó del fenómeno del doble. Bion se ocupa también del mellizo como una vicisitud, en su trabajo, de la incapacidad de tolerar un objeto que no está totalmente bajo el

control del paciente y cuya función era negar una realidad distinta de sí mismo. Ocurre con el crecimiento de nuevas capacidades mentales mediante las cuales se explora la situación edípica temprana.

La duplicación en la estructura de los mellizos se asemeja a una escisión vertical. No separa al objeto en sus cualidades buenas o malas, gratificantes y frustrantes, sino lo duplica especularmente, creando una imagen igual así misma.

La estructura de los mellizos en el aparato psíquico sería paradigmático de la persistencia de la investidura narcisista al crear alucinatoriamente un igual así mismo para preservarse de la independencia temprana en la conexión con un objeto no igual. La creación del no objeto se vincula con la compulsión a la repetición. Sólo el objeto puede amparar al yo para revertir la vivencia de aniquilación referida al desamparo originario. La instalación de un mellizo en el lugar del objeto produce aquello que desea evitar, la vuelta al desamparo.

La organización gemelar de persistir, puede evolucionar hacia la autosuficiencia con producciones delirantes localizadas a un solo sector de la realidad y difíciles de diferenciar de aquellos relatos no delirantes. Esta formulación puede ser lo suficientemente extensiva como para incluir pensamientos formulados en la sesión psicoanalítica, así como en la vida familiar o institucional y también comprende las formulaciones de una nación. En estos casos el pensamiento delirante es tan semejante al pensamiento normal que puede ser tomado como igual, y diferenciarlos impone al yo una tarea imposible y desesperante. El delirio es un tipo de pensamiento que, partiendo de una premisa falsa, por lo demás sigue las mismas leyes de construcción del pensamiento normal. Se apoya de una generalización y a partir de un solo dato altamente personal e idiosincrático, no válido ni pertinente para ser compartido, se construye un razonamiento correcto. Sería como una teoría científica e individual basada en el deseo.

En estos pacientes la interpretación implica la ruptura del mecanismo alucinatorio con irrupción de la realidad y tener pensamientos gemelos o crear formas de funcionamiento mental gemelas o la fantasía de pensar exactamente lo mismo, es una manera de despojar la interpretación y el vínculo de vitalidad.

En la sesión se puede generar implícitamente un cambio de contexto de manera tal que el analista puede sostener la idea de que es un objeto de existencia real para el paciente, pero en realidad pasa a ser un objeto ausente o virtual despojado de sus características como analista y que solamente cumple, sin saberlo, el despliegue autosatisfactorio del paciente. Lo cual se relaciona con sostener la actitud narcisista de ser un gemelo de aquél.

El objetivo de este trabajo es dejar acentado qué pasa cuando por existir una relación tan estrecha como la de gemelos monocigóticos o dicigóticos que desde el momento mismo de la existencia, se encuentran juntos, alrededor de ellos mismos, durante cada hora de cada día, y qué pasa con la relación respecto a la madre, en otras palabras cómo se da la simbiosis. En la búsqueda de este trabajo la mayoría de los estudios son de casos de gemelos o mellizos, pero no se reportan casos en diferencia de género. No se habla explícitamente de la simbiosis, pero hay estudios que hablan de la influencia de la presencia del hermanito o co-gemelo.

Se reportan estudios como el de Gottfried Nathan de la revista de *Psicología Genética*, titulado "El efecto de la presencia del co-gemelo durante la separación de la madre". En este estudio fueron comparados los roles de la madre y del co-gemelo como inhibidores de la excitación emocional y la manifestación del estrés cuando a uno de los co-gemelos en una situación extraña era separado de la madre. Los sujetos fueron 15 niños entre 18 y 34 meses, cada uno miembro de un par de gemelos. Los sujetos fueron puestos en un cuarto de juego bajo tres condiciones en el siguiente orden: a) Madre y gemelos presentes; b) gemelos juntos, y madre ausente; c) sujeto separado de su co-gemelo y su madre. Los episodios en los que todas las parejas estuvieron juntas fueron alternadas con breves separaciones. El estrés de los sujetos fue mínimo cuando estuvieron separados de la madre pero con el co-gemelo presente. Después reuniendo a todos, el comportamiento estable social era prontamente restablecido. Sin embargo cuando se les separaba de la madre y del co-gemelo se producía un alto nivel de estrés para los sujetos. Cuando se les reunía a todos, el gemelo que había estado separado iniciaba el contacto físico con la madre, solicitando y recibiendo confort de ella. Más tarde, el estrés del gemelo separado era transmitido al co-gemelo que había faltado junto con la madre durante el periodo de separación. El co-gemelo no-separado también solicitaba confort de la madre. La presencia del co-gemelo durante la reunión después de la separación tenía un pequeño efecto en reducir el estrés del gemelo separado.

El sistema cognitivo-emocional del niño está estructurado por las experiencias del infante con sus primeros cuidados. Este sistema sirve para balancear la seguridad y exploración según Bowlby, Bretherton, Sroufe⁸; El nivel de estado de ansiedad del infante modera estos manejos de competencia.

En un ambiente familiar la ansiedad es mínima, el infante explora el entorno, manteniendo un mínimo de contacto visual y auditivo con su cuidador. Sin embargo, en una situación extrafamiliar que presente nuevos o extraños

elementos provoca niveles altos de estrés. En una situación de alto nivel de estrés, el comportamiento del infante está dirigido a ganar confort y tranquilidad de su más cercano cuidador. Las conductas de exploración y juego se ven disminuidas en un ambiente nuevo y estresante, según Ainsworth, Waters y Bretherton. En relaciones filiales la figura de apego madura provee nutrición y soporte emocional y transmite al infante información de evaluación para cuando se encuentre en situaciones extrafamiliares.

La "situación extraña", del estudio se creó en un laboratorio de procedimientos para evaluar el apego. Las conductas de apego han sido investigadas durante los breves momentos de separación de la madre y sus subsecuentes reuniones. Recientes búsquedas utilizando la situación extraña indica que el infante muestra patrones similares en el apego con sus madres, padres, y cuidadores extrafamiliares, nos dicen Cohen, Campos y Lamb.

Los más viejos rasgos que significan fragmentos de una conducta madura en cuidados pueden también servir como figuras de apego para el infante en un patrón de dominancia—dependencia similar al patrón dado por los cuidados maduros.

Harlow describe el desarrollo de apego en pareja durante la infancia. Varios apegos en pareja tienen similares funciones en el apego del sistema filial. En los changos rhesus en las diadas de infantes, un coetáneo sirve como una fuente de seguridad similar a la del adulto, pero es un agente ineficiente de confort, que solamente provee comportamientos parciales y fragmentados de confort y descanso. Los autores de este estudio lo diseñaron, con el fin de describir los efectos de un muy fuerte apego humano en un par de infantes como fuente de seguridad y confort en un co-gemelo separado.

Los gemelos tienen una relación que puede ser estudiada por investigadores para claramente describir los efectos en el apego en pareja. Los gemelos están fuertemente apegados en pareja, virtualmente iguales en madurez y con historias sociales similares. Comparados con parejas de no gemelos, quienes forman relaciones de dependencia, los gemelos forman relaciones más simétricas en las cuales ningún miembro de la pareja es dominante, Lytton, Conway y Suave. En este estudio se examinaron las funciones de un muy fuerte apego con un coetáneo (el co-gemelo) como fuente de seguridad y confort. La seguridad provista por el co-gemelo fue evaluada con la observación de la conducta social durante la breve separación de la madre y de la subsecuente reunión con ella. El papel de tranquilizador y reconfortador del co-gemelo fue evaluado de las observaciones del

comportamiento de los sujetos durante la reunión después de la separación de ambos co-gemelos y de la madre.

Durante la separación, los sujetos mostraron alto grado de estrés. Según las observaciones cada niño emitió una alta amplitud de lloriqueos al principio de la separación. El lloriqueo continuo los siguientes 3 minutos del periodo, pero gradualmente disminuyó a una baja amplitud, conjuntamente con periódicos gritos de alta amplitud. La respuesta inicial más frecuente, exhibida por 12 o 15 niños fue en la puerta de salida por donde la madre había salido. 10 niños paseaban por el cuarto, parándose, en las demás puertas y ventanas y manipulando las cerraduras. Alrededor de la mitad de los sujetos fueron a la silla donde la madre estaba y tomaron sus pertenencias. Este comportamiento no deja duda que cada niño experimentó un intenso estrés durante la ausencia de su madre.

El periodo de reunión seguido del aislamiento, el gemelo aislado solicitó confort de su madre, pero no del co-gemelo. Además, el estrés del sujeto fue transmitido al co-gemelo. El co-gemelo que se separó junto con la madre, también experimentó estrés y solicitó confort de la madre.

Estos datos indican que el apego de pareja de los infantes sirve como respaldo inhibiendo el fuerte estrés en un ambiente extraño. Hubo menores consecuencias negativas de la separación con la madre, cuando el co-gemelo estuvo presente que cuando el sujeto estuvo solo. Más allá del moderado estrés experimentado por los sujetos durante la separación de la madre era rápidamente disipada cuando la madre regresaba. Por el contrario, los sujetos expresaron altos niveles de estrés durante el aislamiento. En la reunión seguida del aislamiento Los sujetos activamente solicitaron la tranquilidad y confort materno.

El estrés puede ser amortiguada por la proximidad de un familiar, más allá de la mera presencia es la familiaridad lo que es representativo para el pequeño.

La situación presentada fue extremadamente extraña, con todos sus elementos extraños, sillas, cuarto, personas, la pared con espejo. Los patrones en todas las condiciones apoyan la idea que los gemelos proveen de una sustancial seguridad a sus parejas de co-gemelos.

En la literatura se encuentran diferentes estudios sobre mellizos, en su mayoría están hechos para explorar y examinar posibles influencias genéticas, en los dominios de temperamento, emociones, y cognición-lenguaje. Dando como conclusión posibles raíces genéticas, porque las estimaciones de herencia son altas. Sin embargo la temprana búsqueda del desarrollo en

gemelos necesita ser explorada desde los factores hereditarios, años antes de que las influencias de socialización empiecen a interactuar con las diferencias inherentes.

Hablando de aspectos de inteligencia, la evidencia en muchos estudios, indican que los gemelos reportan bajo promedio en pruebas de inteligencia.

Dentro de los estudios se reportan estudios como el Scottish mental (1947), el estudio nacional francés hecho por Zazzo (1960), y el estudio de Chicago (1966), midiendo en niños escolares inteligencia, razonamiento verbal, y habilidades verbales, perceptuales, cuantitativas, motores y espaciales, respectivamente. Los estudios fueron hechos comparando pares de gemelos contra niños no gemelos, los tres coinciden en los gemelos en todas las áreas los gemelos salen debajo de los niños no gemelos, obteniendo medianas y medias más bajas que la norma del grupo entero de niños, particularmente en los promedios de los factores verbales. Viendo así que los gemelos idénticos son relativamente más retardados que los no dicigóticos, especialmente en las pruebas verbales.

El primer estudio sistemático de habilidades de lenguajes en gemelos jóvenes fue hecho por Day (1932); Los gemelos mostraron en general pobreza y reducción en vocabulario, usando construcciones de frases más primitivas e inmaduras además de un rango limitado en esas partes del discurso que pertenecen a las operaciones cognitivas envueltas en clasificación, abstracción y conceptualización.

Davis (1937) quien extendió el trabajo de Day, encontró que los gemelos se aproximan al desarrollo del lenguaje normal conforme se hacen más grandes, entonces es difícil distinguir el efecto de la edad desde ahí en un entorno escolar.

Un estudio hecho por Mittler (1970), midiendo distintos aspectos del funcionamiento de psicolingüística. La prueba distingue canales de comunicación, niveles de organización (representacional o secuencia automática) y procesos psicolingüísticos. El resultado de los gemelos fue significativamente inferior con el grupo control, el retraso corresponde a más o menos seis meses de desarrollo de lenguaje. El resultado puede ser mejor descrito en términos generales en una inmadurez en el desarrollo del lenguaje. Tanto los gemelos idénticos como los fraternos mostraron patrones similares, y no fueron significativamente diferentes entre unos y otros. En contraste con lo predicho, de que los gemelos idénticos mostrarían más bajos promedios que los fraternos, por un lado porque tienden a formar más un "sistema de comunicación cercana" algunas veces con un "lenguaje secreto", y también

porque son más vulnerables de anomalías durante el embarazo, después y en el desarrollo temprano.

Luria y Yudovitch (1959), adoptaron la posición teórica de Vigotsky (1962), argumentando que el retraso era debido a que en la "situación gemelar", en la cual ninguno de los gemelos se "enfrenta con una necesidad imperante en el paso de la comunicación, porque sus vidas están ligadas de la manera más cercanamente posible, y se entienden cada uno al compartir en su práctica diaria". Por consiguiente predijeron que la mera separación de los gemelos aceleraría el desarrollo del lenguaje, porque entonces cada gemelo sería obligado a comunicarse con los demás del grupo. Por lo tanto es difícil definir en detalle el desarrollo del lenguaje en ambos gemelos, lo que se puede atribuir a la separación o a la enseñanza. Desde el punto de vista de estos autores el retraso del lenguaje puede ser atribuido a una necesidad reducida para comunicarse con los demás. Autores psicoanalíticos como Burlingham (1952)²² sugieren que cada gemelo tiene una particularmente un problema difícil en diferenciar su propio ego (e imagen corporal) de su co-gemelo. Siendo ya complicado el proceso normal de diferenciación del ego con la madre, con la subsecuente necesidad de tener además una autonomía respecto del co-gemelo. Los gemelos no sólo están más aislados por su virtual relación cercana, sino que también nacen de mamás más grandes, haciendo más difícil para la madre pasar el mayor tiempo con ellos: en este argumento, ella para ella es más fácil dejarlos jugar juntos por largos periodos.

Dentro del argumento psicoanalítico, se piensa que los gemelos idénticos pueden ser más vulnerables que los fraternos, y los gemelos de sexos opuestos pueden mostrar las menores dificultades. Esto no fue encontrado en el estudio de Mittler. La edad de la madre y el número de los hermanos no aparece como para ser una variable significativa para los gemelos, sin embargo es interesante que estas variables fueran significativas para los no gemelos del grupo control. De igual manera, el efecto de la clase social en puntajes de lenguaje fue muy marcado en los no gemelos del grupo control, y menos obvio en los gemelos.

Se puede concluir, entonces, en la inferioridad intelectual y lingüística mostrada en los gemelos. Muchos autores caen en el concepto de "la situación gemelar" (Zazzo, 1960), o en eso de la "ligera inmadurez psicológica".

Como los gemelos han sido siempre vistos como caso diferente, es razonable especular sobre las actitudes de la madre, de los niños y de ellos mismos, y lo que esas actitudes pueden influir en su comportamiento y su desarrollo. Mientras la gente en general trata a los gemelos como un par, la madre debería ser más sensible a ver diferencias más que similitudes, y ser

más sensible a la personalidad y necesidades específicas de cada niño. Este punto es relevante, ya que el ambiente de cada gemelo debe ser visto como constante. Las madres normalmente son muy atentas sobre las diferencias en personalidad y temperamento, aún con pares idénticos, y enfatizan espontáneamente que cada uno necesita ser tratado diferente.

La actitud de la madre es diferente respecto a aquellos que no son gemelos. Este no es un argumento para que ellas tengan que ser más positivas o negativas, "aceptando" o "rechazando" en la vaga manera en que estos términos son comúnmente usados, sino que es más complejo si sólo por la razón de tener gemelos se le llama de "diferente estilo". En los estadios más tempranos, el diagnóstico del embarazo gemelar puede o no ser un shock, pero ciertamente requiere ajustes. Muchas mujeres en este estudio (Mittler, 1960), cuando se les preguntó sobre sus reacciones cuando oyeron la primera vez que tendrían gemelos, reportaron sentimientos de shock y confusión. En algunos casos fue relatado como que el mismo acto del embarazo no fue planeado, y que dos o más niños sometería a la familia en una situación económica difícil. En otros casos, y especialmente con madres jóvenes, estaban preocupadas por las dificultades prácticas de manejar dos bebés cuando ni siquiera tenían la habilidad de manejar uno.

Bowlby (1957)⁸ y otros habían argumentado sobre la relevancia del concepto de la interacción madre-hijo, especialmente en las tempranas semanas después del nacimiento. En el caso de los animales, Bowlby (1957) había caracterizado el comportamiento de apego consistido en chupar, aclamar y seguir. Los bebés humanos exhiben ciertas conductas de chupar sobre y debajo lo que se les aparezca, de acuerdo con estas teorías, FULFIL las mismas funciones de apego de la madre hacia al niño, asegurándose de recibir cuidado y atención de ella. El llanto del nacimiento, por ejemplo, tiene el primer propósito psicológico de llenar los pulmones de oxígeno, también sirve como una "señal de ayuda" para la mamá. De igual manera, los reflejos hace que el bebé rasque los dedos de la madre, que se adhiera a la madre cuando lo alimenta, y, a la edad de cuatro o seis semanas, su primera sonrisa social todo combinado, para enfatizar su ayuda, y asegurarse de la continuación del cuidado materno.

Aceptando o no este modelo de interacción, el caso de del nacimiento y mera existencia de dos bebés puede traer reacciones psicológicas que son cualitativa y cuantitativamente diferentes de aquellos que operan en un evento más normal que un solo nacimiento. "Cuando el útero humano está adaptado para la gestación satisfactoria de un solo bebé a la vez" (Newman,1923), no es irrazonable pensar que los ajustes para el nacimiento de gemelos vaya a ser de

diferente orden. Es sorprendente, por lo tanto, no encontrar estudios de las actitudes maternas de niños recién nacidos, aún siendo desarrolladas "actitudes en el embarazo" y escalas similares, (Balu, Welkowitz, and Cohen, 1964). De hecho, hay muy pocos estudios de infantes gemelos sobre psicología y comportamiento, en contraste con la larga lista en literatura obstétrica y pediátrica. Parece que la fascinación que tienen los gemelos por los psicólogos, no comienza cuando pueden ser revisadas sus habilidades. Los gemelos recién nacidos son sujetos ideales para estudiar el tema de herencia y ambiente. La mayoría de los gemelos del mismo sexo tienden no solamente a ser nombrados diferente, sino a ser llamados por nombres parecidos fonéticamente. En general, la norma es enfatizar similitudes más que diferencias. Desde el punto de vista psicológico, es pertinente expresar ciertas excepciones de esta norma, como algunos psicoanalistas han hecho, la evidencia en esta materia está totalmente ausente. Luria y Yodovitch (1959), cada gemelo es menos capaz de desarrollar una "identidad" separada (imagen corporal)) si se encuentra confrontado así mismo en cada volteo una imagen en espejo de sí mismo. La diferencia entre "sí mismo" y "no sí mismo" es básica y no sólo en el satisfactorio desarrollo de la imagen corporal y personalidad (en el sentido general de la palabra) sino también ciertas implicaciones cognoscitivas; la habilidad ver al mundo ambos perceptual y conceptualmente desde el punto de vista de otro individuo es otro de los lineamientos de la teoría de Piaget. (Piaget, 1951; Flavell, 1963).

Libros populares sobre la "relación de gemelos", dirigida principalmente a los padres, está dividida en el tema de vestir a los gemelos diferente, pero al menos en Estados Unidos, en donde los clubes de gemelos florecen en las grandes ciudades, la visión parece ganar terreno que es mejor enfatizar la individualidad de cada gemelo y evitando las prácticas de lazo que pueda hacer la "unidad gemelar". Advirtiéndose que ahora es más frecuente marcar las líneas y diferencias de vestir a cada niño diferente, llamándolos a cada uno por su nombre más que referirse a ambos colectivamente como los "gemelos", y en general animando a cada niño a seguir sus propios intereses e inclinaciones. Más de lo que se sabe no muchos libros o clubes existen en Bretaña, donde *Gemelos y súper Gemelos* de Scheinfeld (1968) se hizo muy popular, y la serie del Dr. Spock *Cuidado del bebé y niño* (1946) conteniendo la importancia del trato de cada gemelo como individuo y evitando comparaciones y bromas en la dificultad de distinguirlos entre ellos.

Es importante resaltar el estrés de la actitud que tiene la madre, no puede ser compartido con otros miembros de la familia, o adultos u otros niños

con los que los gemelos tienen contacto. Muchos estudios hablan de la popularidad de los gemelos en las escuelas. Pire (1966), un reporte y un estudio psicométrico de Francia que muestra que no sólo los gemelos adolescentes son relativamente más populares de sus demás compañeros de clase que no son gemelos. Si no que siempre son escogidos en pares, estando los dos seguros en el mismo equipo. Por otro lado la "cercanía" de los gemelos parece no interferir con otras relaciones con otros niños, o en su desenvolvimiento con adultos, además de que sus profesores los describen mucho menos gregarios que los otros niños no gemelos de la clase.

Otro factor en la actitud de la madre es que ella misma esta alerta de las diferencias de los gemelos. Se puede argumentar aquí que la madre de gemelos idénticos está más vigilante de cualquier contraste de personalidad y comportamiento, que la madre de gemelos dicigóticos, que están lo suficientemente diferenciados por su apariencia. El estudio de Doll (1953), provee explicaciones para esta paradoja. Contabilizando los resultados de los gemelos con la escala de Madurez social de Vineland, las diferencias inter-pares fueron significativamente mayores para los pares monocigóticos que para los pares los dicigóticos. Esto es, por supuesto, directamente contrario a lo que se había predicho en la hipótesis genética, y tiende a sugerir, mientras no en conclusión que las madres de los gemelos idénticos están más atentas que las madres de gemelos dicigóticos, para ver espontáneamente de al menos las diferencias de madurez social. (Mittler, 1969). Hay que concluir finalmente que se sabe notablemente poco sobre la psicología de los gemelos como individuos.

En ciertos estudios sobre gemelos también se ha encontrado, que en los gemelos idénticos no necesariamente son idénticos genéticamente. De hecho su prenatal y temprano desarrollo postnatal puede ser seguido de un curso divergente en estadios tempranos. Para converger más tarde en grandes similitudes. Por otro lado los gemelos fraternos, pueden ser más similares de bebés que de niños o adultos. Los gemelos idénticos son más vulnerables que los fraternos por las complicaciones en el embarazo y el alumbramiento.

La información de cómo afecta el ambiente han sido insuficientemente estudiadas. No se puede estar seguro que las actitudes y trato paternos compliquen enfatizando la existencia de similitudes o creando nuevas. Se sabe poco sobre la "historia natural" de la situación gemelar, y cómo los padres perciben las similitudes y diferencias entre el par de gemelos. Parece que la búsqueda futura estará más preocupada en las diferencias que en las similitudes, pudiendo relatar posibles inconsistencias en comportamiento con

los aspectos de la relación gemelar en sí misma, y también con las constelaciones del comportamiento de las familias de los gemelos.

Capítulo V

CONCLUSIONES.

Siguiendo las pautas de la Escuela Psicoanalítica entorno al desarrollo del Individuo tanto en su nivel psíquico como afectivo; la conclusión es que si bien, conforme hemos leído durante el presente trabajo, y habiendo hecho una revisión de los diferentes autores de esta escuela, para saber qué serie de procesos y eventos acontecen durante la simbiosis materna en parto gemelar dicigótico hombre-mujer y contando con que no hay literatura expresa respecto a este tema de manera directa; y en este sentido habiendo un poco más desde el fenómeno de mellizos idénticos y sí harta en función del desarrollo del individuo que es desde dónde se parte en el presente trabajo. Entendiendo esta relación prístina desde diferentes nominaciones aunque siempre desde el marco Psicoanalítico.

Entendamos pues que esta relación de Madre-hijo, yo y no-yo, sujeto y el Otro, etc.; que como vimos es de suma importancia por su naturaleza estructurante; desde lo psíquico hasta lo físico, es decir, el crío depende por completo de la madre, no así en otras especies, además con el riesgo de que esta madre sea una madre escindida, con demandas desde su propia angustia. Y cómo este fenómeno puede ser la antesala de una vida de sufrimiento o no. Es cierto que como dicen los autores antes revisados tanto el dolor como la frustración estructuran, ya que la energía invertida es revertida hacia el interior y hace que el sujeto vaya aprehendiendo del mundo de afuera y que se vayan creando elementos desde adentro, creándolos a partir de sus condiciones muy particulares. Cómo los mecanismos se van desarrollando en base a la estructura psíquica que se va reconstruyendo y generando día a día por las diferentes demandas exteriores y acomodos interiores. Cada vez que se produce una tensión, desde lo de afuera y dónde mucho tiene que ver la función de la madre y el estado psíquico de ésta, y la manera en que ésta atiende las demandas de su bebé. Esta tensión donde la madre puede ser contenedora o generadora de ésta misma. El papel del agente materno es de suma importancia para el crecimiento óptimo y seguro de un ser individual. Ya que si ésta es una madre efectiva el niño a través de su vida teniendo las bases específicas dadas de una manera adecuada y a tiempo, harán del individuo un ser con la confianza básica como para tener una estructura abundante para ir sorteando las diferentes situaciones que la vida nos presenta. Si no es el caso, entonces el

individuo sobrevivirá, sí, pero quizá con más sufrimiento y con una estructura menos afortunada.

Citando a N. Braunstein (1990)¹⁰. "Esa seducción que se hace presente desde los primeros cuidados y desde los modos en que se administra satisfacción de necesidades, en la regulación y ordenación del cuerpo del niño por las exigencias y por los deseos inconscientes del Otro, por eso indefinible que es el lugar que el niño ocupa como objeto en el fantasma del Otro, del Otro materno como sujeto. El Otro que deja en él sus marcas".

El trauma freudiano explicaba la psiconeurosis de defensa y ahora puede decirse que tal ofensa es neutralización de un recuerdo vivido de modo placentero o displacentero.

Freud nos dice cómo el sujeto es alienado al Otro, alienado. Sometido pues desde esa "madre deseante" donde se martillan sus deseos hasta el inconsciente del crío. Hasta que aparece la terceridad que es la función del padre y pone el límite a esa voracidad materna. Posteriormente se atraviesa el complejo de Castración, hasta llegar al conforme la estructura y el ambiente contenedor al mundo del símbolo, donde se unen significado y significante, y es cuando se puede decir que el ser empieza a abstraer, viendo así la importancia de estas etapas definitorias.

En este atravesar del Complejo de Castración, el niño llega a ésta y la reprime, la manda al fundamento. En el caso de la niña mientras ésta ingresa al complejo de Edipo su primer objeto que fue la madre y que ésta carece de "falo"; entonces la niña hace un movimiento y gira hacia el padre ya que éste sí tiene un "falo"; y que con el tiempo se empiezan a hacer las sustituciones. Aunque este ya es otro tema de etapas posteriores a las que aquí no conciernen. Estos procesos se cumplen siendo o no gemelos. Esto se da hasta que la madre comienza a ver al bebé como sujeto; ya que dejan de ser parte del sistema omnipotente que los mantenía en simbiosis. Y viene el proceso de individuación.

Viendo la perspectiva desde los mellizos no idénticos, incluso siendo estos hombre y mujer, como el título lo dice. Aunque halla una presencia constante por parte del mellizo no-idéntico de una manera además inaplazable. El sujeto con quien hace simbiosis el bebé es únicamente con la madre, quien es su primer objeto dentro de esta etapa. El bebé después de quitar la barrera contra los estímulos con los que nace se da cuenta de un agente externo, que lo provee de sus necesidades y esta importante función es la de la figura de la madre. Para luego después de un tiempo aparecer la función del padre en escena, que no necesariamente es cumplida por éste, si no siendo alguien que

representa la figura paterna. Posteriormente dentro de la constelación familiar van apareciendo los diferentes participantes de ésta, y dentro de éstas relaciones aparece el gemelo, quizá y en muchos de los casos en primer plano, siendo de mucha importancia en la vida del par; más no decisivo en las diferentes así como individuales etapas de simbiosis, y demás, ya que el bebé desde su percepción elabora todo el proceso sólo con su compañero simbiótico, es decir, la figura materna. Haciéndolo un individuo e invitándolo al mundo de los significados.

Por eso el hermano mellizo; cuando éste vislumbra su existencia y se percatan el uno del otro, es hasta entonces que el bebé puede percibir que forma parte de la familia, hasta entonces conforme va pasando las etapas de autismo normal, simbiosis y llegando la individuación. Sobretudo la dificultad en los mellizos viene en la etapa de individuación quienes además de separarse de la madre, deben hacerlo del hermano mellizo, donde no siempre se cumple exitosamente esta parte.

El hecho de que halla la creencia de que existe una conexión especial y casi mágica se debe al hecho de la mera convivencia, producto de conocer profundamente a alguien y convivir con ella, también dentro de nuestra cultura y algunas orientales hay el colectivo del pensamiento mágico, que atribuye una serie de sucesos mágicos que acontece en el mundo de los mellizos, más según la ciencia nada es aún demostrable. Siempre y cuando el caso se trate de hablar de un ser de un estado no psicótico, que esto dependerá como ya lo dijimos del estado psíquico de la madre.

Respecto a la elección de pareja o de los posteriores vínculos que cada mellizo escoja, obedecen sí, a una síntesis de la influencia ambiental, genética y de personalidad de una manera muy particular en cada sujeto. Ya que cada quien tuvo su desarrollo individual y su aprehender, sus percepciones en base a esta manera individual y personal que a cada uno nos caracteriza y nos hace ser únicos e irrepetibles. Es decir, si no hubiera este nacimiento doble, pero sí esa fraternidad en diferentes épocas, seguramente hubieran sido las selecciones de igual manera.

Entre mellizos como se dijo antes y respondiendo a la aportación del presente trabajo, no hay más influencia que la que se da con la hermandad en las etapas posteriores a la simbiosis. Resolviendo cada uno y por separado la simbiosis con su primer objeto, es decir, su madre.

Y cada conflicto y/o sufrimiento lo podrá ver cada componente de la díada con su respectivo analista de manera individual.

Por otro lado, como se revisó en capítulos anteriores la importancia de la existencia del "tercer excluido", que ahora se describirá, entra cabalmente después de la etapa simbiótica dentro de la etapa de separación-individuación descrita por Mahler⁵¹ y la etapa de diferenciación entre las representaciones del sí mismo y las representaciones objetales de Kernberg⁴³. Una vez que la separación del sí mismo y del objeto se ha efectuado y es lo suficientemente clara, con bordes nítidos, se empieza a materializar uno de los objetos que forman parte de la constelación llamada del tercer excluido, en este caso el padre. El niño empieza a distinguirlo a él diferente de la madre y diferente de sí mismo, de tal modo que va cobrando personalidad propia y un espacio dentro de su mente. Una vez o al mismo tiempo, que el padre ha sido identificado como objeto, se desencadena el mismo proceso con los pequeños hermanos, de tal modo que paulatinamente se van formando las parejas: niño-padre, niño-niño. Es decir, el niño hace pareja con un coetáneo o con un adulto. Del mismo modo el niño establecerá relaciones de pareja con otras personas, como pueden ser: abuelos, tíos, sirvientes u otros objetos significativos que estén disponibles en su entorno. Estas relaciones de pareja amplían mucho el mundo objetal relacional del niño y tienen como meta, en gran parte, cubrir o satisfacer sentimientos de dependencia y narcisistas, así como en el adulto sentimientos de ternura por medio de roles de paternaje o de maternaje. Lo que más parece compartirse es el bienestar mutuo, producto del intercambio relacional de la pareja, manejando a través del cuerpo y del sí mismo.

También de un modo bastante frecuente el niño continúa haciendo registros afectivos ya sentidos con anterioridad, que tienen que ver con el tercer excluido y que actualmente son motivados por las relaciones en las que intervienen más de dos: las triangulares, las que con anterioridad eran sentidas como la interrupción brusca de la simbiosis. Si bien al materializarse el padre o uno de los hermanos como objeto el niño se relaciona con ellos como pareja, y por lo tanto se satisface, tan pronto como intervienen en una relación triangular se les identifica con las sensaciones que le pertenecen al tercer excluido. De este modo el niño le adjudica al padre, al hermano, o a ambos, los sentimientos hostiles que le adjudicaba "al fantasma del otro", pero al mismo tiempo el niño, en su relación de pareja con ellos, puede amarlos y gratificarse. En este nivel de desarrollo el motivo principal de las relaciones triangulares está dado por la necesidad de poseer al objeto para gratificarse, ya sea oral o analmente, con el objeto, y para satisfacer su dependencia.

Una vez redescubierta la relación triangular, ahora ya materializada, el niño descubre otra serie de parejas diferentes de las que él no forma parte:

por ejemplo, la pareja de los abuelos, la de los hermanos, la de los padres. El niño aprende, con base a su experiencia, que cuando la pareja de los padres se encuentra unida y en el intercambio entre ellos predominan el amor y la ternura sobre el odio, la relación con él mismo es también suave y le produce una sensación de seguridad y protección al sentirse él también amado. Sin embargo, esto no siempre es así, ya que en los momentos en que se da la relación triangular, él siente rabia y deseos de destruir a uno de los dos, para quedarse con el otro, teniendo la fantasía de destruir la pareja como tal, con la consiguiente aparición de la culpa. De este modo se echa a andar el mecanismo reparatorio, por los sentimientos de destrucción sentidos, y emerge el deseo de querer mantener a los padres unidos como pareja, la que es capaz de perdonarlo y al mismo tiempo de seguirlo amando.

El grupo en sí emerge en el desarrollo cuando más de dos se relacionan. Su presencia se inicia tempranamente, con el extraño que interfiere y rompe la simbiosis. En sus relaciones de pareja niño-niño o niño-adulto, el niño tiene que hacer un virage que va del narcisismo hacia el compartir con los demás, en que el intercambio de satisfacciones mutuas tendrá que predominar sobre las narcisistas para poder seguir creciendo en lo que a socialización se refiere. A partir de estas parejas y a veces simultáneamente, el niño empieza a formar parte de pequeños grupos, que se llamarán pregenitales. Igual que en el caso de las parejas el niño puede hacer grupo con coetáneos, con adultos o formar un grupo mixto.

El avance sin impedimentos en el establecimiento de las relaciones de objeto es un requisito previo para el desarrollo y funcionamiento normal de la psique. Como se pudo ver en la revisión Spitz⁶⁰ trata las desviaciones en el establecimiento de dichas relaciones y de las perturbaciones en el desarrollo de la psique infantil, frecuentemente asociadas a tales desviaciones. Algunas de esas desviaciones de la primera infancia, tienen una semejanza sorprendente con las perturbaciones que nos son familiares en el adulto. Esas semejanzas no hace que ambas, la enfermedad del niño y la enfermedad psiquiátrica del adulto, sean homólogas y ni siquiera análogas. Si no que las condiciones patológicas observadas en la infancia son cuadros clínicos independientes, debido a que afectan a un organismo de estructura psíquica enteramente distinta a la propia del adulto. Pero cuando las perturbaciones son graves, y se dan durante el periodo de formación de la psique, están destinadas a dejar cicatrices en la estructura y funcionamiento psíquico. Tales cicatrices hacen que las perturbaciones que se producen en edad posterior puedan encontrar un punto de apoyo. Y la enfermedad que pudiera aparecer

después puede o no tener que ver con la experiencia infantil, pero es una cuestión que debe todavía ser investigada. No obstante, se cree muy probable que la perturbación psicogénica de la primera infancia cree una predisposición para el desarrollo patológico subsiguiente.

Si bien es cierto, que hay mucho todavía que investigar dentro de la vida gemelar, avances se han hecho; se ha logrado el asomo a las relaciones de objeto dentro de una dinámica gemelar; aunque no hay que dejar de lado, que la vida gemelar de sexos similares difiere de la vida gemelar de sexos distintos, ya que en sexos similares pasan por un proceso igual, en sexos distintos cada individuo vive diferentes procesos de diferenciación con los padres y de diferenciación entre ellos mismos, con distintos cambios de objetos, por lo que hace el camino distinto. Hay notablemente poca literatura sobre este tema en específico, lo que también alienta a pensar que no hay un dramatismo en las etapas a cumplir dentro de la historia del Desarrollo Humano Gemelar; si no como en todos los casos, se obedece a las diferencias individuales.

BIBLIOGRAFÍA

1. ABERASTURY, A. (1984) Teoría y técnica del psicoanálisis de niños . Ed. Paidós, Buenos Aires.
2. ABRAHAM, K. (1927) Selected Papers. Hogarth Press, Londres.
3. BANK, STEPHEN P. (1941) El vínculo Fraterno. Ed. Paidós ,EU.
4. BEGLER, J. (1975) Simbiosis y Ambigüedad. Ed. Paidós, 1975.
5. BENEDEK, TH. (1962) El desarrollo de la personalidad. Psiquatría dinámica. Ed. Paidós, Buenos Aires, Pags. 71-112.
6. BERENSTEIN. (1991) La estructura de los gemelos, una formación psíquica temprana. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Vol 6, no 2-3, p.243.
7. BLOS, P. (1962) Psicoanálisis de la adolescencia. Ed. Joaquín Mortiz, México.
8. BOWLBY, J. (1976) Cuidado maternal y amor. Ed. Paidós, Buenos Aires.
9. BOWLBY, J. (1986) El vínculo afectivo. Ed. Morata, Buenos Aires.
10. BRAUNSTEIN, N. (1990) El Goce. Ed. Siglo XXI. México.
11. DELVAL, J. (1977) Desarrollo cognitivo y afectivo del niño y del adolescente. Ed Alianza, Buenos Aires.
12. DIAZ CONTI, R. (1982) Fantasía sado-masoquista en una pareja del Decameron. Cuadernos de Psicoanálisis. Vol. XV, No. 3 y 4, 87-92.
13. DOLTO, F. (1971) Psicoanálisis y pediatría. Ed. Siglo XXI, México.
14. DUNN., JUDY. (1939) Relaciones entre hermanos. Ed. Alianza, Buenos Aires.
15. DUNN., JUDY. (1986) Hermanos y hermanas. Ed. Alianza, Buenos Aires.
16. DUPONT, M.A. (1976) El desarrollo humano: siete estudios psicoanalíticos. Ed. Joaquín Mortiz, México.
17. ERIKSON, E. (1961) Infancia y Sociedad. Ed. Hormé, Buenos Aires.
18. ERIKSON, E.(1968) Identidad , juventud y crisis. Ed. Paidós, Buenos Aires.

19. EYSENCK, HURGEN H. (1916) La confrontación sobre la inteligencia, Ed.
20. FENICHEL, O. (1971) Etapa Oral. Pág 217. Ed. Paidós, Buenos Aires.
21. FENICHEL, O. (1945) Teoría psicoanalítica de las neurosis. Ed. Paidós, Buenos Aires.
22. FREUD A ,BURLINGHAM, TRIMBLE. (1968) Niños sin familia. Ed. Paidós, Buenos Aires.
23. FREUD A. (1973) Niños en instituciones y hogares sustitutos. Ed. Paidós, Buenos Aires.
24. FREUD, A. (1950) El yo y los mecanismos de defensa. Ed. Paidós.
25. FREUD, A. (1958) Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente. Ed. Paidós, Buenos Aires.
26. FREUD, A. (1980) Psicoanálisis y la crianza del niño. Ed. Paidós, Buenos Aires.
27. FREUD, A. (1984) Normalidad y Patología en la niñez. Ed. Paidós, E.U.
28. FREUD, S. (1973) Compendio del psicoanálisis (1938). Obras completas. Tomo III. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
29. FREUD, S. (1973) El final del complejo de Edipo (1924). Obras completas. Tomo III. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
30. FREUD, S. (1973) Introducción al Narcicismo (1914). Obras completas. Tomo II. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
31. FREUD, S. (1973) Lecciones introductorias al psicoanálisis (1917). Obras completas. Tomo III. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
32. FREUD, S. (1973) Tres ensayos para una teoría sexual 1905 . Obras completas. Tomo II. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
33. FREUD, S.(1973) Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre (1910). Obras completas. Tomo II. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.
34. FROMM, E. (1961) El arte de amar. Ed. Paidós, Buenos Aires.
35. GESELL, A. & Otros, (1967) El niño de 9 y 10 años. Ed. Paidós, Buenos Aires.
36. GESELL, A. (1940) El niño de 1 a 4 años. Ed. Paidós, Buenos Aires.
37. GONZALEZ, A. (1979) Análisis de la relación de pareja. Ed. Nueva Visión, Buenos

Aires.

38. GONZALEZ, M.: Tesis: (1988) Mi hermana, Yo misma. La adquisición de la identidad en una hermana gemela. Págs_1 a 5. Asoc. Psicoanalítica Mexicana.
39. HALL, C.S.(1966) Compendio de Psicología Freudiana. Ed. Paidós. E.U.
40. HURLOCK. (1967) Desarrollo Psicológico del niño. Ed. Mc Graw Hill. E.U.
41. ISAIAS, M.(1982) El desarrollo de la relación de objeto en la resolución de la adolescencia. Estudio a través de la producción poética. Cuadernos de Psicoanálisis. Vol. XVI. No. 1 y 2, 7-21.
42. ISAIAS, M.(1982) La resolución de la adolescencia y el logro de las relaciones objetales adultas. Cuadernos de Psicoanálisis. Vol. XIV. No. 1, 2, 3, 4. 7-35. México.
43. KERNBERG, O. (1976) La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico. Ed. Paidós, Buenos Aires.
44. KLEIN, M. (1937) Amor, odio y reparación. Ed. Hormé, Buenos Aires.
45. KLEIN, M. (1974) Principios del análisis infantil. Ed. Horme, Buenos Aires.
46. KLEMER, R. (1970) Encuentro Hombre-Mujer. Ed. Pax, México.
47. KOHUT, H. (1990) La restauración del sí mismo. Ed. Paidós, EU.
48. KOLB, C. L. (1951) Psiquiatría clínica moderna. La Prensa Médica Mexicana, México.
49. LESCURE, M. (1991) Psicología de la primera infancia. Ed. Trillas, México.
50. MAHLER, M. (1967) Simbiosis Humana. Vicisitudes de la individuación . Ed. Joaquín Mortíz,
51. MAHLER, M., PINE F., BERGMAN A (1977): Nacimiento Psicológico del niño. Simbiosis e Individuación. Ed. Marymar, Buenos Aires.
52. MARCELLO ,SALLOS M.(1986) Cuadernos de Psicoanálisis. Desarrollo Temprano relevancia particular de las relaciones objetales. Jul-Dic. Vol. XIX. Nums 3 y 4.
53. MICHACA, P. (1987) Desarrollo de la Personalidad.Relaciones Objetales y psicoanálisis. Ed Paidós, B.A.
54. Morales, E. (1992)Tesis: Un ciclo vital de la familia y la satisfacción marital. UNAM.
55. OLIVIER, CH (1980) Los hijos de Yocasta: La huella de la madre. Ed. FCE, México.

56. RAPPOPORT, L. (1972) La personalidad y sus etapas. Ed. Paidós, Buenos Aires.
57. RATTNER, J. (1966) Psicología y psicopatología de la vida amorosa. Ed. Siglo XXI, México.
58. ROSENBLUTH, D. (1969) Su bebé. Ed. Paidós, Buenos Aires.
59. SANDOVAL, D. (1984) El mexicano: Psicodinámica de sus relaciones familiares, Ed. Villicaña, México.
60. SPITZ, R. (1965) El primer año de vida del niño. Ed. FCE, México.
61. STERBA, R. (1945) Teoría psicoanalítica de la libido. Ed. Hormé , Buenos Aires.
62. STERN, D. (1977) La primera relación madre-hijo. Ed. Morata, Madrid.
63. SULLIVAN, H.S.(1953) The interpersonal theory of psychiatry. W.W. Norton & Company, Inc., Nueva York.
64. TALLAFERRO, A. (1956) Curso básico de Psicoanálisis Ed. Paidós, Buenos Aires.
65. VANDERBROOK I. (1988) Tesis.: El anhelo de madre en las relaciones de dependencia simbiótica. Universidad Iberoamericana.
66. WALLACE, M. (1990) Las gemelas que no hablaban. Ed Ciruela, España.
67. WILLI, J. (1975) La pareja humana: Relación y conflicto. Ed. Morata, Madrid.
68. WINNICOTT, D. (1975) Proceso de maduración en el niño. Ed. Laia, Madrid.
69. WINNICOTT, D. (1979) Escritos de pediatría y psicoanálisis. Ed. Laia, Madrid.
70. WINNICOTT, D. (1991) Exploraciones psicoanalíticas. Ed. Paidós, Buenos Aires.
71. WINNICOTT, D. (1993) El niño y el mundo externo. Ed. Paidós, Buenos Aires.
72. WINNICOTT, D. W. (1953) Transitional objects and transitional phenomena: A study of the first not-me possession. Int. J. Psychoanal. 34:89-97.